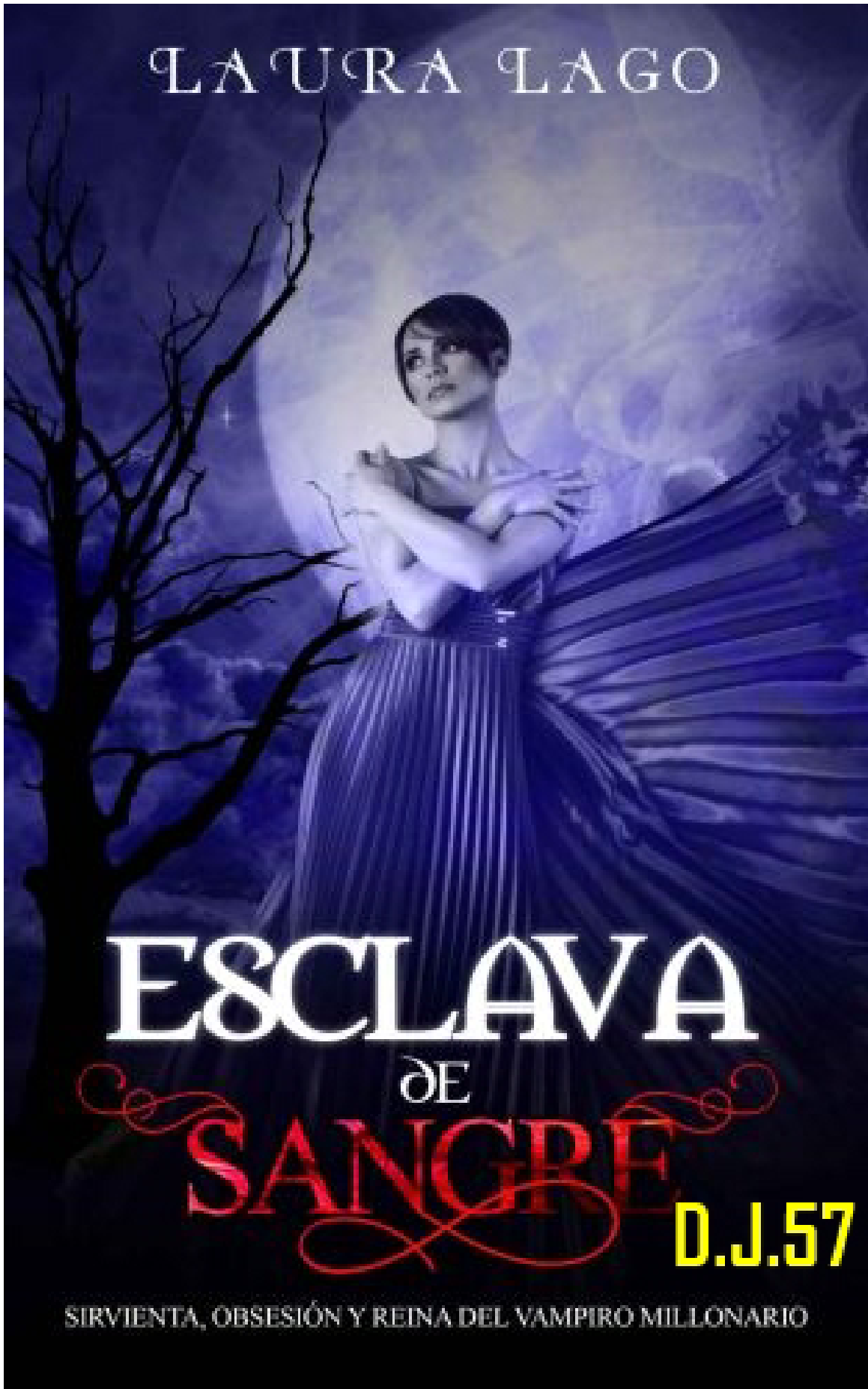


LAURA LAGO



ESCLAVA

DE

SANGRE

D.J.57

SIRVIENTA, OBSESIÓN Y REINA DEL VAMPIRO MILLONARIO



ESCLAVA DE SANGRE

Sirvienta, Obsesión y Reina del Vampiro Millonario



Por **Laura Lago**

© Laura Lago 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Laura Lago.

Primera Edición.

Autora N°1 en Erótica y Política (España) en menos de 7 días a la venta.

Dedicado a;

Alba, por ser la mujer más exitosa que conozco.

Mi madre. Sin ella, esto no sería posible.

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [Haz click aquí](#) <--

[La Bestia Cazada](#)

[Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero](#)



~~2,99€~~

Gratis

--> [Haz click aquí](#) <--

*para suscribirte a mi boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento*
GRATIS

Introducción

Cuenta la leyenda acerca de hombres que van más allá de los mandatos naturales, aquellos con la capacidad de burlar el orden creado por los antiguos dioses, burlándose incluso del mismísimo Chronos (en la mitología griega, era la personificación del tiempo, según se dice en las obras filosóficas presocráticas), dejando su lecho de muerte para renacer con nueva vida, con habilidades y necesidades que superan los límites de la moral y lo sagrado. Deplorables, éstos seres recorren el mundo, vagando y buscando su principal fuente de sustento, jóvenes vírgenes que les proveen de lo único que realmente necesitan: juventud eterna.

Se dice que éste grupo de personas, conocidos entre los ocultistas como “los creyentes”, adoran una deidad pagana que les brinda el don de la vida a cambio de su alma. Nadie sabe con exactitud quien fue el primero, o cómo se iniciaron los demás, pero se cree que en el mundo habitan unos dos millones de creyentes, eso sin contar aquellos que permanecen en el anonimato total.

Donde quiera que uno va, las desapariciones comienzan a suscitarse. No poseen una única identidad, puesto que no permanecen demasiado tiempo allá donde van. Roban a una persona inocente y ambos desaparecen para siempre, dejando a familias devastadas con las pérdidas.

Sin embargo, se cree que la inmortalidad de estos seres es tan solo un mito, que su vida no se prolonga realmente, tan solo se renueva, como un reloj de arena al ser dado vuelta, la arena comienza a descender, contando un ciclo que se repite una y otra vez hasta perpetuarse. La única forma para conseguir esa perpetuidad es bebiendo la sangre de las vírgenes que secuestran.

Muchos creen que se le puede dar fin a ésta secta, pero la gran mayoría ni siquiera sabe de la existencia de ellos. Por tal motivo, “los creyentes” han sido considerados como un cuento infantil que tan sólo se usa para asustar a aquellos niños que se rehúsan a dormir. La población general les conoce con otro término: vampiros.

Aunque está lejano el día en que ésta sociedad oculta salga a la luz, muchos nos encontramos enfocados en hacer que éstos paguen por sus crímenes, y

por hacer que sus ritos y métodos cesen. De una vez por todas...

Capítulo I

Desde la ventana de su modesta, pero muy cómoda habitación, podía ver un cielo lleno de gotas, tan grandes como trozos de hielo, iluminados por los relámpagos de aquella noche parisina en la que los truenos y la lluvia entonaban una especie de concierto nocturno.

Beatrice apenas había llegado con su padre desde Dinamarca aquella tarde, dispuesta a hacer vida en París los próximos años mientras su padre se disponía a trabajar en un proyecto para la ciudad, un hito de la arquitectura moderna según le había dicho éste, la creación de la Tour de trois cents mètres. Sin embargo a ella no le interesaba la creación de edificios, más la belleza de éstos y de la cultura que les circunvalaba.

Tendría que apañárselas a solas en su habitación, o dando un paseo por algunas de las calles desconocidas de aquella otra parte de Europa, mientras su padre se pasaba el tiempo reunido con los señores Koechlin y Nouguier, Sauvestre y, quien le había invitado a participar, el señor Gustave Eiffel.

Eso sin mencionar el montón de inversionistas sin mayor interés que multiplicar el dinero que se les salía a caudales de los bolsillos sin importar los medios para ello. No le interesaba aquello, pues era una joven bastante honesta y consciente de que el trabajo era la única manera de obtener la verdadera satisfacción al final de la vida y ella pensaba trabajar en lo que había deseado trabajar su madre.

En vida, siempre le habría reprochado el hecho de que quisiera seguir sus pasos como escritora, pasos que acabaron frustrados por una enfermedad que terminaría poniéndole fin a su vida en poco menos de un año.

Frustrada, no hacía más que decirle a Beatrice que nunca lo lograría; su viejo hogar mantenía aquel pensamiento vivo aún muchos años después de la muerte de su madre, por lo que París habría representado para ella no solo la oportunidad de explorar nuevos aires, sino la oportunidad de dejar a un lado aquel recuerdo que le impedía desarrollarse en aquello en lo que esperaba hacer vida de forma honesta.

Pero con la decisión de avanzar, habría venido otra bastante difícil de aceptar.

Su hermano menor, Anton, había decidido permanecer en Dinamarca para terminar sus estudios de medicina. Soñaba con convertirse en cirujano, y su padre se encontraba encantado por ello. Sin embargo éste no podía decir lo mismo de ella.

Su padre, Christopher Vita, creía firmemente en que la mujer poseía un rol importante e inviolable en la sociedad. Desafortunadamente para ella Christopher Vita no era un progresista, como lo habría sido su madre antes de su enfermedad, y los deseos de Beatrice de convertirse en la primera escritora en publicar una novela de renombre internacional habían sonado a blasfemia para él.

A pesar de ser comprensivo en ciertos aspectos, perseguir el sueño que tenía Beatrice fue, a fin de cuentas, lo que llevaría a su madre a la tumba, deprimida y frustrada por no haber logrado más en la vida que tener un par de hijos a los que abandonar.

Beatrice intentaba no enfocarse en aquella idea, pues muy en el fondo, como la mayoría de las mujeres de su edad, añoraba casarse con un hombre maravilloso y tener un par de hijos hermosos y vivir en una casa alejada de todas las perturbaciones del mundo moderno en donde podría sentarse y crear novela tras novela y cumplir el sueño por su madre y por ella.

De golpe, un relámpago atravesó el cielo y la arrancó de sus pensamientos. Vio su joven rostro, de mejillas pomposas y ruborizadas, reflejarse en el cristal de la ventana.

El marrón de sus ojos marrones abiertos se vio más claro mientras su cabello rubio oscuro enmarcaba sus rasgos hasta cubrirle los hombros. La imagen de su rostro reflejado en el cristal permaneció en su retina aún cuando la luz del exterior se volvió menos intensa que la luz eléctrica del hotel.

Francia fue uno de los primeros países europeos en poseer energía eléctrica, por lo que había sido el lugar preferido por algunos inmigrantes que querían explorar lo que era vivir en medio de la revolución de la energía que Edison había desatado en América.

Se sentía afortunada, de vuelta en Dinamarca no tenía lujos como aquel. Pensar que una “bombilla” y un cable que cruzaba la calle era capaz de lograr lo que tan solo era capaz de conseguir el aceite y el fuego dentro de una de sus viejas candiles de vuelta en casa era algo increíble. Algo que le parecería

impensable pero no era menos de lo que se podía esperar al encontrarse en una de las capitales del mundo, y allí el futuro era ahora.

Bajo la lluvia, que había tomado poder en tan solo minutos, vio un par de carrozas pasar por la calle y sintió algo de pena por el chofer y los caballos que dirigían a algún personaje importante de vuelta a la seguridad de su hogar en algún lugar.

También vio algunos vehículos modernos de motor, a los cuales ella aún no le hallaba sentido. ¿Para qué querían algo mecánico haciendo el trabajo de un par de corceles? No lo tenía del todo claro. Los caballos podían andar por días sin necesidad de que se les diera más que algo de alimento de tanto en tanto, aquellos vehículos de motor consumían recursos en demasía y proveían menor beneficio.

Tres golpes en su puerta alejaron esos pensamientos de ella. Se levantó de la cornisa de la ventana desde donde había estado observando las calles y se dirigió a abrir la puerta. Afuera le esperaba una de las mucamas del hotel, con un juego de toallas limpias y una cobija extra. No lo había notado hasta entonces, pero hacía un frío tremendo en su habitación. Agradeció a la mujer, asintiendo, ya que su Francés no era demasiado bueno, y cerró la puerta tras de sí, dejando las cosas sobre la cama.

De vuelta en la ventana notó que una carroza extravagante, grande, pintada de azul y blanco, y que era tirada por tres caballos blancos como la nieve se acercaba hasta aparcar delante de su hotel.

Parecía una de esas que describían en los cuentos de hadas, por lo que pensó que ahora saldría de ella un hombre alto, con ropas que hacían juego con el color del carro, con el cabello amarrado en un moño perfecto en lo alto de su cabeza y vistiendo ropas caras.

Se sorprendió mucho al ver que, de hecho, esas características eran las que definían al hombre que acababa de salir del carro: parecía medir más de un metro ochenta con los zapatos de tacón que usaba.

Llevaba una chaqueta de color azul y corte largo, por debajo de la cintura, cerrada con tres botones sobre el abdomen. Debajo, una camisa de color blanco con un pañuelo abultado dentro de un chaleco de un color grisáceo que no pudo distinguir del todo.

El hombre se arregló los pliegues del traje y corrió su mano sobre su cabello

rubio cenizo y se acercó a decirle algo a su chofer. Un segundo después, éste se marchaba y dejaba a aquel hombre bajo la lluvia. Un nuevo resplandor en el cielo hizo que sus miradas se cruzaran por lo que pareció una eternidad, dejando que ella viera a detalle su rostro.

Tenía la nariz respingada, delgada, y la piel se le veía perfectamente blanca y lisa como si fuera marfil. Unos ojos de un azul bastante peculiar le miraron con una intensidad abrasadora, la luz de la entrada hacía que destellara el color como si de un zafiro se tratase, y una sonrisa se esbozó en aquel rostro de labios finos antes de desaparecer en la entrada del hotel.

Beatrice se quedó mirando la calle iluminada por las farolas, con el corazón palpitándole a mil, y sintiendo calor muy a pesar de las bajas temperaturas de aquella noche. Intentó no pensar en aquel hombre, y tras cerrar las cortinas y cambiarse a sus ropas de cama, peinar y trenzar su cabello y quitarse el maquillaje del rostro, se metió a la cama.

Sus ojos permanecieron fijos en el techo, observando sin observar el intrincado diseño en yeso que rodeaba el candelabro de araña que colgaba sobre ella. Aquellos ojos azules seguían mirándola con la misma intensidad, con aquel atisbo de algo que no lograba nombrar. Y a pesar del frío, y de la falta de sueño que la había invadido, Beatrice cerró sus ojos y se giró sobre su costado derecho, cerró los ojos y se forzó a sí misma a dormir.

* * * *

En la mañana, durante el desayuno con su padre, se encontraba ausente. Su rostro se notaba algo demacrado, pues había tenido trabajo para conciliar el sueño y, cuando finalmente logró hacerlo, había tenido un sueño erótico tan vívido con aquel hombre de azul que había despertado envuelta entre unas sábanas mojadas.

Bañada en vergüenza, se había dado a la tarea de lavar las sábanas ella misma durante su baño, pero no supo qué decirle a la mucama que fue a revisar la habitación en la mañana y, con el rostro enrojecido por las memorias de aquel sueño que iba difuminándose en su mente, murmuró una disculpa en francés y se dirigió apresurada al encuentro con su padre.

- No tienes muy buena pinta, Beatrice. ¿Has tenido una mala noche? -
Inquirió su padre al otro lado de la mesa, sacándola de aquel sueño.

- Si, no he dormido muy bien. Hacía frío, - repuso ella sin mirarle la cara. Se sentía sumamente apenada, y pensaba que él sería capaz de ver lo que pensaba si le miraba a los ojos, por lo que se enfocó en su café y el resto de su desayuno, ignorando la mirada preocupada de su padre.

- Pues ésta noche le pediremos a las mucamas un par de cobijas extras para que no sientas tanto frío, - fue todo lo que él comentó antes de volver su atención al periódico de aquel día, y su café negro y cargado.

Francia se alista para la Exposición Universal, era el titular de aquel periódico de corte amarillista que leía su padre. Junto a éste se veía una fotografía del palacio real de exposiciones, sitio de la edición anterior, en Melbourne mil ochocientos ochenta.

Beatrice no había conocido en gran detalle el proyecto que preparaban para esa exposición pero, si lo que decía su padre era cierto, al menos a medias, sabía que aquel sería un espectáculo irreplicable. Se marcaría todo un hito histórico, uno que con dificultad sería superado por los americanos, aún con los años.

Terminó sus huevos y pasó al postre, algo dulce sería capaz de sacarle de la mente aquellas imágenes tan excitantes pero perturbadoras. No estaba en el lugar, ni con la compañía adecuada para estar teniendo aquellos pensamientos.

Su tenedor se deslizó como un cuchillo caliente cortando mantequilla a través del pastel de chocolate que estaba frente a ella. Era una rebanada enorme, de un color oscuro y un aroma fuerte y embriagador, adornado con crema de chocolate y unas fresas picadas en el tope. Se llevó un bocado a la boca y comenzó a degustarlo, con una sensación como la de un trozo de seda disolviéndose en su lengua, suave y delicado, pero con un sabor rico y fuerte.

Cuando abrió sus ojos se encontró con aquellos ojos azules y extraños, completamente enfocados en ella. En ese momento una sonrisa, como la de quien conoce un secreto, apareció en el rostro de aquel hombre, mientras se dirigía a la mesa que ella y su padre ocupaban en el gran comedor, pasando de largo para ocupar uno de los asientos de la mesa que se encontraba junto a la suya.

Sintió un escalofrío, y un calor comenzó a acumularse en su entrepierna al recordar aquellas caricias, los besos y los roces de aquel extraño en sus sueños, en partes que tan sólo ella había tocado con anterioridad. Aquella sensación creció mientras ella le observaba discretamente, y casi la hace explotar cuando él le miró a los ojos de nuevo. Oh no, ¿le sucedería en aquel lugar?

- Discúlpame, padre, - dijo ella apresurada, empujando la silla hacia atrás hasta casi hacerla caer.

Corrió hacia los servicios, afortunadamente a solas, y se encerró en un cubículo. Le costaba respirar, sus ojos permanecían cerrados mientras sus dedos apretaban con fuerza su falda en un intento de suprimir las sensaciones tan reales que seguían bombardeando su mente, como si las estuviese reviviendo en aquel momento.

Tras unos minutos que le sirvieron para recuperar el aliento a duras penas, salió del servicio y observó su rostro en el espejo que colocaba sobre el lavabo. Se notaba un poco pálida y cansada. ¿Qué había sido todo aquello? Se enjuagó y secó el rostro, tomando un respiro profundo antes de dirigirse de nuevo hacia el comedor.

Volvió al gran comedor por inercia, inmersa en un mar de preguntas confusas que no añadían sentido a lo que le sucedió. Cuando se acercaba a su mesa le vio de nuevo, ésta vez sentado y conversando con su padre; aquel rostro blanco con la nariz respingada, el cabello rubio cenizo peinado hacia atrás y sujeto en un moño adornado por un lazo azul, del mismo color que su traje y su corbata. Su padre, al verla, le pidió que se acercara, con una sonrisa en el rostro. Parecía emocionado. Ella sonrió con disimulo mientras se acercaba, colocándose justo detrás de su padre y poniendo una de sus manos sobre el hombro de éste.

- Beatrice, te presento al Conde Francis Yannic, uno de los inversionistas del proyecto del señor Eiffel.

- Mademoiselle.

Señorita en Francés. El Conde Yannic se levantó y le tomó de la mano, dándole un beso. Aquellos ojos la miraron por una fracción de segundo, pero hicieron que las imágenes volvieran de nuevo a su mente. Beatrice retiró la mano rápidamente y le ofreció una tímida sonrisa mientras se colocaba del

todo detrás de su padre. El conde dejó ver una sonrisa llena de dientes blancos y perfectos que la hicieron respingar.

- El Conde Yannic llegó anoche a la ciudad para conversar con el resto de los inversionistas, y con el mismo Eiffel para conocer un poco más sobre el proyecto. Tiene una fascinación por la arquitectura y por la cultura que se está desarrollando de éste lado del globo.

- Siempre he creído que Francia tiene una imponencia que no puedes encontrar en ningún otro lugar de Europa y es por eso que nosotros deseamos convertirla en la capital del mundo moderno antes de que los americanos intenten hacer una especie de estatua enorme que nos robe el interés del resto del mundo. Es ahí donde su padre, el señor Eiffel y el resto de su equipo entran en juego.

- Y créame, Paris lo será, - le aseguró su padre al Conde, con una gran sonrisa y un entusiasmo que ella no había visto durante mucho tiempo. - La visión de Eiffel va más allá de lo que nadie nunca antes haya imaginado. Una estructura tan alta que pueda ser vista desde las cuatro esquinas de Francia. Eso sólo podrá ser superado por los mismos franceses, cuando el momento sea correcto. Créame cuando le aseguro que así será, Conde Yannic.

- Por favor Christopher, Francis está bien. Dígame señor, si así gusta. No me agradan demasiado las formalidades de un título noble.

Ambos hombres rieron animadamente ante aquella declaración. De vuelta en Dinamarca, ella y su padre poseían títulos nobles también, y ella tampoco era muy aficionada a que le estuviesen llamando duquesa por donde quiera que iba. Hizo una corta reverencia antes de alejarse de su padre, el Conde se levantó y le tomó nuevamente de la mano.

- Conde Yannic, fue un placer conocerle.

- El placer ha sido enteramente mío, mademoiselle. Espero que ésta noche si pueda tener un sueño... reparador, - y con una sonrisa sugerente, le besó nuevamente la mano, mirándola fijamente a los ojos. ¿Lo sabía? ¿Cómo era eso posible?

Beatrice se alejó de la mesa tan rápido como pudo y sin mirar atrás, sintiendo un par de ojos azules clavados en su nuca. No quiso mirar, aún cuando se detuvo en el umbral del gran comedor para hacerlo.

Decidió que lo mejor sería ignorar aquellos sentimientos y dedicarse a mantenerse alejada de él. Sería difícil, dada la repentina fascinación que mostraba su padre hacia él. Presentía que le vería ahora más a menudo, pero siempre que pudiera evitarlo, lo haría con total gusto.

- Espero que ésta noche si pueda tener un sueño... reparador. ¿Qué demonios habrá querido decir con eso?

Beatrice se dirigió de prisa a su habitación, cogió uno de sus abrigos y un pequeño cuaderno forrado en piel roja con una pluma fuente a juego y partió hacia las calles de Paris.

Capítulo II

Las calles parisinas le habían ofrecido poco entretenimiento, menos del que esperaba. Tan sólo se había encontrado con un montón de tiendas caras, restaurantes finos y parques con apenas gente en ellos. No conocía la ciudad, por lo que era bastante probable que se hubiese saltado algunos de los lugares importantes y más concurridos.

Había tenido tiempo para sentarse a escuchar la canción de un artista callejero, la cual se quedaría luego en su mente. Tenía un ritmo suave y tranquilo que la invitaba a relajarse y escribir algunas líneas que salieron algo carentes de emoción y sentimiento, cosa que le atribuyó al desdén de los parisinos por los pequeños detalles de la vida como aquel músico solitario.

De regreso a su hotel pasadas las seis de la tarde, se dio un merecido baño de burbujas para retornar a la ventana de su habitación y observar al sol ponerse tras los edificios altos que se extendían frente a su hotel, mientras dibujaba sus siluetas desiguales sobre el naranja del ocaso.

Paris le estaba ofreciendo experiencias nuevas después de todo.

Una vez cayó la noche, Beatrice se arregló para el encuentro con su padre en gran comedor, donde cenarían a las ocho de la noche aunque, contrario a lo que habían acordado, él se encontraba de nuevo ahí, bebiendo whisky en las rocas y conversando amenamente en compañía de su padre.

La perfección de su rostro blanco bajo las luces eléctricas y la pulcritud de su cabello y de su elegante ropa le hacía parecer peligroso, como si fuese alguien importante, pero a la vez, como si no lo fuese.

Beatrice suspiró hondo y se dirigió hacia la mesa donde estaban los dos caballeros. Su padre se levantó al verla, apartó su silla y se le acercó, dándole un beso en las mejillas. El conde Yannic se levantó un momento después, tomando una de sus manos y besándola respetuosamente. Aquel toque se sentía eléctrico, aún a través del guante de seda blanca que ella llevaba hasta los codos.

- Buenas noches Conde Yannic; padre. Espero no ser inoportuna.

- Para nada mi amor. Has llegado justo a tiempo para la cena. El señor Yannic y yo conversábamos acerca de nuestros trabajos anteriores y cómo lidiábamos con los contratistas. Resulta ser que su experiencia no difiere mucho de la mía, aunque no trabaje la arquitectura como yo.

- Creí que los Condes tan solo eran eso, Condes.

Yannic rió realmente sorprendido por la suspicacia de Beatrice mientras su padre mostraba una expresión solemne en el rostro. Había dicho algo de más, algo que su padre desaprobaba rotundamente, pero ante la risa del Conde, Christopher decidió dejarlo pasar y a ella no le molestó el haber podido expresarse sin represalias.

- Admito que me gusta su humor, pero no está del todo en lo correcto, madame. No son solo viajes con fines políticos ni todo es vivir de las apariencias para nosotros. Verá, aunque pertenezco a la orden real en mi país, también me encargo de realizar los tratados concernientes a los inmigrantes. Con los cambios que se están suscitando a nivel global muchas personas buscan refugio en países como el mío para alejarse de posibles conflictos que puedan presentarse dentro de algunos años.

- ¿Conflictos?

- No estamos absentos a tener guerras por motivos tan importantes como el territorio, o incluso por otros tan superficiales como el poder de un hombre. El dinero también es sinónimo de disputa, y para muestra está la recientemente culminada guerra del pacífico.

La Guerra del Pacífico, también denominada Guerra del Guano y del Salitre, fue un conflicto armado acontecido entre 1879 y 1883 que enfrentó a Chile contra los aliados Bolivia y Perú.

- Correcto Christopher, el rey cree que lo mejor que podemos hacer es mantenernos al margen de los deseos codiciosos del resto del mundo, para así garantizar la buena vida de nuestros habitantes y asegurar la preservación de nuestra herencia cultural.

- ¿Y de qué país estamos hablando, precisamente?

- Uno del que seguramente nunca ha escuchado hablar, señorita Beatrice.

La respuesta evasiva, aunque no se sentía como una evasiva real, la puso en alerta respecto a él. Parecía como si estuviese intentando guardar un secreto,

lo que lo hacía a su vez más llamativo, pues le hacía querer descifrar lo que estaba ocultando tras toda aquella confianza arrogante.

Su padre se desligó del tema con mucha velocidad y comenzó a hablar totalmente acerca de los avances tecnológicos de la época; de cómo los automóviles se hacían cada vez más prácticos y de cómo algunos intrépidos intentaban romper los límites del cielo y surcarlo a través de la capacidad humana de superar sus propios límites.

No cabía duda que su padre se encontraba muy a gusto con el Conde, y que parte de aquel misterio que emanaba de él le parecía tan encantador como a ella. Se fijó en su rostro y en un instante en que cruzaron miradas, aquellos recuerdos volvieron en montón a su cabeza, abrumándola y haciéndola sentir algo de vergüenza.

- Si me disculpan, hace un poco de calor aquí. - Se levantó con prisa y salió del gran comedor hacia las afueras del hotel donde un letrero, alumbrado con bombillas eléctricas, ponía “Le Grand Paris” sobre el techo que se extendía sobre la entrada de éste.

Beatrice se estremeció con fuerza ante aquel recuerdo fugaz. Las calles se veían llenas de gente, parejas y carruajes se acompañaban de algunos coches que inundaban, con su bullicioso motor, el tranquilo aire nocturno con un sonido distante de cualquier otro que haya escuchado antes.

- Es algo verdaderamente fascinante, ¿no lo cree así?

Casi salió disparada por los aires ante aquella presencia inesperada a su lado, ante la voz melodiosa de aquel hombre. Giró la mirada y allí, a su lado, se encontraba él con su sonrisa perfecta y seductora, su ligero aroma a almizcle y pino, y su piel reluciente bajo la luz de las bombillas que alumbraban sobre ellos.

- ¿Perdón?

- Los coches. Son definitivamente algo que uno nunca imaginaría posible. ¿Cómo podría un carruaje moverse sin un caballo tirando de él? Es algo mágico, ¿no le parece?

- Si... Claro. Por supuesto, los coches. Sí, de hecho. Lo es. Es el avance del conocimiento humano. Es fascinante el hecho de que cada vez nos hacemos más inteligentes. Es aterrador. Y fascinante, si. De hecho. Si...

- Ahhh... la capacidad que tienen algunos de crear cosas que otros sencillamente no comprenden, pero que llegan a aceptar sin ningún problema. Si nos sirve y cumple un propósito claro, le aceptamos, sin importar de dónde venga.

Su respuesta nerviosa no había desconcertado al Conde, ni le había hecho perder el hilo de sus propios pensamientos. Se apretó los brazos contra el cuerpo para alejar un poco el frío que de pronto había comenzado a sentir, y le miró de reojo, murmurando.

- Es usted un hombre bastante enigmático, Conde Yannic.

- Por favor, madame, llámeme Francis.

- Pues, Francis, es usted un hombre bastante enigmático.

- Sucede cuando se ha vivido tanto como lo he hecho yo, - el Conde fijó la mirada en uno de los coches que pasaban delante de ellos, de color negro brillante y con detalles metálicos que destellaban bajo las luces de los faros mientras se movían con un rugido similar a un ronroneo fuerte y un gruñido. No argumentó más acerca de su experiencia de vida, simplemente se quedó mirando el coche pasar, con una sonrisa.

- Pues se ve usted muy conservado para ser el hombre mayor que asegura ser.

Una risa vibrante salió de él, y con la cabeza inclinada hacia atrás se cruzó los brazos sobre su estómago plano. De verdad le había llegado aquel comentario.

- ¿Qué edad diría que tengo? Le advierto que muchas personas suelen equivocarse al adivinarla, así que piénselo bien. Tengo más de los que aparento, pero menos de los que usted podría pensar. Claro, siempre y cuando esté dispuesta a pensar más allá de lo que podría pensar el resto de la gente. Sea más que ordinaria. Sea extraordinaria al momento de pensar en algo.

Seguían los enigmas, ¿qué quería decir con todo aquello? La expresión de Beatrice parecía decirlo, tal como lo pensaba, y el Conde la animaba con su cabeza para que intentara decirle qué edad tenía. Lo observó de arriba a abajo y puso mucha atención en su rostro y sus manos, que eran los primeros que delataban la edad de una persona.

El primero se veía como el de un preadolescente, liso y sin marcas, con un color claro y uniforme. Debajo de sus ojos se veían unas marcas un tanto

rojizas, pero no lo suficientemente oscuras para considerarse como ojeras. Tal vez se trataba de un efecto de la luz sobre su color natural de piel. Sus labios eran dos líneas delgadas, rosas y esponjosas, con una forma perfecta y sin grietas ni otras imperfecciones.

Ni una fina línea se marcaba entre sus cejas, tampoco en su frente ni en sus mejillas o en la comisura de los ojos, ni en sus cabellos naturalmente rubios, tan claros que parecían ser blancos. Sus manos tampoco delataban signos de la edad. No eran rústicas como las de su padre, no estaban llenas de venas marcadas, no de lunares o grietas. Se veía perfecto. ¿Acaso era eso posible?

Entonces, dado a que no pudo adivinar basado en rasgos típicos de la edad, se enfocó en analizar su manera de hablar. Efectivamente, ningún jovencito tenía la capacidad mental para expresarse de aquella manera, aunque tampoco la tendría ningún viejo de la edad de su admirable padre. Seguramente oscilaba entre los treinta y cinco y cuarenta años.

Pero había algo que la puso a dudar, aquello de “tengo más de los que aparento, pero menos de los que usted podría pensar”, y la había puesto a pensar de verdad. ¿Podría tener más de cuarenta años? ¿Apenas veinte?

- Veo que la he colocado en un predicamento, - comentó él con una risilla en la boca, y Beatrice negó con la cabeza, ya con una cifra en mente y con la que se encontraba bastante segura de lo que iba a decir.

- Yo diría que entre treinta y cinco y cuarenta años.

- Interesante cifra. ¿Por qué ha pensado que puedo estar entre esas edades?

- Sencillamente por su forma de expresarse. Ningún jovencito podría hacerlo con la fluidez y seguridad con la que usted lo hace. Denota experiencia, aunque ésta no se muestre en su piel. Así que si, diría que no tiene más de cuarenta años.

El Conde sencillamente le sonrió y le tomó de la mano, le besó y la haló hacia el interior del hotel.

- Venga, su padre le está esperando para la cena. No puede dejarle usted solo.

Y con aquella facilidad fue capaz de obviar el tema y dejarla completamente pensando en si había tenido razón o no. Ella prefirió mantenerse así de ilusa, la intriga mantenía dentro de ella la pequeña llama de la curiosidad ardiendo por aquel individuo. Ya llegaría el momento en que descubriría si tenía o no

razón.

* * * *

Los siguientes dos días se la había pasado a solas en las áreas de descanso del hotel, con su sombrero de ala ancha que hacía juego con los detalles de encaje de su vestido rojo. El calor había sido fuerte en las mañanas así como el frío lo había sido en las noches.

Eran los rastros de la primavera que se arrastraba rengueando sobre ellos. De la tormenta que había caído en el día de su llegada tan solo quedaba el recuerdo, y en ella un deseo de revivir el frescor de esa noche en aquel momento.

En su mano reposaba el cuaderno de piel roja mientras en la otra sostenía su pluma fuente, la cual rodaba entre sus dientes, intentando atrapar aquellas palabras que revoloteaban en su mente y que no eran capaces de salir por sí mismas.

Las otras damas que se encontraban en aquel lugar se veían tan pintorescas como un grupo de aves salvajes, vistiendo colores tan vivos como el naranja, el verde o el amarillo, y otras tan opacas como el marrón, el gris o el negro.

Supuso que algunas de ellas estarían de luto, ¿pero cómo estarlo en un lugar como ese? Entendió entonces que no todas eran turistas, como ella, y que para algunas aquella vida que ella percibía como excitante y foránea era el pan de cada día. Los parajes hermosos pierden algo de su belleza cuando son expuestos a la rutina.

Escribió un par de garabatos en su cuaderno, nada que tuviera sentido realmente, y se rindió un instante después, prefiriendo seguir bebiendo de aquella visión que tenía frente a ella.

Una hora más tarde, se encontraba de vuelta en su habitación, tomando una ducha. Las gotas resbalaban por su espalda, como un beso dilatado y frío, que recorría desde su hombro hasta su cintura.

Sus dedos se deslizaron hacia el sur con lentitud, con timidez, mientras sus mejillas tomaban color y se sentían cada vez más calientes y tensas. Su

abdomen se contraía ante la sensación mientras sus piernas se estrujaban entre sí, esperando aquel toque en su punto más sensible.

Partió su boca en un gemido enmudecido que se mantuvo hasta que no pudo soportar la estimulación de aquellos dedos curiosos que exploraban cada rincón prohibido de su cuerpo hasta arrastrarla a un abismo de perdición en el que terminaba con las piernas débiles y temblorosas, todo con la viva imagen del Conde en su mente.

Aquella noche, durante la cena, le había sido imposible mantenerle la mirada. Especialmente cuando él, con aquella misma sonrisa concedora, le devolvía la mirada por encima de su taza de té rojo con miel y jengibre.

Francis Yannic era un hombre que sabía algo que ella no, y aquella idea la incitaba a indagar aún más.

* * * *

Un gemido le fue arrancado de los labios a medio despertar a altas horas de la madrugada. Los insectos cantaban en las afueras mientras la neblina nocturna comenzaba a disiparse de las calles. Se cubrió la boca con ambas manos mientras aquel orgasmo espontáneo seguía recorriendo su cuerpo, mientras la hacía retorcer las caderas en busca de aquella llenura que de pronto le había dejado.

El Conde le había visitado de nuevo aquella noche, pero había sido aún más intenso que en el sueño anterior. Le había hecho cosas que ella nunca podría haber imaginado, aunque siendo aquello parte de su imaginación, supuso que sí era capaz de imaginarlas, ¿verdad?

Se cubrió el rostro cuando el efecto comenzó a pasar, dejándola tan solo llena de pena y vergüenza. ¿Cómo podía sentir semejantes cosas sin haberlas experimentado antes?

Lo más confuso era pensar que aquello le sucediera con un hombre al que apenas conocía, y que nunca le hubiese pasado nada igual con Ygnacio, un joven español con el que había compartido un breve amor de verano en una temporada en la que tuvo que irse a vivir a Sevilla con una de las

hermanastras de su padre.

Aquello había sido inocente y tierno, mientras que lo que vivía con Yannic era salvaje y carnal aunque tan solo fuese dentro de su cabeza.

Sin embargo, y a pesar de la vergüenza que sentía, le encantaba aquello. Despertarse mojada y retorciendo las caderas era algo indescriptible, quería sentirlo en compañía de alguien. ¿Se sentiría de aquella forma estar con un hombre? ¿Con un hombre como el Conde Francis Yannic?

Mientras se duchaba aquella mañana, decidió que tocarse no sería lo más apropiado, pero su parte racional cedió el paso a la parte animal, por lo que terminó de rodillas bajo un spray de agua caliente en el suelo de la ducha hasta que logró recuperar las fuerzas para levantarse.

* * * *

Con la piel de los hombros enrojecidas por el agua que la había cubierto durante el rato que tardó en recobrar fuerzas, se dirigió hacia el gran comedor, ignorando totalmente a su padre y a su acompañante, que ya parecía formar parte de la rutina de ambos, mientras se enfocaba en servirse un buen desayuno para recobrar el resto de sus fuerzas. Una porción de fruta, huevos, tocino, un bagel y una taza de té era lo que llevaba para combatir el hambre matutina.

Yannic, como siempre, había apartado la silla para que ella se sentase, y le había dado un beso en la mano, sosteniéndola por un segundo más de lo socialmente correcto. Su padre no logró notar su interacción, cosa por la que ella se sintió sumamente aliviada.

Suficiente tenía con enfrentarse a su propia vergüenza para tener que hacerle frente a la vergüenza impuesta por su padre si descubría el amorío que ella tenía con aquel hombre en su mente jovial.

La conversación había aportado escasos momentos para su interacción; momentos en los cuales decidió respetar el hecho de que su padre les había inculcado a ella y a su hermano menor, Anton, el hábito de mantener sus pensamientos para sí mismos siempre que él estuviese conversando sobre

algún tema importante. Yannic cambiaba su atención de él a ella y viceversa, siendo siempre sutil en sus miradas y discreto en lo que aquellos ojos expresaban.

Fue entonces cuando Beatrice notó realmente lo extraños que aquellos ojos eran. Eran de un azul profundo, podía ver en ellos cada línea que formaba su iris, líneas que iban desde el azul más oscuro a tonos un poco más claros, incluyendo gris y algunos que otros hilos de color marrón. Eran verdaderamente peculiares, igual que la personalidad del hombre que los lleva, pensó.

Se podía nadar en ellos, pues parecían tener más profundidad de la que normalmente deberían tener. Mirarlos le hizo recordar los sueños, y rápidamente se concentró en el plato frente a ella y en su taza de té humeante para evitar tener pensamientos impuros en la mesa.

Y mientras aquel dilema sucedía en la cabeza de Beatrice, en el rostro del Conde aparecía una pequeña sonrisa complacida que ella no lograba entender.

No sabía cómo, pero él lo sabía, y aquella extraña conexión que se estaba formando entre ellos, le gustaba un poco más de lo debido.

* * * *

Dos semanas después de haber conocido a Francis Yannic, durante una de las visitas al lugar de trabajo de su padre, Beatrice se había propuesto a conversar con él acerca del Conde, y de cómo le parecía una persona bastante enigmática.

En el almuerzo aquel día, uno en el que no estuvo presente el señor Yannic, Beatrice comenzó a hablar con su padre sobre él. Al principio dijo comentarios superficiales, todos relacionados con su título y de cómo era capaz de convencer a la gente de pensar de la misma forma en que él, y no fue hasta que hizo un comentario acerca de su edad que la atención de su padre tomó un estado de alerta.

- No deberías estar pensando en la edad de nadie, Beatrice. Mucho menos en

la edad del señor Yannic. Las jovencitas como tú sólo deben pensar en una cosa, en mantenerse siempre hermosas y silenciosas para complacer a sus esposos. Y tú aún no tienes uno, así que debes mantenerte de esa manera con mayor esfuerzo.

- Padre, no me gusta que me trates de esa forma, como si fuera un simple objeto hermoso. Soy tu hija, y un ser humano además.

Christopher se llevó un bocado de su almuerzo a la boca, ignorando completamente aquel comentario. Los había escuchado mucho en forma de reclamo de parte de su moribunda esposa, y odiaba terriblemente escucharlos de su propia hija. Era por eso que prefería ignorarla en lugar de seguirle los pasos.

- Apuesto a que el Conde Yannic si entendería de lo que hablo. Es un hombre gentil y muy atento.

- ¿Qué es lo que acabas de decir?

- Digo que él no es como tú, padre. Él me trata con respeto y no me ve como un simple objeto al que hay que exhibir en una vitrina de cristal. Él respeta mi manera de pensar.

- No toleraré tus insolencias durante el almuerzo, Beatrice. Basta.

- Nunca toleras mis insolencias, padre. Ni durante ni después del almuerzo. Francis es diferente.

- ¿Acaso estás insinuando que te gusta ese hombre?

Era una pregunta que ella misma no se había hecho, no realmente. ¿Le gustaba? Lo hallaba atractivo, conversador y respetuoso. Era cálido y amable y, sobre todo, la trataba como a una persona, como a una dama. No como su padre.

- No sé si me guste, - respondió ella con indiferencia, tomando un sorbo de su té.

Su padre, claramente frustrado por aquella respuesta, golpeó la mesa con ambos puños. Los platos y el resto de la vajilla vibró sobre ésta, y los demás comensales en la sala se giraron y mantuvieron el silencio para ver lo que estaba sucediendo. Beatrice se había quedado paralizada, con la taza de porcelana entre los dedos, a pocos centímetros de su cara.

Pudo sentir la cachetada de su padre, el ardor del té caliente sobre su escote, y cerró los ojos ante la anticipación. Sin embargo, no recibió nada de aquello. Escuchó la silla caer al suelo y la mesa estremecerse de nuevo. Un segundo después, abrió los ojos, cuando el murmullo de los otros presentes llenó el silencio que Christopher había causado, y éste se había ido.

Todos le observaban con desaprobación, especialmente las señoras arregladas que almorzaban con sus maridos de rostros gordos y sudorosos. Un hombre a dos mesas de ella le veía con desprecio, mientras la mujer sentada junto a éste le comentaba algo al oído.

Un mesero se acercó a ella y ofreció limpiar el desastre que había causado su padre. Se disculpó con él y agradeció la ayuda. Cuando su corazón se calmó un poco, decidió terminar su almuerzo, aunque no comió demasiado, y sin esperar a que su padre volviera, se retiró del lugar hasta la calle, donde se marchó en un taxi de vuelta al hotel para intentar olvidar aquel amargo momento que había pasado.

* * * *

- Paris ofrece muchas formas de entretenimiento, - le había comentado el Conde, dos días después de su último encuentro, mientras ambos tomaban la cena en una de las terrazas del Le Grand. – Y pensé que una dama como usted gustaría de conocer la forma parisina de socializar.

- Un baile de disfraces, - comentó ella mientras leía en francés “bal costumé”, de las dos tiras de papel que él le había entregado.

- Christopher me ha comentado de muy mala manera que no asistirá, pero me encantaría que fuera usted conmigo, como mi pareja. Estoy seguro de que las fiestas en Versalles le parecerán un espectáculo.

Beatrice observaba los boletos en su mano, los giraba y los leía. En una esquina, el dibujo de un hombre con una larga capa y utilizando un antifaz se veía sostener la mano de una doncella con un vestido de falda acampanada y largos rulos rubios sujetos en dos colas a los lados de su cabeza, con un antifaz en forma de mariposa cubriendo su rostro. Se parecían mucho a ellos dos. La coincidencia le parecía algo perturbadora, si era honesta consigo

misma.

- Entienda que es una de las fiestas más finas y exclusivas, solo se dan en Versalles una vez cada dos años, y usted tiene la dicha de poder ser invitada a asistir.

- ¿A una?

- No, conmigo.

Beatrice dejó salir una carcajada mientras Francis le observaba con ojos ligeramente cerrados y una sonrisa confiada en el rostro. Aunque ser tan creído le restaba algo de brillo, era aquella seguridad en sí mismo lo que hacía que muchas mujeres se arrastraran por él y lo convirtiera en todo un seductor.

- Entiendo entonces que tengo el doble honor de poder asistir a UNA de éstas fiestas Y con usted.

- Así es. Entonces, ¿qué me dice? ¿Irá conmigo?

- Me... Debo comentárselo a mi padre, usted lo sabe, - Yannic frunció el ceño por una fracción de segundo, tan rápido que hizo que ella dudara si de hecho le había visto hacer aquel gesto. Su sonrisa perdió algo de fuerza, pero se mantuvo firme en su rostro. Tomó las entradas de la mano de Beatrice y las guardó en el bolsillo de su chaqueta.

- Disfrutemos el resto de nuestra noche. Ya podrá usted conversar mañana con su padre, y darme una respuesta antes del viernes. ¿Salud?

Beatrice hizo caso omiso a sus pensamientos, tomó la copa de champagne que estaba a su lado y la chocó contra la de Yannic, ambos brindaron por una noche tranquila bajo la luz de la luna creciente, mientras las estrellas opacaban las bombillas que brillaban en la calle, un par de pisos por debajo de ellos.

* * * *

La tarde del día siguiente, Beatrice había invitado a su padre a su habitación para conversar con él acerca de la invitación que había recibido. Su padre se

había mostrado bastante reacio a permitirle salir con Yannic.

No quiso darle detalles pero, por lo que lograba entender entre sus evasivas, parecía que en mitad de una charla el Conde había tocado un punto sensible sobre el cual Christopher no estaba dispuesto a conversar.

Debido a aquello, habían terminado en un intercambio de palabras del cual su padre había sacado las peores conclusiones. La peor parte era pensar en que todo aquello podría haberse evitado de no ser por la manía de Beatrice de hacerse escuchar. Tendría que aprender a lidiar con las consecuencias de la libertad que buscaba.

- No me agrada ese hombre para ti, Beatrice. Su forma de pensar es sumamente ávida, si, pero no de conocimientos sino de poder. No quiero que vayas con él a ninguna parte tú sola. No lo quiero metiéndose en tu torpe cabecita e intentando hacerte creer que sentirte independiente te hará realmente feliz. No lo quiero a tu lado.

- Padre, ¿podrás decirme qué es lo que ha sucedido realmente entre ustedes? Se veían tan en sincronía cuando se conocieron. Deseo entender. Explícamelo, por favor.

- No pienso explicártelo. Eso fue antes de conocer sus intenciones contigo, querida. No pienso dejarte saber absolutamente nada de lo que ese hombre y yo hemos conversado, pero sí has de saber que no busca nada bueno, y yo no soy el tipo de padre quien permite que su única hija tenga asuntos con hombres que no buscan nada bueno para ella.

- El Conde es un empresario. Igual que tú e igual que el señor Eiffel.

- El Conde es un hombre que busca poseer cosas, hija mía. Es codicioso, y los hombres codiciosos no son buenos partidos. Sin importar el dinero, los títulos o las propiedades que tengan, nunca serán buenos partidos para niñas como tú. No insistas. Tu terquedad infantil está sacándome de quicio.

- No soy ninguna niña, padre. Debes entender eso de una vez, - no había nada que le llenara más de impotencia que su padre le tratara como si aún era aquella niña pequeña que su madre dejó abandonada. En aquel entonces había sido tan frágil que ni ella misma soportaba el recuerdo de lo que una vez fue. Deseaba ser fuerte, independiente, y quería perseguir sus sueños. Más que el de ser escritora, era el de ser y sentirse verdaderamente libre y vivir aquella vida que, por enfermedad, su madre no había sido capaz de

vivir.

- ¡Por supuesto que eres una niña, Beatrice Anastasia! ¡Eres MI niña! Las hijas siempre serán las niñas de los padres, sin importar que tan mujeres sean. No puedes...

- ¡No puedes mantenerme encerrada para siempre! ¡No puedes controlarme por toda mi vida! Me trajiste aquí convencida de que tendría mi oportunidad para ser feliz, para ser libre.

- ¿Y acaso crees que el Conde Yannic puede hacerte feliz? ¿Darte la libertad que quieres? ¿Si quiera sabes a qué te refieres cuando piensas en ESA libertad de la que tanto fanfarroneas?

Un momento de duda le hizo callar, no esperaba semejante pregunta tan repentinamente. – Por supuesto que no, - repuso de forma tímida, - pero tampoco podré saber si me equivoco si no me permites tomar mis propias decisiones.

- Tomarás tus propias decisiones cuando seas una mujer y cuando yo haya aprobado a tu marido.

- Ya soy una mujer, padre. Aunque no lo veas, ya soy una mujer y no necesito de tu aprobación.

Él se mantuvo en silencio, con la cara llena de enojo y comprensión a la vez. La entendía, si que lo hacía, ella lo conocía para saberlo, pero también para saber que él no aprobaba que estuviera cerca de Francis Yannic. ¿Por qué? La pregunta se había vuelto irrelevante, dada la decisión de Christopher de mantenerse hermético al respecto.

Quiso decir algo más pero en el último momento, cerró la boca, se levantó de la cama y salió de la habitación de Beatrice, dejándola ahí parada frente a la ventana, con las manos apretadas en puños a los lados de su vestido y el rostro enrojeciéndose por la ira que se iba formando en su cabeza.

Capítulo III

El Conde había sido bastante insistente, al igual que aquellos sueños eróticos que seguían volviendo a ella en los momentos más inoportunos, en que salieran a solas esa misma tarde. Apenas habían pasado unas horas desde que había conversado con su padre, y le había costado mucho sacárselo de la cabeza.

No había tenido oportunidad de verle alrededor de su padre, y se sentía contenta y culpable por verle a escondidas en ese momento. El Conde parecía presentir a Christopher y se alejaba de ellos tal como un zorro de un sabueso.

La noche siguiente sería el baile de disfraces, pero algo en aquella conversación y en la forma en la que su padre se había empeñado en negarse a que ella estuviera con Yannic le decía que no debía asistir, por lo que la duda iba fomentándose dentro de su razón. Beatrice seguía sin comprender el cambió tan repentino en la conducta de su padre, y le había excusado de todas las formas posibles pero aún así, no le entendía.

El recelo que mostraba no era convencional. Francis debió haberle insinuado algo sumamente grave, violatorio de las creencias conservadoras de Christopher para hacerlo enfurecer de tal manera. Lograr aquello no era tarea fácil, siendo Christopher tan conversador y de buen carácter. Así que intentó ser completamente imparcial, aunque honesta consigo misma al momento de sopesar su decisión.

Finalmente, aún contra sus pensamientos y en contra del temor que le producía el contradecir a su padre, Beatrice aceptó la invitación a salir. Yannic la llevó de la mano hasta su coche, y viajaron hasta los Jardines de Trocadero, uno de los atractivos turísticos de Francia que pronto sería reemplazado por la torre de Eiffel, que se alzaría a pocos metros de ahí.

Había preparado todo con antelación: la canasta con comida recién hecha, y la botella de vino tinto que hacía que toda la comida tuviera un mejor sabor reposaban a un lado de él en el camino hasta los jardines.

Francis le habló de sus viajes y de su trabajo, de cómo había ayudado a crear comunidades seguras para las personas que emigraban y buscaban refugio, y

cómo les integraba a la sociedad. Le mostró a Beatrice un lado aún más amable y desinteresado. Uno que se contradecía completamente con el hombre que ella había conocido, con la imagen que su padre pretendía colocarle ahora. Sintió un poco de curiosidad adicional ante aquella actitud altruista.

No era un idiota, tan solo pretendía serlo. Era un caballero con una fachada, uno que intentaba mantener su sensibilidad lejos del resto del mundo para no parecer débil o vulnerable. Pero él no había tenido miedo de mostrarle ese lado a ella.

La había hecho su cómplice, le había dado un voto de confianza que ella no traicionaría jamás pues, además de confiar en ella, la invitaba a expresarse libremente y apoyaba su deseo de ser independiente, diciéndole que su propia madre había luchado contra la represión machista de vuelta en su país de origen.

No comentó mayores detalles, ni develó secretos importantes. Todo lo que asomó fue suficientemente vago como para mantener a Beatrice interesada, deseosa de saber más.

Se marcharon de vuelta al hotel al caer el sol, sobre unos caminos teñidos del naranja del ocaso mientras las aves cantaban al revolotear de vuelta a sus nidos. Sintió una empatía con ellas, intentando enfocarse en aquel sentimiento para dejar a un lado el temor de llegar al Le Grand y encontrar a su padre esperándola para reprenderla.

No le temía porque se pusiera especialmente violento; más allá de un par de bofetadas, nunca le había hecho daño físico para traumarla, pero sí para asustarla. Le temía porque sería capaz de decirle cosas que le llegarían a lo más profundo de su alma, y que podrían marcarla por el resto de su vida. Su respeto se veía ligeramente bañado con algo de temor, y su padre consideraba que era la mejor manera de mantener a la sociedad en orden, sometida ante el fantasma del miedo.

Al llegar, se sintió aliviada al ver que el carro de su padre no se encontraba aparcado en la entrada, por lo que estaría en alguna reunión importante. Francis la despidió con un beso en la mejilla, mientras le sujetaba el mentón entre dos dedos, regalándole una sonrisa secreta.

- Nos vemos mañana en la noche, - le susurró antes de irse a su propia

habitación, dejándola parada como una estatua en la entrada del Le Grand, con una sonrisa de estúpida enamorada en el rostro enrojecido, y el corazón latiéndole a mil por hora en el pecho.

* * * *

La temperatura en la habitación comenzó a elevarse, primero un poco, luego más y más hasta pasar a un calor de sauna que la hacía transpirar entre las sábanas blancas de su cama. Se retorció mientras mordía con fuerza su labio inferior, mientras sentía la caricia fantasmal de aquellos dedos de seda, acariciando desde su garganta hasta su ombligo y más allá. Que sensual y que exquisito se sentía aquel toque experto, que disparaba una corriente eléctrica a través de cada nervio de su cuerpo desnudo.

No lo veía, muy concentrada en la sensación de tenerlo sobre la piel mojada de sudor, sofocada entre las sábanas caras que se enrollaban y ocultaban algunas partes de su anatomía, rozando sobre trozos de piel ya delicados y sensibles por las caricias de aquel hombre.

Había llamado a su puerta en mitad de la noche, le había deseado tanto como ella a él y era por eso que ahora se encontraba ahí, medio escondido entre sábanas sobrecalentadas. Sentía el calor de su cuerpo y la humedad de su respiración en su entrepierna, bajando cada vez más, siempre tan lento como en sus sueños, para volverla loca entre deseo y placer anticipado.

Intentó callar un gemido con un trozo de tela entre sus labios, mientras el resto del material caía como una venda sobre sus ojos. Sentía y escuchaba, olía y percibía de forma más intensa, y todo se volvía más y más erótico mientras era incapaz de ver.

Su voz le susurraba palabras que no entendía, frases que parecían tener algún sentido para él, más no para ella. Habría de estar inventándolas, aunque lo cierto era que no conocía ningún otro idioma aparte de su Danés natal. No había manera de que el Conde estuviese inventando aquel lenguaje alienígena que murmuraba entre mordiscos, besos y lamidas.

Sintió cómo su lengua la recorría, desde abajo hasta arriba, como la humedecía más allá de la propia humedad de su excitación. La devoraba,

codicioso y hambriento, pero a la vez sutil y delicadamente. Tal como la caricia de una pluma, excitante, pero no lo suficiente para hacerte estallar.

En su cabeza resonaba el eco de su nombre, Francis, Francis, rebotando contra unas paredes tan cubiertas por la neblina del éxtasis que casi perdían sentido. Pero como un mantra, aquel nombre se repetía con mayor intensidad a medida que su orgasmo comenzaba a tomar fuerza, con aquella presión formándose en su interior, la electricidad recorriéndole los muslos y el calor arrastrándose por su piel, estómago arriba.

Sus pezones se endurecían y sensibilizaban más y más al rozar contra las sábanas, intentaba cerrar las piernas, alejar la cabeza del Conde de ella, pero sus manos estaban enredadas con la sábana, justo sobre su cabeza. Él la abría de nuevo y comía de ella con ahínco, penetrándola con su lengua que se movía con la fluidez de una serpiente, tomándola por el trasero con fuerza.

Partió los labios e inspiró entrecortada, una, dos, tres veces, y aquel poder se liberó de golpe, haciéndola perder el control. Su cuerpo casi convulsionaba entre las sábanas mientras el sudor le pegaba la tela de encima, le apelmazaba el cabello de la frente. Respiró sonoramente, intentando controlarse, pero le llevó más de un minuto reponerse de los choques sucesivos al orgasmo.

Se despertó de golpe horas después, en mitad de un fuerte orgasmo que la hizo apretar las piernas con muchísima fuerza, mientras oprimía sus dedos contra su entrepierna para intentar parar la intensidad de aquel flujo que salía de ella, tibio y algo pegajoso, con una insistencia increíble.

Francis se había marchado, la había dejado sola después de que ella se quedara dormida. Los primeros rayos del sol comenzaban a irrumpir en la oscuridad de su habitación, y ella se sintió repentinamente cansada.

Una vez que aquella excitación pasó, se desplomó con todo su peso sobre la cama, cerró los ojos y se durmió con el azul de la mirada de Yannic en su mente, observándola, cuidando de ella.

* * * *

Aquella mañana, su padre se habría marchado a otra de las reuniones que

mantenía con Eiffel y sus socios, a pesar de que la obra no daría inicio sino hasta dentro de un par de años.

A ella no le importó desayunar a solas en la terraza del hotel, tampoco que ninguno de los dos hombres no estuvieran allí para hacerle compañía durante el resto de la mañana. En lugar de eso, se marchó a las tiendas del centro de la ciudad para elegir algún vestido que lucir en el baile al que asistiría más tarde esa noche con Francis. Aún después de la negatividad de su padre, se había decidido a seguir su instinto.

De entre todas las tiendas que vio, una de trajes antiguos atrajo su atención. En el exhibidor de la entrada, un maniquí llevaba un vestido ancho con un bolso de cuero pequeño bajo el brazo, un paraguas en la mano y un sombrero alto con un arreglo floral posaba encima. Parecía una de esas mujeres de los años cuarenta, se veía tan elegante que no pudo evitar querer lucir de esa forma.

Probó uno tras otro hasta que dio con un vestido de falda acampanada en satén azul oscuro cubierto con tela de gasa de color negro, acabada en encajes del mismo color con formas florales.

La parte superior tenía un amplio escote que dejaba al descubierto la espalda y los hombros al igual que parte del busto, todo esto permanecía unido mediante un corsé adornado con tela de encaje similar a la del borde de la falda que cubría la porción de los brazos que va desde el inicio del hombro hasta la mitad del bíceps, y que tenía un elegante lazo enorme en la espalda.

Se sentía como de la realeza al mirarse en el probador con aquel monumental vestido. Le recordaba un poco a uno que había visto en una pintura de Alexandra de Dinamarca, excepto que Beatrice no era pelirroja sino rubia.

La asistente de la tienda volvió con una máscara que imitaba el encaje, adornada con diamantes en la forma de las cejas y por debajo de los ojos. Tenía la forma de una mariposa, y cubría la punta de su nariz y parte de su frente donde también tenía adornos de zafiros y amatistas. Nuevamente, la coincidencia le pareció odiosa pero prefirió ignorarla.

La asistente también le ofreció un par de pendientes redondos, con una enorme perla en el centro, rodeada de diamantes. Beatrice quedó fascinada con la belleza que emanaba, y se sintió sumamente excitada por asistir a aquel evento.

Al volver a su hotel, había terminado con un bellissimo conjunto que haría que su estatus de duquesa fuera notado sin mayor dificultad. Luciría definitivamente espectacular esa noche y, con un poco de suerte, disfrutaría de la compañía del Conde sin tener que pensar demasiado en las cosas que le decía su padre sobre él.

La culpa crecía en su consciencia con cada minuto que pasaba, cada vez que se imaginaba luciendo fabulosa de la mano de aquel galán amable y educado, cuando se imaginaba disfrutando realmente la velada, y el posterior encuentro a solas con él que anhelaba con excesivas ganas.

Pero no podía evitar sentir la paranoia de su padre contagiarse, imaginando toda clase de escenarios funestos en los que acababa muerta, secuestrada o desaparecida. Francis no era de ese tipo de hombres. A pesar de conocerle poco, le conocía, la conexión entre ellos le permitía saber que él nunca haría nada que la dañara, a ella o a alguien más. No podía equivocarse cuando la intuición era la que afirmaba lo que su corazón sentía.

Se preparó tras una cena en la que nuevamente estuvo ausente su padre, pasando sus manos por el frente de su vestido, sobre unas arrugas que tan solo estaban en su imaginación, para luego revisarse el cabello por millonésima vez en diez minutos. De cada lado, una cola sujetaba un montón de rulos dorados perfectamente definidos y que le daban un volumen increíble a su cabeza, enmarcando la máscara, dotando su rostro con una aura de misterio que le parecía extremadamente seductora.

El reloj de pie que se encontraba justo frente a donde ella se encontraba observándose, junto al espejo de su tocador, indicaba que faltaba poco para las nueve de la noche. El tic tac había comenzado a crearle una sensación opresiva que le recorría el cuerpo, le apretaba el pecho y le hacía temblar las piernas mientras un montón de escalofríos le recorrían los brazos descubiertos y la espalda. En pocos minutos aparecería el Conde para llevarla a aquella majestuosa fiesta, y muy probablemente habría de irse sin despedirse de su padre.

Christopher era un hombre extremadamente conservador y, aunque intentaba darle las libertades que ella necesitaba, siempre lo hacía desde su propio punto de vista, cuidando las apariencias, lo que hacía que su visión de libertad no fuera suficiente para ella.

Era algo que odiaba, el tener que vivir bajo la sombra de su padre, como un

fruto que no cae demasiado lejos del árbol que le dio la vida. Se sentía asfixiada en ocasiones, en otras, protegida.

Y era aquel encuentro de emociones opuestas lo que le hacía imposible permanecer demasiado tiempo enfadada con el hombre. Era su única hija, después de todo.

Era un mal necesario, mantenerse en aquellos papeles que les habían sido impuestos por la sociedad. No era su culpa necesariamente, sino del tiempo en el que había nacido. Debería aprender a vivir con ello, y tan solo esperar que las cosas fueran diferentes con el paso de los años.

- Nunca dejarás de ser un terco, padre. – Y aunque aquellas palabras le resonaban con algo de amargura en la mente, no pudo evitar sonreír ante el cariño que le tenía.

Tres golpes en la puerta de su habitación prosiguieron a las campanadas de su reloj, al marcar las nueve en punto. Su corazón, al igual que su cuerpo, dio un salto ante el sonido inesperado y éste comenzó a latirle con fuerza. Se sostuvo el pecho mientras observaba la puerta, la sombra de un par de pies que se mantenía del lado de afuera, esperando su respuesta.

Lo pensó por un momento, de pronto bastante nerviosa. Se miró nuevamente en el espejo y pensó que lo mejor sería no recibir a nadie con aquella máscara puesta, por lo que se la quitó y corrió a la puerta cuando un nuevo grupo de golpes, con algo más de impaciencia, comenzaron a sonar. Abrió y no fue capaz de ocultar la impresión en su rostro, que poco a poco perdió la sonrisa que había mostrado un instante atrás.

- ¿Me permites pasar? – Beatrice se hizo a un lado un instante después, mientras su padre se deslizaba en silencio dentro de su habitación.

Cerró la puerta y se apoyó contra ella, principalmente para distanciarse un poco de él. Éste se fijó en las bolsas junto a la cama, el maquillaje sobre el tocador y la máscara que estaba en él, en el vestido que ella lucía. Tomó la máscara y la observó con detalle, una sonrisa pequeña rompió la expresión seria que traía en su rostro.

– Veo que has tomado tu decisión, hija mía. ¿Aún te mantendrás firme con ella? Irás a esa fiesta con Yannic, ¿no es así?

Se giró para verla al terminar su pregunta, dejando la máscara en su lugar,

tras notar el reflejo del rostro adulto de Beatrice en el espejo frente a él. Nunca le había visto lucir así, enfadado pero calmado, y por ello no sabía a qué atenerse. Su padre tenía aquella cualidad autoritaria que siempre infundaba miedo en ella.

Suspiró y evitó mirarlo a los ojos, buscando las fuerzas en algún lugar dentro de ella para hacerle frente. Siempre había sido capaz de defender sus ideas, pero nunca antes le había hecho frente ante algo tan serio como aquello. Se trataba de una decisión que cambiaría su vida, la convertiría irremediabilmente en la adulta que ella añoraba ser, ya no habría marcha atrás. ¿Estaría lista para dar aquel paso?

- Padre, yo...

- No. No hace falta que lo digas, Beatrice. Se te presenta la oportunidad de experimentar la vida en la forma en que deseas hacerlo, sin juicios ni restricciones, en la forma de un hombre encantador y apuesto que se interesa en ti sin aparentes intenciones ocultas, aparentemente honesto, dedicado y con muchas cosas en común con tu padre. Piensas que él es el indicado para mostrarte el mundo, y lo crees con tal convicción que estás dispuesta a tirar por la borda toda la enseñanza que tu padre te ha infundado durante toda tu vida... Entiendo perfectamente por lo que estás pasando.

- No, no lo entiendes, - de pronto una oleada de valentía la invadió, la llenó de coraje para enfrentar a su padre como nunca antes. Debía aprovechar aquella fuerza mientras durara para decirle lo que pensaba, lo que sentía. Era en ese instante o nunca. – Siempre me has protegido, y eso lo entiendo, tienes miedo a perderme como perdiste a mamá pero ya no soy una niña. Soy una mujer y debes entenderlo. Aún más, respetarlo.

- Hablas de respeto cuando no muestras el más mínimo de respeto hacia mi. ¿En qué clase de mundo crees que vivimos, Beatrice Anastasia? ¡No tienes derecho a andar haciendo lo que quieras por la vida! ¡Eres una mujer!

- ¡No me hables de ese modo, padre! No seré una más de las que se someten ante los hombres por el machismo de la sociedad. Estamos en decadencia, y los tiempos están cambiando. No podremos mantenernos en pie si ustedes siguen queriendo pisotearnos como si fuéramos menos que ustedes. No tengo los mismos derechos por el simple hecho de ser una mujer. Pero soy un ser humano, igual que tú y que Anton, y tengo el derecho de decidir por mi misma.

- Te equivocas, - le repuso él con una mirada amenazadora y un dedo que le apuntaba directo al rostro, como el cañón de un revólver.

- Claro, siempre me equivoco. Y tú siempre estás en lo correcto, ¿o no padre? Tu visión sexista del mundo es lo que nos ha llevado a mantenernos estancados socialmente. Ustedes, los hombres, creen que nosotras somos una más de sus propiedades. Nos obligan a hacer cosas en contra de nuestra voluntad, nos hacen reprimir nuestras ideas y deseos y nos hacen actuar solo en pro de lo que ustedes consideran que es “correcto.” Pero no existe lo correcto cuando solo una de las partes es capaz de decidir. Eso se llama parcialidad.

- Se llama realidad, hija mía. Y es en la que tendrás que vivir. Sin importar la edad que tengas, las cosas siempre han funcionado de ésta manera, y seguirán funcionando así.

- Pues ciertas cosas deberán cambiar en el mundo, padre. La doctrina patriarcal es una de las primeras cosas que desaparecer si queremos ver progreso en el mundo.

- ¿Acaso te escuchas hablar? ¿O al menos piensas lo que estás diciendo? ¡Hablas de libertinaje!

- Hablo de liberalismo. Las mujeres tenemos el mismo derecho... Pero espera, no es de eso de lo que pienso discutir contigo. No hablamos de los demás, hablamos de mi y de ti.

- Lamentablemente los demás se ven involucrados cuando mi propia hija pretende nadar contra la corriente y desobedecer los mandatos de su padre. No tienes la potestad de decidir, punto.

Beatrice se le quedó mirando en silencio, con los labios enrollados en una mueca de rabia contenida, y con los puños apretados a ambos lados de su vestido. Abrió la boca para decir algo más, pero justo en ese momento, dos golpes en su puerta interrumpieron aquella conversación retrógrada. Sintió un alivio en el pecho y suspiró sin quitarle los ojos de encima al rostro enrojecido por la furia de su padre.

Al otro lado se encontraba él, con su mejor sonrisa y con su respectivo traje de color azul, que relucía como si estuviese tejido con hilos de zafiro. Dentro del bolsillo izquierdo en su pecho, se encontraba una rosa blanca, que sacó y le ofreció a Beatrice sin prestar atención a la compañía de su padre.

- ¿Estás lista? – Preguntó, extendiendo una mano para que ella la tomase. Beatrice dudó por un instante. Giró para ver el rostro rojo de su padre, y de nuevo al sereno y sonriente Conde frente a ella.

El dilema que se le presentaba era monumental: por un lado, respetar a su propio padre y su crianza, y por el otro, respetarse a sí misma y sus creencias de lo que es bueno y lo que es malo. Suspiró y le ofreció una sonrisa pequeña, la cual él pareció entender de inmediato. Retrajo la mano y asintió, observando a Christopher sin perder la sonrisa. - Les daré un poco más de tiempo. Tengo toda una vida por delante.

Beatrice ni siquiera prestó atención a lo extraño de aquella frase, cerró la puerta en lo que Yannic se marchó y volvió la atención a su padre.

- Me alegra que al menos algo de respeto aún me guardas, - añadió él con un tono de amargura bastante marcado, y un recelo intenso que a Beatrice le pareció exagerado. Se apretó los ojos con la punta de los dedos e inspiró con calma para no estallar en aquel momento.

- Siempre te guardaré respeto, padre. Eso no significa que deba concordar con tu visión arcaica del mundo para siempre. Como te dije, los tiempos están cambiando. La gente se está dando cuenta de que su actual estilo de vida les tiene estancados. No se trata solo de un poco de rebeldía juvenil focalizada, sino de una rebeldía colectiva, que poco a poco se va manifestando en todos los círculos de la sociedad. Si nosotras seguimos viviendo con miedo...

- ¿Miedo? ¿Miedo dices? ¿A qué habrías de tenerle miedo, Beatrice? ¿A mí?

- A no ser capaz de poder expresarme y decidir por mi misma lo que sucede con mi vida, padre.

Aquella confesión pareció sentarle como un balde de agua helada. Su rostro se llenó de incompreensión y se contorsionó aún más. Su nariz se abría y cerraba de golpe, y su bigote se movía de formas extrañas y hasta un poco graciosas. La boca se le había enroscado y formaba una especie de capullo, blanquecino por la fuerza con que los estaba apretando.

- ¿Y tú crees que saliendo con un hombre que YO SÉ que no te conviene lograrás obtener esa libertad de la que tanto alarde haces? – Christopher realizó un gesto despectivo con la mano al decir “libertad”, lo que causó a Beatrice una punzada sumamente dolorosa en la boca del estómago, pero mantuvo el rostro impassible.

Se le quedó mirando, con los ojos algo cerrados, con los hombros hacia atrás y el mentón en alto. Su padre rió amargamente mientras se pasaba la mano por el rostro. – Entonces, hija mía, espero que encuentres en él la libertad que tanto ansías.

Aquella punzada tomó más fuerza cuando el hombre sencillamente se giró hacia la ventana e ignoró la presencia de ella en la habitación. Beatrice se quedó mirándole, paralizada por unos segundos, y cuando finalmente comprendió que su padre le había puesto punto final a aquella conversación, se acercó al tocador y tomó la máscara y las entradas que estaban colgadas del espejo.

Se giró antes de abrir la puerta pero él aún se encontraba con la mirada fija hacia el exterior. Beatrice abrió la boca para despedirse, para decirle que le quería, que no estaba molesta de verdad, pero la cerró de golpe cuando su padre ni se inmutó ante el sonido de la puerta abriéndose.

Cerró la puerta con tanta fuerza a sus espaldas que pudo sentir la vibración recorrer el amplio pasillo. La rabia comenzó a hacerla temblar justo un instante después, mientras mantenía el pestillo de su habitación sujeto con fuerza entre un puño sudoroso. Francis apareció en ese momento, colocando una mano sobre su hombro, confortante.

Se sintió dolida al recibir aquel apoyo de un completo extraño. Se colocó la máscara y se giró, caminando delante de Yannic, sin tomar su mano. Éste le siguió en silencio hasta su carruaje azul con caballos blancos, la ayudó a subirse tras abrirle la puerta, donde asientos de terciopelo de color durazno le recibieron con calidez. Una vez adentro, el Conde, aún en silencio, le colocó la rosa blanca en el moño derecho, y con una sonrisa le dijo lo hermosa que se veía.

Beatrice se encargó de ver a través de la ventana un momento después, sus ojos se encontraron con los de su padre, quien se encontraba mirándola desde la ventana de su habitación.

- Es hora de marcharnos, - le susurró Francis, y sus palabras fueron acentuadas por el estruendo y el destello de un rayo que atravesó la noche, que comenzaba a nublarse. Sintió una brisa helada recorrer el interior del carruaje, y cuando éste comenzó a moverse, Christopher se alejó de la ventana y apagó las luces de la habitación de su hija.

Sintió asentarse un peso en su pecho mientras el carro se movía al compás de la marcha de los caballos que tiraban de él a lo largo de las calles de adoquines. Una ligera lluvia comenzó a caer apenas se alejaron del hotel, y fue arreciando a medida que se acercaban más a su destino: el palacio de Versalles.

* * * *

Lo primero que percibió al ingresar al palacio fue la opulencia del mismo. La lluvia torrencial del exterior parecía presagiar un desastre con el que era difícil empatizar estando en aquel lugar lleno de gente con disfraces vistosos y muy coloridos. Muchas mujeres habían decidido llevar máscaras como lo había hecho ella, y la mayoría de los caballeros vestían trajes de época que eran poco utilizados ya en las calles en el día a día.

El ambiente se llenaba de una delicada música, creada por un audaz pianista, y acompañada por la hermosa voz de una cantante de ópera, que se encontraba parada en la parte más alta del edificio. A ambos lados de ella se encontraban dos contorsionistas de circo, moviendo sus cuerpos como si de serpientes se tratasen, al ritmo que marcaba la voz de la contralto.

En el amplio salón que se extendía frente a ellos, multitud de parejas bailaban cerca del centro, mientras otras personas se concentraban en grupos pequeños para conversar en murmullos acompañados de una copa de vino, champagne o un whisky.

Beatrice se sintió un poco fuera de lugar apenas pisó aquel salón, Yannic le ofreció el brazo y ella se prendió de él, mientras caminaba con la misma fortaleza fingida con la que había enfrentado a su padre. Lidar con aristócratas y gente de la alta sociedad eran cosa sencilla luego de haber sido capaz de enfrentar a Christopher Vita de la forma en que lo hizo.

- Te siento un poco tensa. ¿Estás incómoda en éste lugar? Pareces encajar muy bien aquí.
- Me siento algo tensa, sí. Pero no es por el lugar.
- Ah, es por tu padre, ¿no? Entiendo. Debes comprender que tan sólo se

preocupa por ti.

- Intenta controlar mi vida, y no es algo que esté dispuesta a aceptar de brazos cruzados.

- Eres una mujer bastante testaruda.

- Ja, eso proviene de un hombre. Lo tomaré como un cumplido, aunque yo no diría testaruda, sino decidida y definida.

- Comprendo. Eres una mujer decidida a hacer con su vida lo que le plazca, y lo que su corazón dicte.

- Tampoco soy una libertina, Conde. Me ofenden sus palabras.

El Conde rió con gracia, aunque en un tono bastante más bajo que el acostumbrado. Le tomó de la mano y la encaminó al centro del salón, mientras la música tomaba una ligera pausa. Puso su mano en la cintura de ella y la acercó a su cuerpo, mirando hacia abajo para poder conectar con su mirada. Beatrice era bastante más baja que él, debían tener entre diez y doce centímetros de diferencia, y con su metro setenta no era una mujer de baja estatura.

- No había notado lo alto que es usted.

- Soy perfecto, en más de un sentido.

- Está un poco imperfecto en la parte de la modestia, ¿no le parece?

- Por supuesto. Pero un hombre que no se alaba a sí mismo es un hombre que no se quiere, y que está dispuesto a aceptar cualquier cosa que la sociedad le tire encima.

- Ah, claro. Presumo que no es usted un hombre que esté dispuesto a tolerar ese tipo de tratos, ¿verdad?

La cantante comenzó a vocalizar de nuevo en ese momento, y con un paso adelante y dos a la derecha comenzó a bailar de forma grácil, guiando el paso de ella al ritmo de aquella dulce voz.

- Por supuesto que no lo soy, pensé que eso ya le había quedado claro.

Beatrice le sonrió de forma honesta, bajando la mirada hasta el pecho de Yannic y negando con la cabeza. Él se concentró en seguir guiando el paso mientras el piano bajaba de ritmo.

- No debe usted preocuparse por sus problemas. No por ésta noche. Su padre comprenderá que todo lo que usted ha hecho hasta éste momento ha sido porque usted consideraba era lo mejor para usted. Nunca lamente las cosas que ha hecho, pues nada es más correcto que lo que se ha hecho hasta ahora. Sea bueno, sea malo, fue correcto en el momento en que decidió hacerlo, y no debe arrepentirse nunca de ello.

- A veces tiende usted a ser sumamente filosófico. ¿Acaso estudió en alguna universidad extranjera y aún no estoy enterada?

Yannic se acercó a su oreja y susurró - ¿tal vez?

No comentó nada más por el resto de la pieza, que parecía repetirse de forma interminable. A pesar de eso, no resultaba para nada agotadora. La cantante, una mujer bastante joven, de unos treinta años calculaba ella, movía los brazos al ritmo de las poderosas notas que salían de su garganta.

Una trenza gruesa y de color negro azabache caía sobre su hombro izquierdo y sobre un seno bastante expuesto por un escote ajustado por un corsé blanco, al igual que el resto de su vestido, el piano y la ropa del pianista. Incluso los contorsionistas llevaban una especie de traje ceñido de color blanco, y desde encima de ellos una luz aparentemente celestial les iluminaba.

- Es hermoso éste lugar. Y esa mujer es sencillamente bellísima.

- Su voz es un espectáculo, ciertamente. Me recuerda mucho a la voz de mi madre. Ella solía cantar ópera en uno de los teatros más famosos de su tierra natal. Pero falleció hace mucho tiempo.

- Lamento escuchar eso, Conde.

- Por favor, puede decirme Francis, ¿lo olvidó? No hacen falta las modosidades aunque estemos en éste lugar. Llámeme como prefiera, sin ningún problema.

- ¿La extraña usted?

Francis se le quedó mirando, y dirigió sus pasos lejos del centro del salón, hasta que pudieron dejar de bailar cerca de un grupo de gente que conversaba animadamente sin prestar atención al resto o al acompañamiento musical. Un sirviente pasó en aquel momento, y Francis tomó dos copas de champagne de su bandeja, ofreciéndole una a Beatrice y chocándolas para brindar.

- En un principio, sí. Pensé que moriría sin ella. Mi madre lo era todo para mi, pero también era nada. No se supone que nos apeguemos a la gente que nos rodea. Familia, amigos, compañeros, todos son efímeros. Un día están a nuestro lado y al siguiente se han ido.

- ¿Es usted un hombre desapegado, Francis?

- Diría que soy un hombre sumamente realista. Suele suceder cuando se ha vivido tanto como lo he hecho yo, - Beatrice contuvo una risa en su copa de champagne, lo que hizo que se salpicara un poco la punta de la nariz y las mejillas. – Y cuando se han vivido tantas cosas.

La seriedad de aquellas palabras se oponía al tono calmado y sonriente con el que lo había dicho. Parecían ser las palabras de alguna clase de superviviente, de una enfermedad o de un accidente, ¿quizás? Además, no podía ser él tan viejo como seguía asegurando que era.

- Entiendo entonces que es usted un hombre sumamente conocedor, y con bastante experiencia en el vida.

- He vivido un par de cosas que te harían cambiar la forma de ver el mundo. No todo es tan sencillo y libre de peligro como se nos hace creer. La vida no es un carrusel rosa, ni tampoco está llena de arcoiris. No todo lo que parece dulce lo es, pero tampoco es amargo todo aquello que parece serlo.

Algo en aquellas palabras hizo sonar su alarma. Peligro. ¿Acaso estaba hablando sobre sí mismo?

- ¿Se considera usted un hombre peligroso, Francis?

- Me considero un hombre conocedor de lo bueno y de lo malo. Creo que esa cualidad hace peligrosa a cualquier persona, sin importar si es hombre o mujer. Dicho eso, ¿se considera usted una femme fatale, Beatrice?

¿Femme fatale? ¡Por supuesto que no! Tan solo era una chica intentando convertirse en una mujer en la forma en que creía era la más correcta. Negó con la cabeza mientras terminaba su copa de champagne, negó para contradecir la propuesta de Francis y para sacarse el rostro de su padre de la cabeza.

Negó para decirse a sí misma que sabía más de lo que quería aceptar y para aceptar que, sí, era una mujer peligrosa pues sabía que tenía la misma capacidad que cualquier hombre para reconocer entre lo bueno y lo malo.

- Entonces es usted el tipo de mujer perfecta para ser mi acompañante ésta noche. Me alegra tanto haberle conocido.

Le plantó un beso en la mejilla, retirándose despacio y con los ojos fijos en los de ella mientras un rubor la cubría desde el cuello hasta la frente. Francis le ofreció una de sus sonrisas resplandecientes y ella sintió las piernas débiles. Recordó imágenes y sensaciones de aquellos sueños que había tenido con él, y se sintió algo enferma del estómago por la vergüenza que sintió al tener aquel tipo de pensamientos delante de él.

Intentó apartarse por un momento, pero Francis le tomó de la mano y la apretó firmemente. Negó con la cabeza cuando ella se atrevió a mirarle a la cara.

- No debe usted jamás sentirse apenada por sus pensamientos o sentimientos. Éstos son los que nos definen, y apenarnos de ellos significaría apenarnos de nuestra propia existencia. Sé que usted no es de esas mujeres que van por la vida sintiendo vergüenza de todo lo que les pasa por la mente. No permita que la vergüenza que le ha infundado la sociedad y que afecta su mente en determinado momento se lea en el lenguaje de su cuerpo. Sea siempre una mujer con la firmeza del mármol y la belleza de una estatua.

Intentó apartarse de él por un instante, hasta que las palabras se asentaron en su mente y las asimiló. Entonces, a pesar de sentirse apenada y avergonzada por haberse avergonzado en primer lugar, se mantuvo firme y serena, como una de esas hermosas estatuas que se encuentran en la Fontaine des Fleuves, en la plaza de la concordia.

Francis la tomó por el mentón con dos dedos y le plantó un beso en los labios, sereno, largo, y ella se dejó guiar por la sabiduría de aquella boca que la dejaba sorprendida y deseando que nunca acabara el contacto.

Se sentía más tranquila y entendía que aquella era la vida que ella quería vivir. Más que libertad, buscaba tranquilidad al momento de ser quien realmente era, al momento de sentir lo que provenía desde el fondo de su corazón, y quería, por sobre todas las cosas, sentirse merecedora de todos los deseos de su alma.

Entonces, en aquel lugar, entre los brazos de aquel misterioso hombre de ojos y ropas azules, decidió, sin arrepentimientos, que pasaría el resto de la vida a su lado. Si él así lo quería, claro.

Capítulo IV

Cerca de la medianoche, la fiesta estaba llegando a su conclusión. Francis había entablado conversación con un canciller parisino y con otros actores políticos del oeste de Europa y del norte de Asia. Al parecer era un hombre bastante influyente, o al menos parecía ser un político nato al que se le daba sumamente bien la diplomacia.

La lluvia había cesado hasta convertirse en una ligera llovizna que hacía brillar los adoquines de la entrada del palacio una vez que decidieron retirarse del lugar. Beatrice se encontraba callada, observando el camino andar a través de la ventana del carruaje mientras sentía la mirada del Conde sobre ella. Se encontraba nerviosa, sintiendo la rosa blanca acariciar su oreja derecha mientras movía constantemente un mechón dorado de cabello entre sus dedos.

Francis Yannic había decidido permanecer en silencio y otorgarle algo de privacidad mental, un tiempo consigo misma para lidiar con lo que había sucedido antes, durante y después de la fiesta.

No cabía duda que, a pesar de lo poco modesto que aquel hombre era, era todo un caballero. ¿Sabría cómo tratarla si ella decidía que quería pasar el resto de la noche con él? Nuevas imágenes de sus sueños volvían a su mente en una sucesión tan rápida que tuvo que morderse los labios y apretar las piernas para evitar soltar algún sonido inapropiado.

- Ya estamos bastante cerca del hotel, - comentó él finalmente, para romper el silencio tranquilo que había llenado el carro durante todo el camino. – Aunque debo admitir que deseo pasar más tiempo con usted. Deseo que pase el resto de la noche conmigo, lejos de Le Grand, lejos de su padre y del resto de la gente.

Más imágenes se le venían a la cabeza mientras intentaba mantenerse serena. Le costaba muchísimo trabajo.

- Me gustaría poder compartir con usted de manera más... personal, si le parece bien. Sé que tiene los mismos deseos que yo, lo sé porque sus ojos la delatan en la forma en que en ocasiones me observa.

- Es usted terriblemente detallista, - fue lo que pudo murmurar para no sonar completamente culpable de aquella acusación. Francis rió con fuerza mientras se palmeaba las rodillas.

- ¿Qué dice? ¿Solos los dos, lejos de Le Grand? ¿Lejos de su padre y de sus problemas? En un lugar en el cual no tendrá que preocuparse nunca más. ¿Me acompañaría a aquel lugar?

La duda volvía reptando a ella, veía el rostro de su padre y la decepción que en él mostraba, sentía miedo de decepcionarle pero, aún peor, de decepcionarse a sí misma. Siguió sus impulsos y dejó que su corazón dictara el curso de sus actos, a fin de cuentas, la libertad que ella defendía se basaba totalmente en aquel mandato.

* * * *

Una hora después, el carro del Conde se detuvo delante de un Château de aspecto medieval en las afueras de Francia. La luna se asomaba desde detrás de unas nubes e iluminaba el sendero y el rostro del castillo, dotándolo de un aire macabro y misterioso.

Era bastante acorde con lo que Conde en sí mismo era, y a pesar de sentir algo de temor irracional, Beatrice decidió que quería seguir adelante con aquel plan si le era posible olvidarse de los problemas que había tenido aquel día.

Él se bajó primero y la ayudó a salir del carro. Los jardines de la propiedad se veían descuidados. A simple vista, parecía un Château abandonado, sin vida más allá que la de los insectos que cantaban en los alrededores.

- Sé cómo parece. Y créame, no se ve de la misma manera en el interior. La fachada es solo una distracción. A fin de cuentas, nos dejamos llevar por las primeras impresiones. No querría usted irrumpir en un castillo tenebrosa en mitad de la nada, ¿o si?

Beatrice asintió, entendiendo a medias el significado de las palabras de Yannic. Quizás escondía algo de valor en el interior, y por eso buscaba alejar la atención de aquel lugar.

Caminaron por un sendero de piedras que se extendía por unos cuantos metros, a través de un jardín de setos descuidados y con formas horrorosas, de hojas amarillentas y marrones, torcidos y crecidos de más. Un perro aulló en la distancia, mientras sobre la luna se veían las siluetas de animales nocturnos volando en lo alto del Château.

- Verdaderamente es una propiedad algo escalofriante, - confesó ella luego de ver la bandada de murciélagos revoloteando alrededor de los balcones más elevados del castillo. Yannic rió ante el comentario, asintiendo.

- Como le dije, las apariencias son suficientes para atraer, o en éste caso alejar a los extraños. Por aquí.

Con un estruendoso chirrido, la pesada puerta de madera cedió paso y les invitó a adentrarse en el Château. Un olor extraño emanaba de la puerta abierta, como si de un aliento fétido se tratase. Beatrice se cubrió el rostro y evitó respirar por un minuto. Supuso que el olor pasaría pronto.

Siguió a Yannic y saltó cuando la puerta se cerró tras de ellos. Se encontraban a solas en un amplio salón que tenía una escalera que ascendía como un espiral del lado este de la habitación. Las escaleras de roca y madera estaban cubiertas por una alfombra roja, algo opaca por el polvo acumulado, pero de resto estaba intacta.

Sobre ellos, en el centro del techo, colgaba un candelabro de araña de los más grandes que jamás hubiese visto en su vida. De cada una de sus “patas” una vela alumbraba con fuerza mientras el candelabro se mecía de un lado a otro suavemente con la brisa que penetraba desde la parte más alta del salón.

- ¿Qué es éste lugar?

- Es mi residencia formal, cuando no me encuentro trabajando. Perteneció a un Conde Rumaní a principios de siglo. Fue comprado por mi padre y después, heredado a mi. Ha estado en mi familia por más de cien años.

- Es un lugar bastante...

- ¿Peculiar?

- Iba a decir acogedor.

- No hace falta que se engañe. No se ve acogedor, pero le aseguro que sí lo es. A mi me gusta denominarlo como peculiar. Cada una de las rocas de la

construcción guardan secretos que no son visibles a simple vista. Al igual que cada listón de madera, y cada gota de la cera de esas velas del candelabro. Todo tiene algo que contar en éste Château.

Comenzaba a ponerse nerviosa. El suelo de madera bajo sus pies crujía y resonaba con los pesados pasos de Francis, quien la conducía hacia las escaleras. Desde abajo parecía un ciempiés, enrollándose hacia el cielo hasta algún lugar que no podía ver. Francis la invitó a subir y ella le siguió, complaciente.

Cada paso la hacía sentir una anticipación similar a aquella que sintió cuando estuvo con él por primera vez, solo que en ésta ocasión la anticipación no era solo por el encuentro que estaba por suceder, sino por el lugar en el que se encontraban.

En toda la extensión de pared que abarcaba la subida en la escalera se encontraban exhibidas piezas únicas de arte. Cuadros de paisajes grotescos y retratos tan realistas que parecía que saldrían del marco y te agarrarían del cuello.

- Te siento un poco tensa. No debes temer. Todo estará bien, Beatrice.

Ella le cogió del brazo y se aferró fuerte a él por el resto de la subida. Una vuelta más y habían llegado al primer piso, por el que se extendía un pasillo que abarcaba la extensión completa del Château. Francis la guió hacia el ala oeste, por donde una fila de puertas se extendía a cada lado del pasillo.

Los sonidos se habían apaciguado, y la única luz que existía era la que penetraba a través de las ventanas a ambos finales del pasillo, extendiendo sombras largas sobre el suelo de caoba. Se detuvieron delante de una puerta, y un sonido se escuchó en una planta superior, el de una puerta cerrándose. No estaban solos.

- ¿Francis?

- Es solo uno de los sirvientes.

Abrió la puerta y dejó a la vista una habitación de tamaño modesto pero bastante bien amoblada. Todo parecía estar sumamente limpio y prolijo, a diferencia de lo demás que había visto. Entraron y tan solo quedó el sonido de sus pisadas y la respiración algo agitada de Beatrice. Casi podía escuchar sus propios latidos en aquel silencio.

Francis abandonó su lado por un instante, solo para encender las velas que se encontraban aquí y allá en los candelabros de pared y sobre las mesas junto a la cama. Se veía acogedor, tal como se esperaría de un lugar como ese. La cama se posaba frente a ellos como una invitación, con sábanas tintas y postes de color dorado. Era una combinación clásica para el decorado de interiores, una de la que ella no era demasiado fanática pues le daba un toque macabro a todo.

Lo único que hacía recordar al dueño de aquel lugar eran las ropas que vestía, todo lo demás era de un color rojo oscuro que no se parecía en nada a él.

- Espérame aquí un momento. Ponte cómoda, volveré enseguida con algo para tomar.

Beatrice se dirigió a la cama y se dejó caer en ella, como él le había indicado; le sonrió mientras se marchaba de la habitación y la dejaba sola con los detalles que la rodeaban.

En la pared que se extendía a su derecha varios trofeos adornaban la pared empapelada con un color oscuro a la luz de las velas. Un ciervo, un carnero y un antílope la miraban con ojos de vidrio, completamente muertos. Eran macabramente hermosos.

Del otro lado, en la pared donde se encontraba la puerta, se extendía en una fila cerca del techo una colección de pinturas de artistas que no reconocía, todas con el mismo estilo de las que bordeaban las escaleras de camino a ahí. Una de ellas llamó su atención, por lo que se acercó para verla con mayor detalle, tomando el candelabro de la mesa que estaba de ese lado de la cama.

La luz hacía que la pintura cobrara vida. Se trataba del retrato de una mujer joven, envuelta en los brazos de un hombre anciano, casi esquelético, con profundas arrugas en el rostro y las manos, así como con sus ojos hundidos.

El hombre parecía de piedra envejecida, mientras que la chica se veía en la flor de su juventud. Pero no se veía feliz, al contrario, estaba triste y deprimida, mientras una sonrisa escalofriante llenaba el rostro de aquel huesudo hombre decadente.

El sonido de la puerta la hizo brincar y sujetarse el pecho del susto. Francis estaba ahí, mirándola con ojos curiosos, sonriendo, y con dos copas y una botella en la mano. Se acercó a ella mientras dejaba las cosas sobre la mesa que se encontraba frente a la cama, la tomó por la cintura y le plantó un beso

en la cabeza, mirando el cuadro junto con ella.

- Es una de mis obras favoritas. Me recuerda que en la vida existen miles de razones para estar felices, y mil y un razones para estar deprimidos. Sin importar las que tengas de ganar, siempre tendrás una más de perder, y eso es lo que expresa éste cuadro.

- Es un poco perturbador.

- De hecho, así es. Una joven doncella, en la flor de su juventud. Llena de salud y belleza, perfecta y viva, se siente la más desdichada y triste, viviendo una vida carente de sentido. Mientras que el hombre, anciano y en sus últimos días, se aferra con fuerzas a ella, a la vida misma que irradia, para prolongar su existencia aunque sea por tan solo un instante. Sabe que no perdurará y, aún así, es feliz por tener un segundo más de vida, por eso sonríe.

- Visto desde ese punto de vista, es un poco triste.

- Tal como la vida, Beatrice. Ese cuadro se ve en todas partes. En las madres que dejan a sus hijos al cuidado de la servidumbre. En los padres que se mantienen lejos de sus seres queridos porque deben trabajar. En las jóvenes que no encuentran al amor de sus vidas, y en los ancianos que lloran la pérdida de los que habían encontrado. Siempre se tendrá una razón para ser feliz, y dos para no serlo. Una es real, la otra es creada por nuestra mente.

La giró en sus brazos hasta que pudo verla, le sonrió con cariño y le besó la frente. Se sintió protegida, como se sentía con su padre pero de otra manera. No sabía cómo describir aquel sentimiento, por lo que decidió dejarse llevar por él y disfrutar del momento mientras durara.

Francis le quitó la máscara con cuidado y la lanzó a un lado.

Deslizó sus dedos por el rostro de ella con delicadeza, acariciando su cuello y después su pecho, pasando por sus costillas y su cintura hasta llegar a sus caderas para sostenerla con fuerza y apretarla contra él. Se sintió frenética ante aquel toque, deseosa y ansiosa.

Se sintió con deseos de arrancarse la ropa y dejarse tocar como la última vez, de tocar a Francis como él la había tocado en más de una ocasión, en sus sueños y en su habitación del Le Grand.

Buscó su rostro y lo rozó con la punta de los dedos, tan rápido como empezó

el contacto, Francis la sostuvo y alejó sus manos de su rostro. La tomó en brazos y la cargó hasta la enorme cama, donde la dejó caer y se lanzó sobre ella, oprimiéndola con su peso, inmovilizándola. Le sonrió nuevamente, esta vez con la sonrisa de un cazador. Deseaba devorarla, y ella deseaba ser devorada por él.

Resistió las ganas de tocarle y le dejó hacer el trabajo de desvestirla, ayudando solo cuando un cierre se había atorado y había causado un ataque de risa en ambos, como si fueran unos chiquillos los dos.

Le quitó la camisa a Francis y recorrió su pecho desnudo, blanco y perfecto como su rostro, delgado y sin mayor definición. Se sentía mejor de lo que esperaba, un tanto frío, pero tan vivo como ella.

Se dejó dominar y besar el cuello y entre sus pechos, por el abdomen y más, mucho más abajo. Yannic la despojó del resto de sus ropas y la dejó completamente expuesta, desnuda solo para él, continuó besando aquel cuerpo caliente y palpitante, entre las piernas y sus pantorrillas. Cuando ella gimió, él la giró y la colocó de espalda, empujando sus rodillas hacia su pecho y haciéndola exponerse completamente, con el trasero en el aire y la cabeza hundida entre las sábanas.

Sintió vergüenza muy a pesar de la excitación e intentó esconderse un poco, pero Yannic la sostuvo con fuerza y le impidió cambiar de posición.

- Recuerda lo que te he dicho, Beatrice, - le susurró al oído mientras oprimía su cuerpo desnudo sobre el de ella, frotando su miembro contra su trasero expuesto. – Nunca debes dejar que tu cuerpo demuestre la vergüenza que tu mente siente. Ábrete más para mí. Muéstrate toda, te deseo enteramente mía.

Respiró con dificultad y decidió esconder el rostro entre las almohadas mientras levantaba el trasero para él, mientras acercaba aún más las rodillas a su pecho y abría las piernas. Se sentía extremadamente vulnerable, pero a la vez, sumamente deseada.

Su mente se paralizó cuando sintió la lengua de Francis recorrerla, desde su entrepierna hasta su espalda, lamiendo sin detenerse ni despegarse ni por un milímetro. Antes de que pudiera procesar aquel contacto, Yannic ya lo estaba repitiendo, una y otra y otra vez, prestando atención a su zona delicada para después lamer entre sus nalgas, corriendo sus dientes sobre las protuberancias que eran éstas con delicadeza.

- Oh, Francis, - apenas logró gemir ésta cuando él se enfocó de lleno en lamerla allí, en comerla y besarla sin detenerse, sin alejarse, acercándola a aquel éxtasis que le encantaba, pero con una lentitud aún más tortuosa. Se sentía tan bien que sabía que estaba completamente mal, aún así, no quería que parara. Presionaba el trasero contra el rostro terso del Conde, que se deslizaba con suavidad por su piel con toda la saliva que dejaba a su paso.

Su respiración se entrecortó y se hizo superficial, un par de lamidas más y la boca del Conde estaba justo en su oreja, susurrándole, - respira profundo, y aguanta.

Sintió la punta de su miembro rozar la piel excitada de su trasero, seguida por una presión y un dolor como nunca antes lo había sentido.

Se tensó e intentó alejarse, pero Francis había puesto sus rodillas detrás de las de ella, impidiéndole moverse. El resto de su cuerpo la mantenía presionada contra la cama, aguantando cada doloroso centímetro penetrándola.

- ¡Oh, por dios!

El grito fue apenas ahogado por las sábanas y almohadas que estaban en su cara, y tan solo fue comparable con el grito de placer que dejó salir Francis cuando estuvo completamente fusionado con ella, sin un centímetro que les separara. Se mantuvo quieto y dejó caer su rostro sobre el de ella, respirando agitado sobre su oído.

- ¿Te duele? ¿Te duele mucho?

Beatrice respiraba profundo e intentaba relajarse, pero su cuerpo se movía casi espasmódicamente bajo el cuerpo de Francis. Asintió mientras apretaba los dientes, y una lágrima se le escapó.

- Es normal, es el dolor que debes soportar si quieres sentir algo de verdadero placer. Ya pasará, sólo respira conmigo, y haz todo lo que yo te diga, ¿está bien?

- Claro, lo haré. Si.

- Voy a salir un poco, quiero que pujes suavemente, solo un poco, y que no dejes de respirar profundo. Así, oh, así, si. Que chica tan buena y obediente. Wow, que bien se siente estar ahí, dentro de ti. Tan cálido y estrecho. Bien, respira, puja de nuevo, ahora con fuerza. Voy a penetrarte de nuevo con algo más de fuerza. ¿Lista?

Beatrice dejó escapar un grito, más de sorpresa que de dolor, cuando la longitud del Conde se deslizó con menor resistencia dentro de ella y se mantuvo allí por otro instante.

- Perfecta, que perfecta eres. Nunca había sentido tanta perfección alrededor de mi miembro. Quiero que sigas así, perfecta y complaciente. Voy de nuevo, respira. Si, ohhh si, ya entiendes qué es lo que debes hacer.

Francis se mantuvo con aquel ritmo sin detenerse, aumentando la velocidad e intensidad de sus embistes hasta convertirlos en golpes que hacían temblar la cama entera. Beatrice se había acostumbrado tan rápido que el dolor que había sentido se convirtió en placer tan pronto que se preguntó cómo era posible sentirse de esa manera.

Incapaz de contenerse, Yannic la tomaba por el cuello y cubría su boca para aquietar los gemidos de la joven, quien sencillamente se mantenía complaciente en aquella pecaminosa posición mientras él la hacía completamente suya, más fuerte, más rápido, con tanto control que era capaz de hacerla acercarse a un orgasmo, y la alejaba de la forma más cruel que se pudiera.

Lo disfrutaba, era un bastardo por disfrutar del placer interrumpido de Beatrice, pero le gustaba todo aquello, le gustaba sentirse de aquella manera en la cama, y de una forma completamente distinta en la calle.

- Francis... ¿qué dem...?

Su respiración se hizo corta cuando el Conde aceleró el ritmo, embistiendo con tal fuerza que el sonido de sus pieles chocando hacía eco a través de toda la habitación. Cada exhalación iba acompañada de una embestida, y cada embestida de un sonido chillón y lleno de puro éxtasis.

- Por dios... me vas... oh no... no puedo...

- Déjate llevar, Beatrice.

Un grito desgarró a través de ella, uno que fue apagado de a poco por las almohadas que apenas pudo pensar en morder. El Conde se dejó ir en aquel instante, inmerso en el placer de sentirse dentro del cuerpo de Beatrice, de ser el primero en quebrantarla de aquella forma, sintiéndose orgulloso de poseerla con tal vehemencia.

Se dejó caer sobre el hueco de su cuello, respirando con tanta dificultad como

ella, deslizando su pecho cubierto en sudor sobre la espalda y el cabello de la rubia. ¿Qué había sido eso? ¿Qué demonios estaba haciendo con ella y con su cuerpo? ¿Por qué se sentía tan bien ser poseída de esa forma?

Los minutos se escaparon entre las sábanas con más rapidez de la que habría imaginado, y pronto la llenura en su cuerpo y la presión sobre su espalda comenzó a ser demasiada. Se movió como pudo, apenas sacudiendo al hombre sobre ella.

Francis reaccionó de a poco y se incorporó, saliendo lentamente de ella hasta dejarla con un vacío en su interior. Se sintió extraña, adolorida pero complacida. Satisfecha, pero deseosa de un poco más. Había probado de un fruto del que pocas tenían el placer de probar, y había disfrutado incluso el dolor que había sentido.

- Debo admitir, señorita Beatrice, que es usted una ruda, para ser una virgen.

El comentario la sorprendió e intimidó de tal manera que no pudo ocultar su vergüenza tras un rostro tan rojo y cansado que parecía una fresa fresca, recién cortada. Tan sólo pudo reír mientras se acostaba sobre un costado para mirarle, su largo cabello le caía sobre el pecho y le cubría los senos, que se veían firmes y abultados aún escondidos tras esa melena.

- Eres hermosa, - le susurró mientras apartaba un rizo dorado de su nariz, recorriendo con la punta de su dedo la frente sudada de la mujer. – Deberías quedarte conmigo. Para siempre.

Sintió una punzada en el estómago. Una emoción que no supo distinguir entre la exaltación y el miedo. Sencillamente asintió para complacerle, con una sonrisa en los labios carentes de labial. Se apartó otro mechón de cabello de la cara y cruzó los brazos frente a ella, acercó sus rodillas a su estómago. Se sentía repentinamente tímida.

Él pareció entenderla; se levantó sin disimulo, mostrando su cuerpo esbelto bajo la luz de las velas mientras caminaba hacia un pequeño closet que se encontraba junto a la puerta y debajo de una pintura con un paisaje decadente.

Sacó una bata roja de ahí y volvió a la cama, Beatrice se incorporó y Francis la cubrió con ésta, asegurándose de que tuviera el cabello fuera de la prenda antes de amarrarla a la altura de su estómago.

Le besó la frente y caminó hasta la mesa donde había dejado la bebida. Sirvió una copa y se la ofreció, con una enorme sonrisa y con los ojos brillándole con una emoción apenas contenida. Beatrice tomó la copa, rozando la punta de sus dedos con los de Francis, acercando la copa a sus labios.

- Bebe, - la sonrisa de Francis se ensanchó un poco, y rió con algo de malicia cuando el líquido tocó los labios de Beatrice. A pesar de la risa extraña, bebió el extraño brebaje que le había servido, espumante como una champagne y con un sabor amargo al final del trago.

Apretó los labios y frunció el entrecejo cuando comenzó a sentirse mareada. La copa se resbaló de entre sus dedos y cayó en la cama. Francis se apresuró y la tomó por los hombros, recostándola sobre la cama. Su sonrisa se hacía más y más grande, ella no lograba entender qué pensaba él. Imaginó que se sentiría de aquella manera al terminar de tener sexo, pero él parecía saber algo más.

- Descansa Beatrice, no te preocupes por nada. Serás mi Aurora, mi Bella Durmiente, de ahora en adelante.

Se dejó colocar en la cama, sus ojos estaban más pesados con cada segundo. Sentía el cuerpo cansado, casi no le respondía cuando intentaba moverse. La mente se le puso difusa. No podía resistirse al cansancio. Dormiría. Nada malo. Pasaría...

* * * *

La primera sensación que tuvo al abrir sus ojos, fue una ceguera tremenda. Podía sentir que la luz le quemaba las pupilas aún en la oscuridad de la habitación. Intentó hablar, pero solo una extenuante tos llenó su garganta, seca como papel de lija. Su cuerpo, entumecido, respondía de a poco, con un agotamiento que jamás había sentido.

Confundida, cansada, y aún tosiendo, se incorporó lentamente, sintiendo el peso de mil cuerpos sobre el suyo.

Las sábanas que cubrían su cuerpo rodaron hasta su estómago, en donde se posaron como un charco de agua, dejando al descubierto una bata roja, que

lentamente tomaba claridad en su vista nubosa. Era la misma que él le había colocado, ¿o no lo era? Se veía más vistosa y elegante que la de la noche anterior, ¿sería él quien le cambió aquel atuendo?

Intentó llamar su nombre, pero las letras le raspaban la garganta y la hacían toser con mayor fuerza, tanto que cubrió su boca con una palma. Fue entonces cuando se sintió realmente desconcertada, alejando la mano de su rostro para ver si aquello era cierto, si no era un juego de su visión borrosa.

Sintió el corazón latirle a prisa, cansado y débil, como si quisiera salirse de un pecho que se sentía sumamente extraño. Elevó su otra mano y vio, con terror, que sus ojos no le estaban jugando una mala pasada.

Intentó gritar, y aunque aquella tos aún le impedía emitir sonidos fuertes, había sido capaz de soltar un chillido ronco que se sintió suficiente por ahora. Con dificultad salió de la cama, rodando sobre la alfombra de terciopelo rojo a los pies de ésta.

Trató de incorporarse, pero aquellas piernas fuertes no le respondían. Echó un vistazo y vio horrorizada que estaban igual que sus brazos: débiles, huesudas y arrugadas, envejecidas, con la piel más oscura de lo normal.

Sacudió la cabeza y miró a su alrededor mientras sus ojos lograban enfocar un poco más a través de una visión como la de un cristal sucio, que le hacía sentir, cada vez que parpadeaba, que tenía arena en los ojos.

Un espejo de cuerpo entero se encontraba justo frente a la cama, reflejando la totalidad de la cama en la que había yacido, y parte del suelo por donde ella se arrastraba ahora, dentro de un marco dorado ornamentado pero desprovisto de belleza por la penumbra del lugar y su escasa visión.

Sintió las fuerzas regresar lentamente a su cuerpo con cada dificultosa inhalación, y se arrastró con brazos y piernas en un esfuerzo que se sentía maratónico, con un par de gotas de sudor bajando por su sien mientras la suavidad de la alfombra le irritaba los codos y las rodillas y raspaba la piel de sus antebrazos, como si aquel contacto la estuviese desgarrando, pero era precisamente aquel dolor lo que la hacía seguir adelante, con decisión.

Un sueño, tendría que ser tan solo eso. Un mal sueño inducido por aquella bebida que él le brindó la noche anterior, y nada más. Un sueño del que debería despertar en cualquier momento.

Su silueta oscura se acercó al espejo; gruñó y tiró de sí hasta que su rostro estuvo lo suficientemente cerca del espejo para ver con horror, una vez que las sombras se desvanecían, lo que ya había sentido cuando presenció sus extremidades.

De su rostro, lo único reconocible eran sus ojos marrones, ahora con una leve película gris alrededor de éstos. El resto de sus facciones eran una conjunción de arrugas y manchas, de bolsas y profundas grietas que no eran las que recordaba de la noche anterior, en la que se había ido a la cama joven y radiante.

Su voz encontró finalmente el camino fuera de su garganta sin causarle un exceso de tos. Un no, con una extensión bastante larga, se deslizó por sus garganta mientras sus dedos rozaban la piel decadente que le cubría el rostro. Gimoteó hasta que se derramó una lágrima con extrema dificultad, incorporándose con la poca fuerza que había conseguido acumular hasta quedar sentada sobre sus rodillas.

Era vieja, con un rostro anciano enmarcado por largas hebras de hilos de plata desarreglados que bañaban sus hombros huesudos y cubrían los contornos de su pecho plano y esquelético.

- ¿Qué me ha sucedido? Francis... ¿Francis? ¡Francis!

El grito de aquel nombre sonó como el aullido de un demonio en su lecho de muerte, algo terrible y tenebroso, capaz de hacer escalofriar al hombre más valiente.

Fragmentos de memorias iban y venían. Una discusión con su padre. Una visita de su hermano y sus sobrinas. Su matrimonio con Francis. La muerte de su padre. El nacimiento de sus hijos, Morgan y Dominique. Despertar y dormir nuevamente.

Se sujetaba la cabeza mientras intentaba darle sentido a sus recuerdos. Sus sollozos quietaron el resto de los ruidos a su alrededor, ruidos que provenían de algún lugar detrás de ella, y que le impidieron percatarse de que ya no se encontraba sola.

- ¿Beatrice?

Le miró reflejado en el espejo, su sombra recortada contra la luz que se asomaba a través del marco de la puerta. Sus rasgos fueron apareciendo de a

poco, cuando encendió un candil y lo acercó a su rostro.

Aquella visión tan sólo supo acrecentar su desconcierto y confusión. La voz de él, profunda y seductora, sonaba tal como la recordaba; tanto que casi pudo sentir cada beso, rose, cada caricia y cada mordisco de aquellos labios sobre su cuerpo la noche anterior.

Pero en lugar de encontrarse con una visión envejecida de Francis se encontró pues a aquel hombre, vestido con extravagantes ropas azules como nunca antes había visto, y con el cabello de hilos de perfecto marfil cenizo sostenidos en una cola, parado en el marco de la pesada puerta de caoba que daba acceso a su habitación. Sus ojos de azul profundo la miraban confundidos, casi tanto como ella al ver que él no había envejecido ni un día.

- Beatrice, te has... ¿levantado?

- Francis, ¿todo esto es un sueño? ¿Es una pesadilla, no es así?

Francis apartó la confusión de su rostro y corrió hacia ella, dejándose caer a su lado para sostenerla por los hombros y abrazarla cuidadosamente, soltando el candil en el suelo. Parecía estar consciente de su condición y no quería lastimarla. Beatrice fue capaz de sentir en su abrazo un temblor que no comprendía, ¿eran nervios o emoción?

- ¿Qué te sucede Francis? ¿Por qué estás... temblando? ¡Contéstame!

- Todo está bien, Beatrice. Todo estará muy bien.

La sacudió cuidadosamente, intentando confortarla y calmarla mientras hundía su rostro en el hueco de su cuello huesudo, pasando sus dedos entre aquellos cabellos que le cubrían la espalda por completo. Se aferró a él con algo de desespero, y mucha debilidad, y dejó que la fortaleza de aquel abrazo familiar la mantuviera tranquila.

- Mi Conde Azul.

Cerró los ojos y perdió todo rastro de consciencia en los brazos de aquel hombre.

Capítulo V

Beatrice despertó nuevamente en aquella cama. Ésta vez, una luz un poco más fuerte iluminaba la estancia. Vio a una mujer que le dio un susto tremendo, con su rostro huesudo y pálido, de dedos largos y esqueléticos, que le servía un caldo tibio en un cuenco de cerámica y un líquido del color del vino en una copa de cristal, con ropas similares a las de una mucama, aunque polvorientas y desgastadas.

No pronunció palabra alguna, tampoco hizo demasiados gestos al momento de indicarle que debía beber de aquello que ella le servía. La sopa tenía un gusto extraño, mientras que la bebida en la copa dejaba un ligero sabor metálico al final de la garganta. Aquellos líquidos se sintieron reconfortantes bajando por su garganta, como un bálsamo que aliviaba sus dolores.

Le agradeció a la mujer quien, con apenas una reverencia, se marchó de la habitación y la dejó a solas por un tiempo. Beatrice comenzó a idear teorías sobre lo que sucedía, asentándose con que se había vuelto loca. Seguramente había envejecido junto a Francis, tal como recordaba fugazmente, pero tal era su amor por él que aún le veía como el joven que había conocido.

También podía ser que estuviese soñando a causa de lo que bebió el otro día, pero no habría manera de tener tal nivel de consciencia en un sueño, y mucho menos que durara por tanto tiempo.

Entonces, se asentó por una teoría mixta: se había vuelto loca con los años, y había estado soñando en la forma en que lo hacen las personas que están locas. Sin embargo, algo no se sentía bien. ¿Pensaban las personas locas de aquella manera? Tal vez las personas que se creían cuerdas también estaban locas y creían que tenían razón en sus maneras de pensar.

Cerró los ojos por un para intentar pensar mejor, pero fue vencida por el agotamiento, y se durmió unos minutos después.

* * * *

Aquella mujer volvió para chequearla un par de veces más. Le servía aquel tónico rojo oscuro y con sabor metálico en cada comida, y le cambiaba el sabor al caldo que le daba con cucharadas pequeñas.

Al día siguiente, Beatrice se sentía con energías, si bien aún no era capaz de levantarse por sí misma.

La mujer, a la que había decidido llamar Morte (Muerta en francés), la visitaba cada tanto y la alimentaba, la limpiaba y la cambiaba de ropa para luego marcharse sin intercambiar palabra alguna.

No fue sino hasta que pasaron un par de días que volvió a ver el rostro de Francis, cuando ya se había recuperado bastante del cansancio que la agobiaba. Aún no hacía demasiadas cosas por su cuenta, pero si se sentía capaz de hablar y de pensar con algo más de claridad.

Aquel hombre se presentó a la habitación con una pequeña bandeja en la mano, vistiendo pantalones de una tela que jamás había visto, era azul pero con extrañas betas, acompañados de zapatos de color claro y una camisa manga largas de color blanco, y unos tirantes azules como sus ojos.

La observaba con cuidado, ofreciéndole una sonrisa cautelosa de tanto en tanto. Estaba perturbado, lo sabía, podía verlo en su rostro, aún más, sentirlo en su pecho. No se encontraba cómodo, y ella podía notarlo a leguas.

- Te encuentras turbado. ¿Qué te preocupa, mi amor?

La pregunta pareció incomodarle aún más, por lo que comenzó a dar vueltas alrededor del lado de la cama en el que estaba parado, mordiéndose el pulgar.

- Francis, amado mío, puedes contarme lo que sea. No hace falta que me ocultes nada, ya sé lo que me ha sucedido, pero quiero saber tu versión, lo que has vivido con mi condición.

Su rostro se cubrió de impresión. Se alejó un paso, dándole la espalda sin decir una palabra, y regresó hasta sentarse en la cama, junto a ella, y tomarla de la mano.

- Me he vuelto loca, ¿no es así?

La confusión reemplazó a la impresión inicial. Un Francis dubitativo sopesaba si decirle la verdad o no, aunque estaba claro que el hombre esperaba alguna confesión distinta a la que acababa de recibir de ella.

- Tengo visiones. Me veo anciana en el espejo, en ocasiones al menos. Y sufro de momentos en los que la claridad me ha abandonado. Lo sé pues ahora lo veo con claridad. Mis manos y mi rostro no son de anciana, pero tampoco son los de la chica que se fue a dormir contigo aquella primera vez, como en el primer recuerdo que se me vino a la mente. ¿Cuánto ha pasado? ¿Cuánto tiempo hemos estado en ésta condición?

- ¿Condición?

- Casados, - repuso ella y fue bastante evidente el alivio que el Conde sintió. – Recuerdo que nos casamos, aunque no precisamente cuándo sucedió, o dónde. Solo tengo memorias de mi madre ayudándome a ponerme el vestido, de Anton llevándome al altar, y de nuestro primer beso como marido y mujer. El resto de los recuerdos son tan confusos. No puedo recordar nada más realmente. Es como si esa parte de mi memoria se hubiese esfumado. Entonces, me he convencido de que me he vuelto loca, ¿no es así Francis?

Le miraba con comprensión, aunque también tenía algo de súplica en el brillo de sus ojos color chocolate. Francis le apretaba la mano y le sonreía, al final, tuvo que ponerse en pie y darle la espalda para sujetarse el rostro con ambas manos mientras suspiraba.

- Beatrice, no esperaba que llegáramos a ésta situación, en realidad.

- ¿Cuánto, Francis? ¿Cuánto tiempo ha transcurrido?

El Conde suspiró profundamente mientras se giraba para verla. Ésta vez, la expresión de su rostro no era otra sino de arrepentimiento. ¿Por qué habría de estarlo?

- Cuarenta y dos años. Han pasado cuarenta y dos años, Beatrice.

- ¿Y desde cuándo comencé a tener esos sueños y visiones? ¿Cuándo comencé a volverme loca?

- Hace un par de semanas. Sucedió... poco antes de que te encontrara en el suelo de la habitación la otra noche.

- ¿Te he lastimado?

- Para nada. Has sido lo que me ha mantenido vivo durante todos éstos años, Beatrice.

Sintió un calor formarse en su pecho. Aquellas palabras tan honestas la

hicieron sentirse especial, amada, tal como lo hacía su padre. Se sentía protegida por él, por su esposo.

- ¿Y Morgan y Dominique? ¿Dónde se encuentran?

- Pues, cuando... comenzaste a desvariar decidí enviarlos a un internado. No quería que vieran cómo se deterioraba tu salud, no sabía si tendrías momentos de lucidez como éste y no quería que te agobiaran con preguntas innecesarias. Por ahora me tienes a mi, y es lo único que necesitamos, el uno del otro.

Sus palabras sonaban tan sinceras. Definitivamente algo había cambiado en él durante los años. Su padre se habría equivocado, y aunque no podía recordarlo, esperaba que éste hubiera entrado en razón antes de morir y hubiera aceptado que el Conde Yannic era el hombre de su vida.

- No sé si me recuperaré del todo. Haré lo mejor que pueda para retomar la normalidad en nuestras vidas y que nuestros hijos puedan volver a casa con nosotros, Francis.

- No te esfuerces demasiado. Debes descansar por ahora, recuperarte. Ese ataque te dejó bastante agotada mentalmente. Debes descansar. Ten. Bebe esto, te ayudará.

Se acercó a la mesa que se encontraba cerca de la entrada, tomó una copa de la bandeja que había traído y se la ofreció a Beatrice. Ella bebió sin dudarlo, bebió hasta la última gota, hasta sentir un sabor amargo en su boca. Se sintió cansada, y decidió que sería tiempo de dormir un poco más para reponerse. Francis no iría a ningún lugar, y ella estaría dispuesta a volver a ser la misma de antes, si lograba recordar quien era al despertar.

* * * *

Debes recordar quién eras... Tu vida es una farsa... Es un mentiroso... Te ha estado utilizando... Te roba... Tu vida no te pertenece... Ama Beatrice... No eres su esposa... Debes despertar... Huir... Debes... Debes... No puedes continuar... Morirás... Recuerda lo que eres... Eres...

* * * *

Despertó de golpe con el corazón en la boca. Aquella voz le había estado susurrando desde hacía un tiempo. No sabía durante cuánto había dormido, pero casi inmediatamente, comenzó a escucharla. Las palabras se iban desvaneciendo en lo profundo de su subconsciente hasta que ya no pudo recordarlas.

No le prestó atención mientras se incorporaba en la cama. De nuevo, había despertado con otras ropas, su cabello se encontraba recogido en una cola de caballo trenzada que descendía por su hombro izquierdo.

Miró alrededor, a la habitación que se veía con mayor claridad de lo que podía recordar. El estilo era el mismo que recordaba de toda la vida, rústico y decadente, con colores oscuros y envolventes que eran capaces de hacerte sentir oprimido aunque el espacio invitara a sentirte de la forma contraria.

Salió de la cama y se estiró, sus pies tocaron el suelo de madera frío, y una vez que se acomodó la bata por encima, se levantó de la cama y dio un par de pasos. Se detuvo cuando sintió algo clavársele en la planta del pie derecho, retrocedió un paso mientras afincaba el talón con fuerza, y vio la sangre manchar la clara madera.

Una astilla del suelo, del tamaño de una aguja, se le había clavado en el pie, pero no fue eso lo que le perturbó. La astilla provenía de un rasguño que se extendía desde uno o dos pasos más allá de su cama, y que desaparecía a pocos centímetros de la puerta, dejando un rastro más claro sobre la pulcra superficie.

Intentó recordar aquella voz que le hablaba, y sintió un escalofrío subirle por los brazos mientras alejaba cualquier mal pensamiento de su mente. Se retiró la astilla con cuidado y caminó lejos de la marca en el suelo, observando el resto de la habitación. Todo se encontraba en orden, limpio y ordenado, salvo por aquella mancha de sangre que acababa de dejar y ese perturbador rasguño.

Se dirigió a la puerta y comenzó a llamar por ayuda, pero luego de un rato de escuchar su propia voz, rebotando a lo largo del estrecho y largo pasillo que se extendía a ambos lados de la puerta de su habitación, decidió darse por

vencida al no recibir respuesta de ninguno de los sirvientes.

Sentía que hacían siglos que no salía de aquella habitación, y el Château tomaba un aire menos macabro durante el día. Los ruidos y la decoración permanecían, pero al menos ya no estaban las sombras tenebrosas hurgando a hurtadillas mientras se deslizaba por el pasillo, rengueando un poco.

- ¿Hola? ¿Hay alguien aquí que pueda ayudarme? Me he cortado un pie, y necesito algo con qué vendarlo. ¿Francis? ¿Alguien?

Intentó llamando a algunas de las puertas del pasillo, pero no obtuvo respuesta. El aire ingresaba por algún lugar y llenaba el silencio del pasillo con un silbido que parecía salido de ultratumba. Se apretó los brazos fuerte contra el pecho y se marchó hacia las escaleras, donde vio que las que daban al piso superior estaban bloqueadas. Que raro, ¿qué habrá sucedido allí arriba?

Bajó con cuidado, saludando los cuadros que parecían menos amenazadores durante el día, escuchando el rechinar de la madera bajo sus pasos ligeros. Llegó al final de la escalera y cruzó hacia el ala este, donde estaba la cocina, y consiguió un paño que ató a su pie para detener el sangrado y evitar seguir manchando el suelo de madera.

Se dirigió al ala oeste del Château, en donde se extendía un salón tan amplio como el pasillo del cual había salido. Se encontró con un piano de cola, empolvado y descuidado, reposando en la esquina más lejana desde donde estaba. Frente a ella, un escritorio enorme se extendía de izquierda a derecha, lleno de papeles y libros que, supuso, pertenecerían a Francis.

Se emocionó un poco al pensar que alguno de ellos podría ser de su autoría, por lo que se dirigió a chequearlos. Estaban todos, al menos los que llegó a ver, escritos en un idioma que no conocía. Algunos incluso tenían ilustraciones algo confusas, pues estaban desgastadas y amarillentas las páginas. No logró encontrar absolutamente nada de su autoría, pero si vio, justo cuando estaba a punto de irse, un pequeño libro que le llamó la atención.

Era más bien un cuaderno, forrado en piel rojiza y desgastada. Se le veían las páginas amarillas y algo rotas en los bordes. Lo tomó y sintió emoción al ver que era suyo. Abrió y pasó la primera página, con una sonrisa en el rostro ante la expectativa de lo que en él podría encontrar, pistas sobre el pasado

que no lograba recordar. Todo estaría allí, y le ayudaría a recuperar la normalidad.

Leyó algunos de sus viejos poemas, y aquellas palabras que había escrito un día, en el parque donde tocaba aquel músico, cuando tenía apenas un día en la ciudad, resaltaban sobre el resto, como si el recuerdo se mantuviese vivo aún.

Pero al pasar las páginas una expresión de confusión apareció en su rostro. No había nada más escrito después del veintinueve de abril de mil ochocientos ochenta y cuatro, y eso fue dos días antes de que se marchara con Francis a aquel Château.

Supuso que se debería a que, como estuvo peleada con su padre por haberse marchado con el Conde en contra de la voluntad de éste, había perdido la oportunidad de escribir algunas líneas en él, ya que lo había dejado en su habitación en el Le Grand.

Dejó el cuaderno sobre el escritorio y se sentó en la enorme silla que reposaba detrás de la mesa. Giró en ella hasta que comenzó a sentirse un poco mareada y tonta. Reposó los codos sobre la mesa y su mentón sobre éstos. Los papeles que estaban debajo crujieron ante la presión que ella ejerció. Un par de hojas se movieron lo suficiente para revelar un papel arrugado que llamó su atención.

Al cogerlo, se percató de que era una hoja de algún cuaderno viejo que había en la propiedad. Comenzó a descifrar lo que ponía, en una letra cursiva bastante cutre e ilegible. Sin embargo, y con algo de esfuerzo, fue capaz de descifrar parte de lo que ponía.

Se trataba de una entrada de diario, que pertenecía a una mujer. En ella, ponía que se encontraba cansada de los tratos, de tener que cuidar de una anciana y de mantenerse esclava de aquel hombre, ¿cuál hombre? Decía que odiaba que éste le diera órdenes, pero que de ello dependía. ¿Quién? No lograba entender el contexto, ¿era la autora o alguien más quien dependía de esas órdenes? Decía también que estaba cansada y que quería que terminara.

Giró la hoja y vio unas marcas rojizas y largas en el reverso. Le tomó un instante de más percatarse de lo que era aquello. Soltó la hoja de golpe y se sacudió las manos, limpiándolas sobre su bata. Comenzó a sentirse nerviosa, por lo que cubrió la hoja lo mejor que pudo y dejó aquel lugar de inmediato. Corrió escalera arriba hasta llegar de nuevo a su habitación.

Aún permanecía sola, por lo que no podía evitar sentirse asustada. Se metió a la cama y se arropó de pies a cabeza, dejando tan solo sus ojos fuera de la sábana. Intentó no pensar en lo que había leído, en las marcas en el suelo o en la sangre sobre aquel papel. Tampoco pensó en lo extraño de su soledad en el castillo ni en la ausencia de Morte. ¿Habría salido ella con Francis?

Se cubrió hasta la cabeza con el resto de la sábana y cerró los ojos con fuerza. No los abrió hasta que se quedó totalmente dormida.

* * * *

Una nueva persona le despertó, cuando se veía caer la noche fuera de la ventana. Ésta vez era un hombre, igualmente demacrado como Morte, aunque un poco más alto que ella. Beatrice apenas se molestó en saludar y en agradecerle por las atenciones. Aquella noche le había servido algo más sustancioso acompañado de aquella típica bebida de color rojo.

Presa de la curiosidad, Beatrice le preguntó qué era aquello pero, al igual que Morte, él tampoco conversó. No se inmutó ante las palabras de Beatrice ni se molestó en pretender que la escuchaba. Al terminar de servir los platos, se marchó de la habitación, silencioso como había llegado.

Francis no volvió sino hasta que habían pasado dos días. La soledad y el aislamiento habían comenzado a hacer estragos en su mente. Comenzó a cuestionar las palabras del Conde y su supuesta devoción hacia ella, dado a lo poco que le había visto durante esos días.

Comenzó a formarse ideas un tanto paranoicas, en las que era una especie de reclusa. Llegó a pensar que, incluso, aquel lugar era una especie de hospital mental en el que ella había sido internada en contra de su voluntad.

Durante los días se mantenía despierta, mientras pasaba parte de la tarde y la noche durmiendo, para luego cenar y volver a dormir. Aquella había sido su rutina por las últimas dos semanas, eso sin contar las pausas necesarias para el aseo personal, y los momentos en que se escapaba de la habitación cuando sentía que se había quedado a solas.

No fue sino hasta una mañana de invierno, cuando la nieve caía blanca y

densa fuera de su ventana, que no se atrevió a salir nuevamente. La habitación se había tornado insoportablemente fría, y recordaba que en el salón principal había una enorme chimenea a un lado de las escaleras, y que seguramente estaría encendida.

Recorrió el pasillo con pasos largos, sintiendo una extraña presencia vigilarla. Seguía mirando sobre su hombro cada dos pasos, apretando con mayor fuerza el cobertor sobre su cuerpo. El sonido de unas bisagras oxidadas abrirse justo detrás de ella la hizo saltar y darse la vuelta de golpe, con el corazón latiendo a mil.

- ¿Quién está ahí? – Preguntó con una voz débil y temblorosa, encorvándose instintivamente para protegerse de cualquier ataque.

El sonido provenía desde alguna de las puertas que estaban entre su habitación, cerca del final del pasillo, y el lugar en el que se encontraba, justo en medio de éste. Recorrió las puertas con los ojos pero no notó ningún movimiento de ellas. Retrocedió sin darse la vuelta y no pudo evitar gritar despavorida cuando tropezó con algo.

Se giró a tiempo para ver a una mujer caer al suelo, de espaldas. Lucía muy demacrada, con raspones en el rostro y una costra de sangre que le recorría el lado derecho del rostro. Temblaba en el suelo mientras Beatrice intentaba procesar lo que pasaba.

Le tomó casi un minuto percatarse de quien era, Morte, ¿había estado allí todo aquel tiempo? ¿Dónde? ¿Y qué le había pasado? No pudo evitar recordar los rasguños que había visto justo cuando ella desapareció misteriosamente. Se sintió muy nerviosa de pronto.

Se acercó de prisa, hacia los brazos extendidos hacia arriba de aquella mujer, quien intentaba decirle algo con desespero. Susurraba, murmurando palabras que no lograba entender.

- ¿Qué... no. No comprendo lo que quieres decirme?

La mujer la tomó por la bata y la haló con firmeza hasta que su cara estuvo junto a la suya. Beatrice se separó de ella con una expresión de horror en el rostro hasta caer sentada y alejarse con manos y piernas de la mujer quien seguía retorciéndose en el suelo. Un par de pasos y fue todo, el cuerpo escuálido dejó de moverse.

- Dios. Dios, dios, dios, dios.

Se levantó y corrió de vuelta a la habitación, registrando aquel closet e intentado hallar algo que la mantuviera caliente. No quería permanecer ni un instante más en ese lugar, no después de aquellas palabras que aún estaba intentando dotar de sentido.

Uso más de una prenda para intentar aislarse, e improvisó una bufanda con las sábanas de la cama. Corrió escaleras abajo y se marchó del Château, ignorando por completo el frío que le recorría desde la pantorrilla hasta la cabeza.

Francis volvería pronto, y no quería que él la encontrara en aquel lugar con aquella mujer muerta, mucho menos después de que le había susurrado aquellas palabras que ella había escuchado mientras dormía, antes de despertar y encontrarse completamente sola por primera vez.

* * * *

Cuando abrió los ojos nuevamente, fue por un baño de agua helada que le hizo doler hasta el último hueso del cuerpo. El aire escapó de sus pulmones con tanta violencia que casi se desmaya.

- ¡Maldita anciana vagabunda! ¡Aléjate de mi portal! No queremos vagabundos en éste vecindario. Fuera, ¡largo!

Una mujer mayor, despeinada y escandalosa, sostenía un balde en la mano y un cigarrillo en los labios. Beatrice se incorporó con dificultad mientras la mujer continuaba lanzando maldiciones contra ella.

Se sintió destruida en aquel instante, desesperanzada y débil, muy débil. Tenía frío, tenía hambre. Había estado vagando por dos días, intentando escapar de la pesadilla que la perseguía sin darle tregua, y había dado a parar a unos callejones parisinos que no conocía.

¿Cómo hacerlo? Aquella locura la había hecho olvidar parte de las cosas que había vivido, algunos rostros eran difusos, las calles siempre cambiantes se habían convertido en una especie de laberinto en el que no lograba ubicarse.

Movió su mano para asegurarse a la alterada mujer que ya se iba, no quería recibir otro baño de agua de ningún extraño sin compasión. Suficiente había tenido con las noches heladas que casi lograron matarla.

Maldijo internamente mientras se desplazaba, temblorosa por el frío y la debilidad, a lo largo del callejón helado y lleno de vapor. Francis estaría en su acogedor lugar, acogedor comparado con esas calles, mientras ella pasaba aún más dificultades. En aquel momento pensó que cualquier cosa sería mejor que estar de aquella forma, incluso estar con Francis. ¿Se podría caer aún más bajo?

Tropezó con algo que salió de la nada y cayó de bruces al suelo. No tuvo tiempo para detener su caída, aunque instintivamente puso sus brazos por delante de ella. Sintió el dolor más agudo que hubiese sentido en toda su vida recorrer su brazo derecho, y con un grito observó su brazo.

Estaba torcido de una manera horrible, la palma de su mano estaba en el sentido contrario y unos de sus dedos estaban doblados de forma extraña.

- Dios, oh por dios, no. No, por favor, - sollozó mientras se enrollaba sobre sí para soportar el dolor. Intentó incorporarse, pero la debilidad la hizo caer nuevamente, haciendo que se golpeará el rostro contra un adoquín que estaba un poco fuera de lugar. Sintió la sangre fluir, tibia, desde una herida en su frente.

Se quedó en aquel lugar, inmóvil, llorando y deseando que todo el dolor pasara, que aquellas humillaciones terminaran. Deseó poder recordar lo que realmente sucedía, pero el esfuerzo había resultado inútil por los últimos días. Elevó una plegaria para que aquel terrible dolor pasara tan pronto como fuera posible, porque su cuerpo se calentara un poco y porque la sangre que manaba de su rostro dejara de hacerlo.

Estaba perdida, hambrienta, con sueño y con frío, estaba incompleta. Algo le faltaba, alguien que la guiara, que le dijera que existía una salida de todo aquel infierno. Y justo entonces, como si de una especie de respuesta divina se tratase, una mano se posó sobre su hombro. Se encogió sobre sí, temerosa, sintiendo que algo malo estaba por pasar, pero no fue así. Sintió como la cargaban y la llevaban a algún lugar. No quiso luchar, en realidad no tenía las fuerzas para hacerlo.

Prefirió no ver la cara del hombre que se la llevó, lejos de ahí. El dolor la

tenía tan aturdida que cada cruce y cada curva que tomaba aquel hombre se sentía como el vaivén de un barco en medio de una tormenta. Sencillamente cerró los ojos y rogó para que tuviera la oportunidad de poder abrirlos nuevamente.

* * * *

Había despertado algún tiempo después en una cama tibia, cubierta hasta el cuello con un cobertor que la mantenía alejada de aquel frío infernal en el que había vivido durante días. Le dolía el cuerpo y la cabeza. Se sentía desorientada y un poco confundida. ¿Dónde estaba su padre? ¿Dónde se encontraba ella? ¿Seguía en París? ¿O acaso estaba en algún otro lugar? ¿Resultaría que todo aquello fue un terrible sueño?

Intentó incorporarse pero un dolor agudo atravesó su brazo derecho, por lo que tuvo que contener un grito. En ese instante una extraña mujer, bajita y delgada como un palo, con el rostro cansado y con trozos de tela que apenas lograban cubrir la escualidez de su cuerpo malnutrido, había aparecido desde detrás de un marco carente de puerta. Miró a Beatrice de arriba a abajo y regresó por donde había venido.

- ¿Oiga? ¿Puede ayudarme?

Escuchó objetos resonar al chocar entre si, un olor indistinguible le llegó por oleadas mientras una punzada en el estómago le hacía recordar el tiempo que tenía sin comer. Dos días o, ¿habrían pasado más?

- ¿Hola? ¿Podría...?

- Ya te escuché niña. Maldición, este muchacho va a acabar con mi paciencia con sus perras moribundas.

La mujer regresó a la habitación cargando una taza y un vaso con un agua de color marrón y de muy mal aspecto. Tenía incluso trozos de alguna materia negra que flotaban y se movían dentro de él mientras la mujer se acercaba.

- ¿Perdón? ¿Podría decirme...?

- Shhhh, suficiente con las preguntas niña. Es tiempo de callar y de comer. Tu

estómago lo necesita. No has sido más que una chiquilla llorona durante los últimos tres días, y ya es tiempo de que comiences a comer por tu propia cuenta.

- ¿Han pasado tres días desde que llegué a aquí? Y, ¿precisamente dónde estoy?

- Dije que era suficiente con las preguntas. Cállate y cómete tu comida.

La anciana le tiró la taza con arroz y una salsa que olía aceptablemente bien, y puso en el suelo el vaso con aquella agua tan sucia y de mal aspecto.

Beatrice la observó, esperando que le entregara algún cubierto o algo, pero ella tan solo la miraba con el rostro impasible. Sin más opción, comenzó a comer con los dedos de su mano izquierda con dificultad, haciendo algo de desorden en la cama.

- Ay, pero que chiquilla tan descuidada eres. Mira que caerte de bruces contra el suelo. A ver, ya me irás diciendo tu nombre, ¿eh?

- Ah, si. Lo lamento. Me llamo Beatrice. Beatrice Vita.

- ¿Vita? ¿Como aquel arquitecto? ¿El de la torre Eiffel?

- Christopher Vita, si. Era mi padre.

- Hmmm, interesante historia niña. Muy interesante.

La anciana la observaba con cautela, la duda era completamente evidente en su cara.

- ¿Acaso sucede algo?

- Sucede que estás muerta, querida.

Le arrebató la taza de comida a medio acabar y le dio el vaso. Su expresión se mantuvo idéntica, sin cambiar para bien o para mal.

- ¿Disculpe?

- Beatrice Vita fue declarada muerta hace más de cuarenta años. Su padre, el arquitecto, estuvo buscándola luego de que ésta desapareciera. ¿En verdad eres tú?

- No... Digo, si. Pero, no entiendo...

- ¿Qué hay que entender? ¡Moriste! Tal como lo hace cualquier persona que

se encuentre con vida. Moriste y se te declaró muerta. Fin de la historia.

- ¡No! No es el fin de la historia. ¿Qué acaso no puede ver que no estoy...? Es decir... No puedo...

- ¿En verdad, no puedes? ¿Por qué tienes esa certeza? Está en la naturaleza de los muertos negar que están, pues, no vivos.

- Señora, habla usted de una manera muy extraña, de verdad.

- Jajajaja, ¿piensas que hablo extraño? Pues déjame decirte que eres la primera en notar SOLO mi extraña manera de hablar. Aunque eso no es muy ofensivo viniendo de una tontuela que casi muere en el frío y que come con las manos como si de un perro se tratase. Bebe tu brebaje. Te ayudará.

Beatrice la miró con una mueca de desconcierto, y luego miró al vaso que tenía en la mano, los trozos que flotaban inertes en el líquido.

- ¿Qué son...?

- ¡Con un demonio, bébelo de una maldita vez!

Lo inesperado de aquel grito la hizo beber aquella agua de un solo golpe. Tosió ante el amargo sabor que le dejaba en la boca, en la sensación de carraspera que tenía en la garganta. Sabía a pantano, mezclado con alguna clase de hierba que aún podía sentir pegada a su lengua.

- Al fin comienzas a caerme bien, muchacha. – La anciana tomó el vaso y se lo llevó del cuarto, volviendo un minuto después con una silla sin espaldas, sentándose junto a la cama. – Entonces, ¿Beatrice Vita, no? Cuéntame, ¿dónde has estado todos estos años? ¿Estabas en alguna fiesta elegante o algo por el estilo?

- Bueno, yo... la verdad es que no logro recordarlo muy bien. Eh... estuve viviendo con mi esposo en las afueras de Francia.

- ¿Esposo? ¿Qué esposo?

- Tal vez no le conozca, es un noble extranjero. Su nombre es Francis.

- ¿Yannic?

- Ah, le conoce.

- ¿Conocerlo? Dios lo impida, claro que no conozco a ese infeliz. Es un bastardo asqueroso, chupasangre depravado. Abusador de mujeres, como tú.

Cuéntame qué más recuerdas.

Confundida, Beatrice pensó bien en qué le diría aquella extraña mujer, con su rostro arrugado como pasa y sus ojos verdes aceituna.

- Eh... pues... mi padre murió un poco antes de nuestra boda. Tenemos dos hijos.

- Ah, descendientes. Que lindo, - la ironía en aquel tono era fascinante e igualmente odiosa.

- Si, y pues, en algún momento perdí la cabeza y ahora sufro de algún tipo de demencia que no me deja recordar bien algunas cosas.

La vieja dejó salir una carcajada vibrante y escandalosa que hizo que Beatrice se encogiera y cubriera los oídos. Cuando se calló, le miró con una sonrisa carente de un par de dientes y le dijo.

- Has sido una más de las pobres vacas que caminan inocentes de su destino hacia el matadero. Hija mía, Beatrice Vita, ¿no? Has sido una de sus víctimas. Otra de sus esclavas.

- ¿Esclavas?

- ¡¿Qué rayos fue lo que te dije acerca de las preguntas?!

- Lo siento, pero no entiendo a qué se refiere.

- Si te callas y me dejas hablar, quizás puedas entenderlo con esa cabezota llena de aire. – La vieja suspiró con fuerza y puso una expresión neutral en su cara. - ¿Cuál fue la última cosa que le dijiste a tu padre? ¿Cuándo fue la última vez que viste a tu hermano? ¿Fue antes de que iniciara la guerra, o acaso después? Lamento decirte que has estado viviendo una mentira plena. Una mentira que te ha mantenido con vida durante todo este tiempo con un sólo propósito.

- ¿Cu...? Lo siento.

- Con un sólo propósito... Mantener a ese bastardo con vida. Jaja, ahora no lo entiendes, pero lo harás. ¿Hace cuánto despertaste? Unas semanas, ¿o tal vez un mes? ¿Qué crees tú que era esa bebida energizante que te daban de beber en aquel lugar? Seguramente no era jugo de moras rojas, cariño. ¿No notaste algo extraño en él?

Le tomó de la mano y sacó una aguja de tejer que tenía en un moño a medio

armar y se la clavó en el dedo a Beatrice. Ignoró el dolor mientras una gota de sangre salió de la punta. Beatrice miraba a la anciana con asombro mientras ésta la alentaba a probarla.

- ¡Vamos! Pruébala, querida, - le acercó la mano al rostro hasta que hizo que Beatrice se llevara el dedo a la boca. El sabor tan familiar le hizo sentirse repentinamente enferma, pues recordaba saborearlo en tragos realmente largos.

Se inclinó hacia el otro lado de la cama mientras se le subía el estómago a la garganta, el arroz y aquel brebaje asqueroso que había ingerido salieron disparados hacia el suelo mientras un gruñido los acompañaba.

- ¡Tonta! Te has dejado envenenar por la sangre que él consume, así como una vez consumió la tuya y la de muchas otras. Fuiste una esclava de sangre pero, como yo, eres una sobreviviente. Fuiste retenida contra tu voluntad para cumplir un único propósito en la vida, mantener a ese monstruo vivo por el resto de la eternidad. Al igual que tú, yo me rehusé a vivir ese destino. Escapé y ahora te tengo aquí para... maldición, ¡deja ya de vomitar inútil!

* * * *

- Mira que eres un dolor en el trasero, niña. Aunque debo admitir que algunas de las otras que han logrado escapar se han vuelto locas al momento en que llego a la sangre. Deja de sostenerte el estómago y ayúdame con el balde. Que asco de suelo me has dejado. Si no fuera porque tienes el brazo roto te haría limpiarlo todo.

Beatrice intentó mover el brazo y se sorprendió cuando no sintió aquel dolor intenso, sino uno que iba disminuyendo poco a poco.

- Ah, veo que mi mejunje te ha servido de algo. Me alegra eso. Ahora si podrás ayudarme a trapear todo éste desastre. ¡Muévete!

Beatrice obedeció, impactada por lo que sus ojos veían. Estaba sanando, era un milagro. Limpió con total precaución de no utilizar su brazo lastimado si no era necesario, aún incapaz de creer lo que sucedía.

La mujer limpiaba con energías, como si no fuera una anciana en los últimos

años de su vida. Su baja estatura se debía a lo encorvada que estaba, lo que la hacía parecer aún más frágil, y su voz chillona la hacía bastante insoportable, como si su comportamiento no era ya algo suficientemente insoportable.

Luego de limpiar aquel desastre, se retiraron a la sala de aquel lugar, una casa a medio derruir en un lugar que desconocía. Se mantenía cálida a pesar de todo, y era lo suficientemente confortable para considerarla un hogar.

La anciana le contó un montón de cosas bastante complicadas. Habló de sectas, de creyentes y no creyentes, de sacrificios y el resto de las cosas bizarras que se le atribuían a aquellos que, como Francis Yannic, habían vivido por más tiempo del que se les había concedido en primer lugar.

- Verás, no todos son malos. Es el camino por el que deben transitar los que los vuelve seres despiadados. Es ese deseo de seguir explorando lo que les hace sentirse... imponentes. ¿Te imaginas lo que sería capaz de ver una persona que pueda vivir más de cien años? Eso es él, y el resto de sus compañeros creyentes. La adoración a su dios es lo que les mantiene con vida, y utilizan a mujeres como nosotras para conseguir su cometido.

- Entonces, de alguna manera él ha estado robándose mi vida...

- Literalmente.

- Literalmente, durante cuarenta y dos años... Y todo lo que creo que sucedió, ¿en realidad no pasó?

- Debes comprender algo. El lidiar con fuerzas prohibidas les dota a los creyentes de habilidades singulares. Una vez oí sobre un hombre que era capaz de manipular el pensamiento de la gente con tan solo mirarlos. También conocí a una chica que me contó que su captor era mudo, y que él era capaz de hablar a través de los demás con tan solo tocarlos. Francis posee una habilidad bastante más siniestra, la de crear realidades en las fantasías de los demás. En otras palabras, se mete en tus sueños y te convence de que son recuerdos reales.

Recordó aquellos primeros sueños que tuvo con él, en cómo se sentían tan reales. Si lo que la vieja estaba diciendo era cierto, eso explicaría el porqué de la mirada que siempre le daba al verla antes de conocerla, cuando insinuaba cosas. ¿Acaso estaba dispuesta a creer en tantas locuras a la vez?

- Francis Yannic es capaz de convertirme en una marioneta sin pensamientos.

Te mantiene sedada por muchos años mientras poco a poco va bebiendo de ti, hasta que un día tu cuerpo ya no resiste más y sencillamente te marchas.

- ¿Y qué sucede cuando despiertas? ¿Tú también escapaste del que te tenía cautiva, o no? ¿Qué sucedió en tu caso?

- Mi caso es especial, no tiene nada más que historia en él. He conocido a muchas como tú, pero nunca las he vuelto a ver. Pero siento que algo en ti es diferente, lo sé porque sencillamente lo sé. Mi tuétano me lo dice, y siempre le he creído.

Definitivamente era una mujer bastante excéntrica. Probablemente estaba bastante mal de la cabeza, pero Beatrice estaría peor pues le creía las cosas que decía.

- Contradice todo aquello que no tenga continuidad en tu mente, todo lo que sea dudoso. Deberías darte un paseo por los lugares que has visitado durante todos estos años. Tal vez encuentres algo que arroje un poco de luz sobre tu situación y te convenzas por ti misma.

Aquella idea le parecía razonable. Si algo haría visitar los lugares que recordaba era disparar esos recuerdos. Tal vez podría incluso conseguir algunas respuestas sobre los huecos que había en su mente. Lo primero que haría apenas saliera el sol al día siguiente, era visitar aquella torre, la torre Eiffel, para intentar recordar las cosas que había vivido en ella.

Capítulo VI

Si siguiendo aquel consejo, Beatrice se había marchado del hogar de aquella anciana tan rara, agradecida por aún mantenerse viva y por la compañía que tanta falta le hacía en el Château de Yannic. Se veía como una marginada, y así mismo se sentía. Los años que habían pasado eran tan confusos en sus recuerdos que aquella idea que Rosa, la anciana, le había sembrado en la cabeza estaba comenzando a retoñar.

Cosas como la locura eran ciertas, ¿por qué no habría de serlo todo aquello? Claro, sonaba a cuentos de locos, pero había visto algunas cosas bastante extrañas en esos últimos días. Su padre creía que para que una persona fuera capaz de aceptar el mundo tal cual es, debía estar dispuesta a aceptar que por el hecho de que nos cuesten creer en algunas cosas, esto no las hacía menos ciertas.

Si bien todo aquello sonaba a locura y enfermedad, habría de ser cierto, al menos para Rosa. ¿Sería cierto también para Beatrice? El bicho de la curiosidad le había picado, y era por esa razón por la que estaba encaminándose a los lugares en los que había tomado evento momentos importantes de su vida.

Lo primero que visitó fue la pequeña capilla en la que ella y Francis contrajeron nupcias. Se suponía que quedaba en el centro de la ciudad, muy cerca del río Sena, o al menos eso era lo que ella recordaba. Al llegar al lugar donde ésta debía estar, se encontró con una fábrica de aspecto decadente, cuyas chimeneas continuaban funcionando a pesar del deterioro del exterior.

Los alrededores parecían ser los mismos, una casa rústica con fachada color ladrillo y un pequeño local de dos pisos que ahora se encontraba clausurado. Sintió confusión, mucha más de la que esperaba sentir, dudando de la veracidad de sus propios recuerdos. No vio a nadie a quien preguntarle qué le había pasado a la capilla, tampoco vio signos de que alguna vez se hubiese alzado en aquel lugar un sitio de culto religioso.

Un poco aturdida, continuó su viaje hacia el motivo por el cual se encontraba en Francia, y por el cual había conocido al hombre con quien se había casado: la torre de aquel visionario para el cual había trabajado su padre.

Podía verla desde donde se encontraba, con las luces aún encendidas a pesar de ser temprano en la mañana. Aquel día estaba tranquilo pero helado, sin ventiscas ni nevadas, solo un montón de nieve acumulada que te alcanzaba hasta un poco más arriba del tobillo.

Nadie se atrevió a darle un aventón, como era de esperarse luciendo de aquella manera, con el cabello despeinado en un montón de rizos desarreglados y secos de color blanco, y ropas manchadas y un par de tallas más grandes. Tal vez las bolsas bajo sus ojos la hacían lucir un poco más desarreglada, pero al menos no se veía tan anciana como cuando despertó en el Château hacía unas semanas atrás.

El camino hasta aquel lugar fue sumamente tranquilo. Los vehículos transitaban de a pocos, dejando una estela de humo espeso a su paso, dificultándole la tarea de respirar con regularidad. Había tomado un par de pausas para recobrar el aliento, llenándose de aquella calma a pesar de las pericias que sucedían en el resto del mundo.

Continuó caminando hasta que los pies le dolieron, hasta que sintió que reventarían dentro de las botas que le había obsequiado Rosa cuando se marchó.

Finalmente, llegó hasta aquel lugar, ese sitio que desprendía la magia que había visto en las otras obras en las que había estado involucrada la mano de su padre. La torre se erigía varios cientos de metros sobre su cabeza, retorciéndose en un ángulo extraño por la posición en la que ella se encontraba, justo cerca de uno de los arcos de la base.

Había olvidado lo imponente que aquel monumento era, y lo mucho que había impactado en la sociedad después de su creación. Intentó recordar más sobre los momentos que vivió en aquel sitio, pero algo le decía que su recuerdo de la torre no encajaba con lo que estaba viendo.

La de sus recuerdos se veía más elevada, como un largo dedo que se extendía, puntiagudo, hacia el cielo nocturno con la luna llena iluminándola desde atrás. Las luces que la hacían brillar eran rojas, y aunque las mismas no se veían del todo en aquel momento, eran de cualquier otro color, excepto rojas.

Los arcos tenían un ángulo menor al que recordaba, pues las patas de la torre estaban menos distantes la una de la otra de lo que recordaba. Y ese teleférico

que recordaba había abordado con Francis en su primer aniversario de bodas no estaba por ningún lugar, en su lugar funcionaban unos ascensores bastante pintorescos.

Muchas personas se aglomeraban en las cercanías para presenciar la majestuosidad de aquel monumento. Unos lo apreciaban por primera vez, otros, por enésima. Ella se sentía parte de aquellos que lo observaban por primera vez, y aquella idea resonaba tan cierta en su mente que podía sentirlo en su corazón.

Se posó contra un árbol cerca de una de las caminerías y continuó examinando a aquel coloso de hierro, esperando que éste le susurrara alguna clase de secreto que quizás no debería conocer jamás. Sin embargo, la torre se mantuvo tal cual, estoica, sin revelarle secretos ni accionando memorias en su cabeza. Aquel recuerdo se mantenía aislado de los otros, como si no tuviera relación con ninguno, como si la oscuridad plena hubiera llenado el espacio entre ellos.

Decidió entonces que, tras un descanso bastante merecido junto a aquel titán que tanto la llenaba de calma, se marcharía a visitar un lugar que hacía mucho no visitaba.

* * * *

La tumba de su padre permanecería cubierta por la capa de nieve que había caído durante la noche, por lo que parte de la lápida había estado cubierta por ésta. Sin embargo, se encontraba en el preciso lugar en el que ella recordaba que ésta estaba, aunque ahora tenía un par de acompañantes en su eterno letargo.

Beatrice llegó a aquel lugar cuando el sol comenzaba a ponerse, llenando el cielo de tonos rojizos y tornando el algodón de las nubes de un color cobre. Una brisa suave había comenzado a soplar, alborotándole los cabellos y haciendo que el fleco de su bufanda revoloteara frente a ella como un ave intentando escapar de su cautiverio.

Limpió el exceso de nieve de la tumba, revelando el nombre de su padre en la lápida de granito blanco. Tan solo el nombre y sus años de nacimiento y

muerte se encontraban en ella, ni un mensaje había sido tallado en aquel rectángulo sin otro adorno que la silueta de aquella magnífica torre en la que él había trabajado.

Beatrice se arrodilló frente a la tumba y acarició la roca que la observaba sin mirarla, sintiendo en la punta de los dedos las letras que formaban el nombre de su mentor y protector más fiel. Intentó recordar el sentimiento que le causó la muerte de su padre, cómo se sintió el día en que fue enterrado y las veces posteriores en que visitó la tumba. Los tres recuerdos le fallaron, ninguno se materializó en su cabeza.

Se sostuvo el pecho mientras la culpa comenzaba a formarse en él. ¿Cómo era posible que olvidara el sentimiento que evocaba el recuerdo de la partida de su padre con tanta facilidad? ¿En verdad lo había olvidado? ¿O acaso sería que no lo había vivido? Si era ese el caso, ¿dónde había estado cuando su padre falleció? ¿Habría sabido él que ella estaba bien?

- Es la primera persona que veo visitar la tumba del arquitecto Vita, - la voz de un hombre mayor le sorprendió a su izquierda. - Lo siento, no era mi intención asustarle, madame. Siempre que vengo a visitar a mi difunta esposa cuido un poco de la tumba del señor Vita. Nadie ha venido a verle en más de un año. Su hijo fue el único que le visitó, y eso fue hace más de dieciocho meses.

- ¿Anton?

- Ah, ¿le conoce? ¿Es familiar suyo entonces?

Abrió la boca para decirle que era su hija, pero recordó lo que Rosa le había revelado y se detuvo. ¿Dónde había estado durante todo ese tiempo y por qué no había visitado la tumba de su padre? Si hubiese estado enferma, Francis al menos se encargaría de hacerle los cuidados necesarios a la tumba, tal como lo haría cualquier esposo preocupado.

- Si, le conocía, - fue lo que respondió, bajando el rostro para que el anciano no le detallara demasiado, su cabello, aunque blanco en éstos días, aún conservaba el peinado que solía llevar de joven, y su rostro mantenía aquella expresión, sobre todo en su mirada, a pesar del cansancio. Si él le había visto en alguna fotografía sería capaz de reconocerla fácilmente.

- Ah, es bueno que las personas visiten a sus muertos. Algunos les llevan en el corazón, pero éstas tumbas también necesitan de cuidado. Los seres que

yacen bajo ellas ya no requieren de nuestra atención, pero el amor que les teníamos se ve reflejado en el estado de sus tumbas. Siempre que veo una tumba descuidada me pregunto qué le sucedió a los familiares, aunque pienso que lo más seguro es que todos hayan muerto, me entristece creer que algunos sencillamente se olvidan de ese ser querido que yace en aquel lugar. Me temo que en el caso del arquitecto así fue. Aunque no tengo certeza de que su hijo menor haya muerto, la hermosa hija de él si lo hizo.

Un nudo doloroso se le formó en la boca del estómago y la hizo encogerse un poco. ¿Rosa tenía razón?

- ¿Cómo dice?

- ¿Que acaso usted no lo sabe? Beatrice, su hija mayor, desapareció en el ochenta y cuatro y nunca fue encontrada.

Sintió una oleada de nervios formarse en su estómago y extenderse por su cuerpo, calentando su rostro y sus brazos, haciendo sus piernas sentirse débiles.

- ¿Conoce usted la historia? ¿Podría contarme lo que sabe, por favor?

- Pues, no sé demasiado, sólo lo que reportaban los periódicos. Beatrice Vita desapareció una noche de Abril, siendo vista por última vez con el Conde Francis Yannic quien también desapareció. El padre de ésta movilizó todos los medios posibles para encontrarla, pero nunca pudo dar con ella en Paris. Trabajó en el proyecto de la torre, perdiendo poco a poco la cordura, o al menos eso decían, deseoso de culminar para extender la búsqueda a los lugares más recónditos de Europa con el pago que recibiría, pero tras contagiarse de tuberculosis en una epidemia, falleció tres años después de la desaparición de su hija, poco antes de que la construcción de la torre iniciara.

¿Tuberculosis? ¡Su padre había muerto de un ataque al corazón, a los sesenta años! Y mucho después de haber trabajado en la torre. Nunca fue una persona enferma, y pensar que haya muerto con algo tan horrible, y con apenas cuarenta y tantos años... Aquello tenía que ser una mentira.

- Cuando el hijo de éste viajó desde su país natal, si no me equivoco era Suecia o Dinamarca, para reclamar el cuerpo de su padre, intentó retomar la búsqueda de su hermana, pero luego de un par de meses se rindió y las autoridades declararon oficialmente la muerte de la chica, el tres de junio de mil ochocientos ochenta y siete. El hijo retornó a su país, volviendo una vez

al año a visitar las tumbas, y lo hizo hasta, bueno, hace aproximadamente un año y medio. Desde entonces nadie ha atendido ninguna de las tumbas.

- ¿Tumbas?

- Esa de mármol rosado de ahí, es la de la señorita Beatrice. Al menos, simbólicamente. Su cuerpo nunca fue hallado, y su hermano la colocó junto a la tumba de su padre para que ambos estuvieran cerca el uno del otro, aunque tan solo se tratase de sus lápidas. Mi Leonore les ha hecho compañía desde hacen ya diez años. Al menos no ha estado sola en éste lugar.

Beatrice se apretó el pecho con fuerza mientras se arrastraba hacia la tumba de mármol rosa que estaba junto a la de su padre. Con una mano temblorosa arrancó la nieve que cubría el nombre escrito en la lápida, y sintió que se le detenía al corazón al ver aquello tallado en la piedra.

- Amada hija y hermana. Donde sea que estés, que seas feliz. Beatrice Vita. Diecinueve de diciembre, mil ochocientos sesenta y tres, tres de junio, mil ochocientos ochenta y siete.

- Lamento mucho su pérdida, señora. Y aún más lamento que haya tenido que enterarse por un extraño.

Beatrice le agitó una mano para indicarle que no había problema, y asintió mientras las lágrimas comenzaban a fluir de sus ojos. Si aquella era la realidad, entonces ¿qué era todo lo que ella recordaba? Rosa estaba en lo cierto, Francis la había dañado de una forma que nunca pudo preveer.

- ¿Señora? ¿Se encuentra bien?

- Si... si, señor. Es solo que me ha causado mucha impresión saber de la muerte de... de... mi ahijada. No sabía que había... Perdí el contacto con Christopher y... al parecer me perdí de muchos detalles.

- Lo lamento tanto, señora.

- Gracias - respondió ella sin pensar realmente, sintiendo que el peso de la verdad estaba a punto de romperla en mil pedazos.

- No lo tome a mal pero, ¿se encuentra usted sola en Paris? Si gusta podría invitarla a cenar antes de que tenga que volver al lugar al que tenga que hacerlo.

- No. No, es usted sumamente generoso, pero no... debe preo... cuparse.

Estoy... estaré bien. Tan solo necesito algo de tiempo para... procesar... lo todo.

El señor de bigotes oscuros y cabello canoso asintió y se acercó a ella, ofreciéndole una sonrisa amable y apretándole le hombro.

- Fue un placer conocerla esta tarde, ¿señora...?

- Lilly, - respondió Beatrice, mirando el ramillete de flores, blancas como la nieve, que el anciano había colocado sobre la tumba de su esposa.

- Bien, Lilly. Espero que encuentre su camino. No olvide que al final de la vida solo existe otra cosa: más vida. Los cuerpos se marchan, pero la esencia permanece para siempre con nosotros. Aquí, - se tocó el corazón con un dedo arrugado y tembloroso, ofreciendo una sonrisa que le curvaba la punta de los bigotes.

- No se imagina cuánto se lo agradezco. Su esposa fue una mujer muy afortunada de tenerlo.

- Al contrario, por los años que ella compartió a mi lado, fui yo el afortunado.

Beatrice le ofreció una sonrisa llorosa y el hombre se marchó tan silencioso como había llegado, dejándola con su soledad y su tristeza. Aún estaba algo confundida, pero lograría hallarle sentido a todo el caos que había en su mente tarde o temprano. Sólo tenía que esforzarse en buscar las respuestas en el lugar correcto, y sólo había un lugar en el que buscar.

Se levantó, con el alma hecha pedazos, y se secó las lágrimas. Se acercó a la tumba de Leonore y se disculpó con ella por lo que iba a hacer.

Se alejó de aquel par de tumbas, dejando una flor blanca en cada una, y cubriendo con nieve el nombre de la tumba que le pertenecía. Aquel era un comienzo inesperado. Una vida que se extendía frente a ella y que debía tomar con mayor inteligencia.

Francis tendría las respuestas que ella estaría buscando y, quisiera dárselas o no, Beatrice descubriría la verdad de lo que le había sucedido aquella noche de Abril, en la que pensó que encontró al amor de su vida, pero en realidad encontró al mismísimo demonio.

* * * *

El Château la recibió con un abrazo helado y nada consolador cuando finalmente logró volver, agotada a mas no poder, adolorida y hambrienta. Ningún sonido le llegó desde cualquiera de las partes de la casa, tan solo el aullido del viento nocturno que prometía arrastrar consigo una tormenta.

La chimenea se encontraba apagada, al igual que las velas y luces que alumbraban partes del castillo. Se encontraba a sus expensas y haría que aquella soledad valiera la pena. Un rápido chequeo le permitió conseguir madera seca en un rincón oculto del salón principal, con lo que logró encender la enorme chimenea. Encendió un candil se propuso a iluminar su camino en la oscuridad de la primera planta.

La cocina, un lugar que le parecía bastante desconocido, se le parecía a esas estancias que describían algunos autores de horror en esos cuentos que su madre le leía cuando era una pequeña. Una caldera se encontraba cerca de la esquina nordeste de la estancia en la que resaltaba una enorme isla con un par de sillas rústicas. Las ollas y otros utensilios se mantenían a la vista, algo polvorientos por el tiempo que habían pasado sin uso.

Se dirigió a la caldera y la encendió, rebuscando hasta encontrar una tetera para calentar algo de agua y prepararse una bebida caliente para reconfortarse un poco. Buscó en las alacenas hasta que encontró huevos, algo de mantequilla y pan que parecía estar en buen estado, aunque tenía un ligero olor ácido.

Preparó los huevos y pasó el pan cortado en rebanadas por ellos para después freírlo en la mantequilla. Si había algo malo en él, el fuego habría de destruirlo, o eso esperaba.

Una vez que el agua estuvo caliente, infusionó hierbabuena y manzanilla, que endulzó con miel que encontró en otra de las alacenas. Se dispuso a comer frente a la chimenea, donde cualquier rastro del frío que había sentido se marchó sin mayor dificultad.

Con el estómago lleno y el alma un poco más serena, comenzó a pensar en las cosas que le habían sucedido en esos dos días de revelaciones y descubrimientos.

Su brazo había sanado por completo, había descubierto que había sido declarada muerta y que el resto de las memorias que poseía acerca de un pasado feliz eran bastante irreales. ¿Cómo era eso posible? Tan solo Francis tenía la respuesta, pero lamentablemente no se encontraba ahí para contestarle. Tendría que esperarle pacientemente, pretendiendo que no sabía nada, y esperando que éste fuera lo suficientemente crédulo para contarle las cosas que ella quería saber.

Esa noche, la tormenta llegó pasada la medianoche. Las ventiscas golpeaban los cristales de las ventanas del tercer piso con fuerza, agitando la puerta que ella misma había cerrado desde dentro con un poste de madera. El resto de las entradas de la primer planta se encontraban igualmente cerradas, y los ruidos que comúnmente se escuchaban en la segunda planta eran inexistentes aquella noche.

Su parte irracional le decía que debía sentirse atemorizada de estar a solas en aquel lugar, pero su parte racional le recordaba que la compañía podía ser peor que la soledad en algunos casos. Pensó y pensó en tantas cosas. Más preguntas de las que ya tenía surgieron en aquel vaivén de ideas. Necesitaba obtener respuestas, y las necesitaba en aquel instante.

Intentó distraerse de aquel deseo irrefrenable y se dirigió a la biblioteca, que estaba en el lado oeste, justo frente a la cocina, al otro lado del salón donde se encontraba en aquel momento. Rebuscó algunos clásicos y dio con el de Alicia A Través del Espejo, y se sentó frente a la chimenea a leer hasta que perdió la consciencia. Para cuando despertó, el sol comenzaba a brillar a través de las ventanas y podía escuchar el canto lejano de algunas aves en las afueras.

Se levantó, sintiendo el dolor de un cuerpo que tuvo una mala noche, y se dirigió nuevamente a la cocina para prepararse algo. Tras un desayuno bastante decente, se aventuró a la segunda planta, donde tocó todas y cada una de las puertas del pasillo que daba hacia la habitación que Francis le había asignado.

Morte no se encontraba ahí, como esperó, por lo que no sabía si sentirse aliviada o preocupada.

Cada una de las puertas se encontraban cerradas, comenzando desde la primera de la izquierda, cerca del final de las escaleras, hasta la que daba frente a su habitación. Derrotada, se metió en su cuarto y tomó una ducha y

se dio un cambio de ropas, volviendo a colocarse una de esas batas rojas que Francis le había puesto siempre.

Volvió al pasillo y se detuvo de golpe cerca del medio, antes de llegar a la escalera, cuando vio que una de las puertas que habían estado cerradas anteriormente ahora se encontraba abierta. El corazón le comenzó a latir con mucha fuerza, sintió que se le secaba la boca y que las piernas le flaquearon, pero aún así se dirigió hacia aquel lugar.

El interior de la habitación estaba completamente a oscuras, tan solo un rayo de luz atravesaba las gruesas cortinas que la mantenían inmersa en la penumbra. Un extraño olor le llegaba con fuerza desde algún lugar mientras se adentraba para abrir las cortinas.

Sus pies tropezaron con algo inerte que sonó bastante hueco pero pesado a la vez. Le esquivó como pudo, con los brazos en alto delante de ella para evitar caer de bruces contra lo que sea que hubiese tropezado, y se dirigió a la fuente de aquella claridad. Tomó la cortina y la haló hasta que la luz inundó cada centímetro de habitación.

El polvo flotaba en nubes visibles frente a los rayos del sol, y el frío del lugar se fue reduciendo con el calor de aquella luz. Beatrice vio que no había mayor mobiliario que una cama horrible y decadente, sin adornos ni postes y bastante pequeña, con unas sábanas blancas manchadas de alguna sustancia que no podía reconocer.

Se giró lentamente para observar el vacío de la habitación, y tuvo que cubrirse la boca para evitar gritar ante la visión que estaba frente a ella, el motivo por el que había tropezado al entrar.

- Oh, por dios.

Comenzó a estremecerse mientras su mente entendía que, ante ella, un cadáver de aspecto momificado se extendía con las manos extendidas desde el codo, como intentando aferrarse a algo. Tenía la boca abierta y los ojos cerrados, como si estuviese gritando, y se veía marrón y huesudo, como piel sobre esqueleto.

- ¿Qué demonios sucede aquí?

Cerca de la cama se alzaba un poste de metal con unas bolsas colgando de él, un poco más bajo que la altura de la cama. De las bolsas, unos tubos

manchados de un líquido oscuro y que acababan con una punta de jeringa, se extendían hasta llegar a la cama. Volvió la mirada hacia el cadáver y notó que en el brazo de éste se encontraba una aguja rota, de gran tamaño, que sobresalía del interior del codo doblado.

En una de las muñecas del sujeto, o la mujer, pues la carencia de rasgos distintivos más allá del cabello relativamente largo no permitía identificar su sexo, había una correa de cuero que estaba cosida a un trozo de tela rasgado. En sus pies, unos grilletos les mantenían juntos. ¿Era una especie de prisionero? Más importante aún, ¿desde cuándo lo había sido y cómo había terminado muriendo de esa forma?

Una teoría comenzaba a formarse en su cabeza cuando escuchó movimiento en la primera planta. La puerta intentando ser abierta, encontrando la resistencia del listón con que ella había cerrado la noche anterior. Se apresuró a cerrar la cortina y a salir de aquella habitación tenebrosa. Cuando se asomó por la escalera, vio que alguien ingresaba al Château con paso sereno, habiendo superado la cerradura de alguna manera.

Corrió hasta su habitación y se metió ahí, cerrando la puerta y entrando a la cama. Habría de tratarse de algún sirviente, del mismo Francis o de algún tipo de invasor, ya lo descubriría.

Escuchó pasos que se acercaban con lentitud, con seguridad, y que se detuvieron frente a su puerta.

Beatrice se cubrió con las sábanas hasta el cuello y rogó porque fuera alguien indispuesto a dañarla. Las bisagras de la puerta crujieron y protestaron ante el peso de la madera y los años de mantenerla en posición, el rostro familiar de Francis ingresó con una sonrisa en el rostro.

- Has vuelto, - le dijo ella con más ánimos de los que esperaba. Salió de la cama y corrió hacia él. Le sonrió como si nada hubiese pasado, como si él no le hubiese robado la oportunidad de envejecer al lado de su familia y disfrutar los logros de su padre y su hermano; de vivir su propio sueño de convertirse en una escritora talentosa y reconocida, el de casarse y formar una familia de verdad.

- Nunca te dejaría sola por mucho tiempo, Beatrice.

Sonaba tan calmado, tan seguro de que lo que estaba haciendo era lo correcto. Incluso hacía que se dudara de su culpabilidad, o de si incluso era culpable de

algo. Beatrice le rodeó con sus brazos y se alzó en puntillas para darle un beso, uno que fue suave, lento y delicado, uno que él supo responder con facilidad y la misma experiencia que había demostrado siempre.

Nada de eso importaba ahora. Las respuestas que ella buscaba pronto llegarían, conocería la verdad sobre su pasado y lo que le depararía el futuro. Tenía que saber si algo en ella era distinto más allá de la edad y la apariencia que ahora tenía. Debía saber qué otras cosas había hecho el Conde con su cuerpo.

- Estás feliz de verme, ¿verdad? – Beatrice le ofreció una sonrisa que no fue para nada forzada y se sintió real, tanto que él pareció estar convencido de la veracidad de ésta. - Yo también lo estoy.

Se acercó de nuevo y le dio otro largo beso mientras lo conducía hacia la cama, cayendo sobre su espalda y halándolo sobre ella. Francis rió como si nada, como si no le importara hacer daño. Aquello tan sólo hizo que un sentimiento se avivara en su pecho: rencor.

No descansaría hasta despojarlo de lo que le importaba, hasta verlo en la misma posición en la que ella estuvo y en la que estaba actualmente. Dejaría su vida de inocencia atrás, allá en el cementerio en esa tumba, junto a la de su padre.

Le daría alegría, sexo, todo lo que él quisiera. Lo convencería de que era de fiar, y luego le arrebataría todo por lo que había trabajado, le daría dolor, sufrimiento, desesperación. Esperaría, si que lo haría, esperaría el tiempo que fuera necesario para idear una forma de asegurarse de que su historia no volviera a repetirse. Nunca más (alusión a la palabra Nevermore del poema “El Cuervo” original de de Edgar Allan Poe del año 1845).

Capítulo VII

Un nuevo sirviente había hecho acto de presencia tras el regreso de Francis de donde sea que hubiese estado. No compartió con ella detalles de su estadía lejos del Château y tampoco se molestó en dar explicaciones acerca de lo que hacía fuera.

Ella supuso que de alguna forma debía ganarse la vida, amasar una fortuna como la que él parecía tener no era una cuestión sencilla; se requeriría de paciencia y años de trabajo, y ella comprendía que él tenía muchos años con los que trabajar.

Durante las noches compartían encuentros tan cercanos que la hacían sentirse como una jovencita de nuevo, sintiendo ese dolor que llevaba lentamente al placer y a la locura en aquellas posiciones dominantes y que él disfrutaba tanto como ella. No lo supo entonces, pero eso de someterse ante alguien se le daba bastante bien cuando no la drogaban para hacerlo.

De aquel brebaje que la hacía dormirse casi inmediatamente no había sabido de nuevo, afortunadamente, pero eso le llevó a preguntarse, ¿de dónde estaba obteniendo Francis su vitalidad ahora que no podía quitársela a ella? Nunca se atrevió a preguntar nada, pues él se mantenía ignorante de lo que ella sabía y así le gustaba jugar, con ventaja en sus cartas.

Aprovechaba cada expedición de éste fuera de casa para rebuscar en algún rincón del Château que no había explorado hasta entonces, y tras un par de semanas decidió aventurarse, una noche, a traspasar la barricada que daba acceso al tercer piso de aquel lugar. Un montón de cajas y libros se amontonaban a mitad del camino entre ambos pisos, y una penumbra anormal se colaba escaleras abajo como una serpiente que se arrastra silenciosa por el suelo.

Buscó el mejor camino y lo encontró, un montón de cajas en el lado izquierdo de la escalera estaban vacías y se podían mover con facilidad. Apartó unas cuantas hasta que pudo pasar por encima sin problemas. Ya se encontraba en territorio desconocido, ahora tan sólo tenía que terminar de adentrarse en él.

¿Qué esperaba encontrar allí? Aquella parte del Château era extremadamente

tétrica. Con telas de araña enormes por doquier, polvo y oscuridad que se extendía por un amplio salón, similar al de la entrada, con puertas solo en la pared que se extendía frente a la escalera.

Miró sobre su hombro y vio como la luz del día se filtraba escaleras arriba, incapaz de iluminar aquel sitio. Encendió una vela que había llevado consigo, sería suficiente para mostrarle el camino.

El aura era siniestra, macabra. Se sentía un frío opresivo, la mirada de alguien sobre ella. Movi6 el brazo en todas direcciones para ver mejor lo que se extendía en todas direcciones, y de hecho se sorprendió de ver el desastre que pensaba conseguiría allí.

Restos de muebles se esparcían por gran parte del ala oeste del lugar, amontonados en pilas cerca de las esquinas. Hacia el lado este, un mont6n de cajas parecían guardar secretos que esperaban ser revelados por un alma valiente como la suya. ¿Estaría preparada para lo que estaba por venir?

Los primeros pasos que dio fueron dudosos, lentos y cortos, cada uno creando un rechinar espantoso que le hizo escalofriar el cuerpo al recordar que aquellos sonidos los había escuchado con anterioridad. No había estado sola cuando pensó que así era.

Caminó hacia las puertas frente a la escalera y se aproximó a una, con una mano ligeramente temblorosa, tomó el picaporte y lo giró. La puerta se abrió con un quejido sacado de una pesadilla, como de uñas sobre un pizarrón.

La habitación que se abría frente a ella era pequeña, más que las de abajo. Un cuarto había sido instalado en aquel lugar, uno que parecía ya no estar en uso. La cama era solo un esqueleto de madera putrefacta y derruida que se atrincheraba tras una pila de libros y ropas amontonadas. A la izquierda, una puerta se mantenía entreabierta, con una luz que se filtraba por la hendidura.

Beatrice se llenó de coraje y se enderezó un poco mientras caminaba por la habitación a medio iluminar por la luz de la vela. Sentía una brisa recorrer aquel lugar, como si de una presencia del más allá se tratase, una que intentaba alejarla o advertirle. ¿Qué cosa?

Un par de pasos y ya estaría frente a la nueva puerta. Con la punta del pie le dio un ligero empujón y ésta se abrió con una lentitud horrible, emitiendo el mismo sonido que la que la había llevado a ese lugar. Se trataba de un pequeño cuarto en forma de cuadro que no medía más de un par de metros

cuadrados, con una ventana circular en una de las paredes, por la cual se estaba filtrando la luz que había visto. Se acercó para observar a través de ella y no vio nada fuera de lo común, excepto que el techo del castillo cubría parte de la visión.

Revisó las paredes y no notó nada extraño, salvo un papel tapiz de gusto terrible que se despedazaba y caía en tiras largas que emanaban un fuerte aroma a moho que le hacía picar la nariz. Cerró la puerta tras de sí y regresó a inspeccionar los libros que estaban junto a la cama.

No eran más que un montón de historias y cuentos antiguos que parecían ser primeras ediciones. Las ropas junto a éstos no eran distintivas de ninguno de los dos sexos, así que tras hacer que el polvo comenzara a revolotear frente a su rostro, decidió marcharse a prisa para evitar comenzar a estornudar.

De regreso al salón principal, notó que una puerta se mantenía a solas hacia el este, sobre el área de la cocina. Se trataba de una puerta doble que estaba en el centro de la pared. Parecía ser lo único de interés en ese lado, así que decidió darle un vistazo rápido.

Empujó con fuerzas y el sonido que produjeron las puertas al abrirse le hizo escalofriar nuevamente. Lo había escuchado antes, no quedaba duda de eso, por lo que alguien había estado usando aquellas estancias mientras los demás estaban en la parte de abajo.

Ante ella una biblioteca medio vacía, que cubría la integridad de tres de las cuatro paredes, se extendía alrededor de un escritorio de estilo greco con una lámpara de aceite en una esquina, y un montón de libros amontonados en el centro, justo frente a la silla de piel alta que allí estaba. Se acercó, sintiendo una extraña presencia a sus espaldas.

Con la vela, encendió la lámpara y comenzó a ojear lo que cubría el escritorio. Algunos de los libros parecían tratar sobre medicina, tratados sobre algunos asuntos que no comprendía. Otros, sin embargo, parecían ser un poco más rudimentarios, con portadas de piel sin curar y escritos a mano.

Uno de ellos sobresalía sobre el resto. De cuero teñido de azul, brillante y sin identificación alguna. En su interior, un montón de palabras escritas en un idioma extraño cubrían gran parte de las páginas amarillentas y descuidadas.

Imágenes acompañaban algunos de esos extraños escritos, y le daban a Beatrice una idea de lo que en ellos se trataba. Era magia negra y brujería de

la peor, si los dibujos de personas en llamas y gatos despellejados eran algo para tomar en referencia.

Una frase al final del libro le llamó la atención, *perpetuandi aeternum* (que la eternidad se perpetue). No entendía lo que significaba, pero habría de ser importante dado que estaba escrita en tinta de color oscuro, más no negro, al final del libro. Le dejó en su sitio y comenzó a revisar el resto de las cosas. Encontró una fotografía en una de las gavetas del escritorio, y se cubrió la boca al verla.

Se trataba de Francis junto a una mujer que parecía ser bastante mayor que él, sentados en un asiento tejido, tomados de la mano. A pesar de ser él, se le notaba distinto, más joven, con una expresión seria y hasta algo triste, al igual que la de la mujer que le acompañaba.

La giró y vio que estaba escrito un nombre y una fecha, Katarina Sveliknova, mil ochocientos cuarenta y uno. Junto a éste, un manchón de tinta cubría el otro nombre, el nombre real del hombre que se hacía llamar Francis Yannic.

- ¿Pero qué tenemos aquí? – Susurró mientras giraba la foto nuevamente para inspeccionarla con mayor detenimiento. No cabían dudas que se trataba de la misma persona, Francis cuando era joven y vivía en su país.

La mujer a su lado llevaba un vestido con un patrón floreado en color negro, con un cuello de color blanco que se erguía por detrás de su cabeza, así como puños igualmente blancos que sobresalían de las mangas largas del vestido.

La falda era acampanada, y se acomodaba sobre la forma de la silla en la que reposaban, con el codo apoyado sobre una pequeña mesa. Se veía bastante elegante aunque nada pretenciosa. Una gargantilla de brillantes cubría la piel que exponía el vestido, mientras un peinado corto engalanaba su cabeza.

Volvió a colocar la fotografía en la gaveta y registró el resto de las cosas sobre el escritorio, abriendo cada una de las gavetas. Una de ellas se encontraba con llave, y le fue imposible abrirla. Finalmente un secreto que revelar en aquel lugar. ¿Qué sería tan importante que debía permanecer bajo llave? Encontraría la manera de descubrirlo, tarde o temprano.

Removió los libros de la mesa y vio el poema de Poe, *El Cuervo*, en una primera edición bastante bien conservada. Tomó el libro y lo colocó en el bolsillo de su bata. Lo devolvería antes del regreso de Francis y nadie notaría que estuvo revisando aquel lugar.

Dejó la habitación y exploró el resto del lugar mientras un olor extraño comenzaba a tomar fuerza a medida que se acercaba al lugar en que los muebles se amontonaban cerca de las esquinas, al otro lado de la estancia.

Aquella pared se encontraba desprovista de puertas, al menos de puertas que estuvieran accesibles. Pudo notar que tras una de las pilas de trastos, se asomaba el marco de una puerta pequeña, desprovisto de ésta última. Escaló los muebles con cuidado, nerviosa cuando éstos se movían y amenazaban con desplomarse, hasta que le fue posible mirar dentro de la habitación. Introdujo el brazo para que su vela alumbrar un poco y se quedó paralizada ante lo que vio.

Un hombre, o más bien lo que quedaba de él, se encontraba en la pared de enfrente, atado de manos y pies en forma de equis.

Su esqueleto reflejaba el brillo tenue del fuego de la vela, aquellos dientes amarillentos parecían formar una expresión de grito que pareció llevarlo hasta la muerte en aquel entonces. Junto a él, yacía el esqueleto de un animal cuadrúpedo, en una posición similar a la de estar echado sobre su estómago.

No pudo detallar a fondo el contenido de aquella terrible habitación. Escuchó algo moverse a sus espaldas y se giró con tanta fuerza que su vela se apagó y la dejó sumida en la total oscuridad. Escuchó el sonido de la respiración quejumbrosa de alguien en la distancia, cerca de la biblioteca, y pasos que parecían caminar en círculos.

Se cubrió la boca para no gritar mientras mantenía los ojos abiertos por completo, intentando calmar su respiración. Los pasos cesaron, y la respiración terminó en un gemido moribundo. Un minuto después el silencio del lugar parecía amenazar con consumirla entera.

Se apresuró de vuelta a las escaleras en aquella oscuridad, atravesando la estancia con la mayor cautela posible, con las manos por delante para evitar caerse o tropezar con una de las vigas de madera que daban soporte al techo. Logró llegar a la escalera y bajó los escalones de dos en dos hasta llegar al montón de cajas que bloqueaban el paso. Recolocó las que había movido y corrió escalera abajo hasta llegar al salón principal, donde comenzó a temblar con fuerza.

Salió del Château y se sentó en los escalones de piedra que llevaban al camino de adoquines descuidados y bordeados por setos irregulares y

desprolijos mientras se cubría la boca y trataba de calmarse. No sólo había visto a un muerto, quizás centenario, sino que había escuchado a alguien que había aparecido y desaparecido de la misma manera misteriosa. Francis no era el único que guardaba secretos, aquel lugar también lo hacía, tal como él le había dicho la primera vez que entró allí.

Deseaba con urgencia dejar aquel lugar, quería irse corriendo en ese preciso instante, pensando en las cosas que podrían suceder durante la noche, cuando se encontrara sola. Quiso gritar, llorar y saltar pero no lo hizo, tan solo mantuvo su rostro cubierto mientras los intensos temblores iban cediendo, mientras recobraba la calma de a poco en aquella tarde fría de invierno.

* * * *

Los siguientes dos días fueron extremadamente difíciles de superar para ella. Se mantenía despierta en las noches, encerrada en su habitación y con velas encendidas, y dormía muy poco durante el día. Cuando Francis había vuelto se había mostrado realmente preocupado por ella, acariciando su rostro y besándole la frente.

- Te ves terrible, Beatrice. ¿Te ha sucedido algo? ¿Te has llevado algún susto en mi ausencia?

- He estado escuchando sonidos durante las noches y no sé de donde provienen, es todo. Me he asustado un montón y no he podido conciliar el sueño en los últimos tres días, pero gracias a dios has vuelto.

- Ah, así que tú también eres capaz de escucharlo. Me temo que hay cosas que he mantenido en secreto para protegerte, lamentablemente has descubierto una de ellas.

Oh no, ¿acaso se refería...?

- Has estado vagando por el Château, ¿cierto?

- Intentaba encontrar algún libro con qué entretenerme en tu ausencia, ya que el frío me mantiene alejada de las calles. He tomado algunos de la biblioteca del primer piso. Se vuelve bastante solitario estar sin hacer nada en éste lugar durante el invierno.

- Siempre me has dicho eso, querida. Nunca te gustó el castillo durante el invierno, aunque a Morgan y a Dominique les encantaba hacer ángeles en la nieve.

Sintió una punzada de rabia en el estómago ante la burla que aquel comentario representaba, pero en su rostro se reflejó una expresión de comprensión y confusión.

- ¿No logras recordarlo, cierto? No te preocupes, es cierto. Pronto podrás comenzar a recordar algunas cosas, amada mía.

Su actuación había servido, le había engañado. Seguía creyendo en aquel cuento de la mujer amnésica y seguiría jugándolo hasta el final. Era el peor de todos, pero ya encontraría la forma de hacerlo pagar por sus crímenes.

- Mi memoria ha estado mejorando un poco, he logrado recordar algunos detalles. Me siento muy afortunada de tenerte a mi lado para apoyarme en éstos momentos tan difíciles.

- De eso se trata el matrimonio, de hacer sacrificios el uno por el otro. Tú me has dado tanto, ¿cómo podría no darte lo mejor de mi, Beatrice?

Por supuesto que ella le había dado mucho, mucho más de lo que nadie estaría dispuesto por libre albedrío. Aquello que él hacía era antinatural, injusto. Pero a él parecía no importarle. En algún punto de su vida comprendió que la supervivencia era lo que importaba más, más que destruir una vida y la de los que eran cercanos a ésta. Más que secuestrar y cometer crímenes atroces.

Francis Yannic era un hombre calculador, uno que definitivamente no estaba a la altura de una buena persona. Era cierto, después de todo, lo que su padre le decía, que él ansiaba el poder y que su propósito en la vida era obtener más de lo que necesitaba.

- ¿Te encuentras bien?

- ¿Eh? Si... si, por supuesto. Estoy un poco cansada, es todo. Estaba recordando a papá.

- Christopher era un gran hombre. A pesar de nuestro comienzo difícil, él fue capaz de entender que lo mejor que te había pasado era conocerme, porque fue precisamente eso lo que me pasó a mi.

Ella le ofreció una sonrisa perfecta, llena de gratitud y emoción, una que difería por completo con la que llevaba por dentro. Le abrazó con fuerza mientras enterraba su rostro en el pecho de Francis, no podía dejar que él notara que ella había cambiado. Él la tomó por el rostro y la hizo mirarle a los ojos, esos ojos que permanecían igual de brillantes que la primera vez, hipnóticos y hermosos como joyas.

Le besó con cariño, apasionadamente, de una forma que ella dudaba fuera real. ¿Acaso era posible fingir aquella clase de sentimientos y transmitirlos a otros? Ella entendía que no era capaz de hacerlo, pues sentía que no estaba dando lo mejor de sí.

Francis se apartó un poco y le sonrió, susurrando que no debía preocuparse, que todo estaría bien, y que el pasado ya no tenía importancia.

La empujó con delicadeza sobre la cama y se acostó sobre ella, metiendo sus manos entre las solapas de la bata de ella, acariciándole los pechos y abriéndole las piernas con las suyas para presionar su creciente miembro contra su pelvis.

Le besó de nuevo, ésta vez con deseo, llenándole la boca con una lengua fuerte y habilidosa que se arrastraba sobre cada curva, acariciando y apretando los pezones que se iban endureciendo mientras las piernas se abrían un poco más y la pelvis le presionaba contra la de Francis.

Se apartó y con un movimiento fluido se despojó de sus ropas, mostrándole aquella piel delicada y perfecta, sin marcas, blanca. Le abrió la bata y la dejó completamente desnuda antes de quitarse los pantalones y acostarse de nuevo sobre ella, con la piel un poco más fría que la de Beatrice.

Se frotó sobre su parte más sensible, aquel miembro firme la recorría lentamente, acariciándola y estimulándola con una pericia incomparable. Beatrice cerró los ojos y se dejó inundar de aquel sentimiento, del deseo que la convertía en otra persona siempre que estaba con él.

Presionó contra su erección mientras recorría la espalda del Conde con las uñas y las clavaba con fuerza, haciendo que éste gruñera. Sonrió sin disimulo ante el dolor que le causaba, y él pensó que se trataba de un gesto juguetón que ella había tomado.

- ¿Estás lista para lo que te espera? Me pedirás que me detenga mucho antes de que esté cerca de terminar.

- Pruébame, - le invitó ella mientras sentía oleadas de calor recorrer su estómago hasta su pelvis, mientras la sensación de humedad se hacía más fuerte y le permitía al Conde deslizarse y acariciarla con mayor facilidad. Gimió ante aquella sensación y él se acercó a su rostro.

- Tú lo pediste, - le susurró al oído.

Con un movimiento continuo, se separó de ella hasta que su miembro quedó alineado, y con una embestida poderosa la penetró de golpe, haciéndola gritar de dolor mientras se retorcía debajo de él. Francis le tomó por las muñecas y las sostuvo sobre su cabeza, negando.

- No puedes escapar de mi, Beatrice.

Retrocedió hasta que solo la punta de su erección estaba dentro de ella y la embistió de nuevo con fuerza, haciéndola quejarse otra vez mientras apretaba las piernas.

- Me encantas cuando te resistes a mi cuerpo, pero al final siempre terminas complaciente, recibíendome sin mayor problema. Eso me encanta Beatrice. Lucha, resiste. No me sirvas en bandeja de plata tu dulce néctar. Quiero habérmelo ganado con cada embestida que te daré.

Se retiraba y embestía, ganando velocidad y fuerza, una, dos, tres, cuatro... Aquel ritmo aumentaba, como si de las pulsaciones de un motor se trataba. El sonido húmedo de sus pieles chocando llenaba la habitación, acompañada de los gritos y gemidos de ella y de Francis. Aquel dolor cedió con tanta rapidez que se sintió abrumada. Le dolía un poco, pero el placer que recibía compensaba todo aquello.

Giró la cabeza y Francis se lanzó a comer y besar la piel delicada de su cuello, haciendo que Beatrice temblara con violencia bajo él. Le apartó las piernas con las manos tras enredarla en las mangas de su bata, haciéndola recibirlo con mayor profundidad.

La cama rechinaba y golpeaba la pared tras ella, mientras las cortinas que colgaban de los cuatro postes de ésta meciéndose con el vaivén de las caderas del Conde.

Había olvidado lo que sentía realmente, el odio y el miedo se habían escondido y cedido el paso al más poderoso estímulo: la lujuria. Cada parte de su cerebro se llenaba de una neblina que hacía que nada importara, que

hacía que el único momento que la hacía sentir viva realmente era aquel. Sólo él la conocía de esa manera y sólo él era capaz de complacerla de aquel modo, de hacerla sentirse salvaje y nada refinada con tan solo un contacto.

Se cubrió la cara cuando las sensaciones comenzaron a intensificarse. Batallaba contra el agarre fuerte de Francis para cerrar un poco las piernas y dejar que las sensaciones, que amenazaban con explotar, cedieran. Él, desde luego, no permitió que ella se alejara. Le besó el cuello y jugó con sus pezones sensibles mientras se inclinaba para alcanzar aquel lugar dentro de ella que tanto placer le daba.

- Para, por... favor. Francis... No lo...

- Te dije que me pedirías que parara mucho antes de que estuviese cerca de terminar contigo. Ahora tendrás que soportar un poco más de lo que iba a darte.

Embistió y embistió hasta que la cama comenzó a taladrar a través de la pared, con tanta fuerza que la respiración de Beatrice se volvió tan superficial que su visión comenzó a nublarse. Intentó controlarse pero no pudo, y con un par de aquellas pulsaciones tan deliciosas dejó escapar un grito mientras su cuerpo se arqueaba en la cama, mientras sus piernas comenzaban a temblar incontrolablemente con un Francis que apenas comenzaba a tomar ritmo.

Sus quejidos salieron temblorosos, su cuerpo convulsionaba de placer en la cama, sobreestimulado hasta un punto en el que el más mínimo de los roces la hacía querer gritar. Sus ojos perdieron el enfoque y se blanquearon mientras ella intentaba zafarse de aquel demonio sexual, quien continuaba sin detenerse, dispuesto a satisfacerse aunque ella ya no pudiera continuar aguantándolo.

- Fran... cis... Por... fa... vor... Ahhhh...

El Conde siguió y siguió, batallando con aquellas piernas que se cerraban, y cuando tocó por segunda vez aquel punto sensible dentro de ella, Beatrice perdió toda noción del mundo, y se desmayó de placer.

* * * *

La consciencia volvió lentamente a ella, arrastrándola como una carga pesada a través de un suelo rústico. Sus ojos ardían por el tiempo que había dormido, le costaba incluso respirar. Inconscientemente estiró su brazo para buscar a Francis, pero no le halló a su lado. Incorporándose con lentitud, Beatrice se percató de que éste no estaba en la habitación.

Sintió entonces, estando más alerta, que la habitación se había llenado de una ligera neblina que la hacía toser y le dificultaba la respiración. Intentó discernir lo que sucedía, y le tomó casi un minuto entero comprenderlo, justo cuando el crepitar lejano comenzó a hacerse más fuerte.

Se volvió alerta de inmediato, saltando de la cama y colocándose la bata que estaba a sus pies. Se quedó helada al notar que en el suelo se hallaba, junto a su bata, aquel libro que había tomado de la sala privada de Francis Yannic, abierto con las páginas hacia arriba.

Sintió una oleada de temor subirle por el estómago, y cubriéndose con la bata se acercó a la puerta y la abrió de golpe. El fuerte olor y una espesa nube oscura llenaron la habitación de golpe, cegándola y ahogándola. Se cubrió con la manga de su bata mientras salía al pasillo que ardía en llamas que llegaban hasta el techo. Podía oír la madera crepitar a su lado, resquebrajándose ante el calor extremo de aquel infierno.

- ¡¿Francis?! ¡Francis!

La tos la hizo trastabillar, por lo que tuvo que apoyarse contra la pared mientras se dirigió hacia las escaleras. Vio un manajo de llaves tiradas en el suelo, justo donde las escaleras descendían en espiral. Seguramente Francis las había tirado en su rápida retirada de aquel lugar. El humo comenzaba a concentrarse en todo el pasillo, aunque aquel lugar estaba relativamente despejado aún.

Recogió las llaves y consideró la posibilidad de que... Una rápida inspección a la escalera que ascendía le demostró que no había sido tocada por el fuego aún. Podría darle un vistazo rápido a aquel escritorio antes de marcharse del Château para evitar morir quemada. Si había algo importante en aquel lugar, seguro estaría en ese escritorio.

Se apresuró escaleras arriba, sintiendo la cabeza ligera y un poco mareada con la falta de oxígeno. Sentía que corría a toda prisa, pero en realidad se arrastraba un poco. Apartó las cajas de golpe, ya no importaba si estaban de

la misma forma en que las encontró.

Ascendió los pocos escalones que le faltaban y llegó a una estancia iluminada por las llamas que danzaban en la esquina oeste, devorando con hambre voraz los muebles que se amontonaban junto a la habitación del hombre y el perro muertos.

La biblioteca aún estaba a salvo, pero no lo estaría por mucho. Corrió con toda la prisa que su cabeza le permitió y se estampó con el hombro contra la puerta, abriéndola de golpe y cayendo sobre sus manos.

No había fuego aún en aquel lugar, pero los ruidos provenientes del piso inferior y a su espalda comenzaban a tomar fuerza. El castillo se estaba debilitando. Se levantó de prisa, ignorando el dolor de un raspón en su brazo derecho, y comenzó a revisar las llaves, buscando una que fuera del tamaño correcto para abrir aquella gaveta.

Habían al menos diez llaves similares, de un tamaño pequeño, que podrían encajar en aquella cerradura. Las probó una a una, hasta que la número ocho hizo el truco. Escuchó como un clic le daba acceso a los secretos que aquel escritorio guardaba.

Haló la gaveta hasta que ésta cayó al suelo, dejando al descubierto una carpeta con un montón de papeles, aquel libro viejo de color azul oscuro que ya había visto y un pequeño libro forrado en un cuero negro bastante desgastado por el tiempo.

Tomó las cosas con apuro y rebuscó en las otras gavetas pero no encontró la fotografía que había visto antes.

Rindiéndose, corrió escalera abajo en el momento en que un trozo de viga del techo se desmoronaba y caía sobre las llamas, extinguiéndolas un poco con el polvo y los escombros. Se cubrió instintivamente la cabeza y el rostro, tapándose la boca con la tela de su bata para poder respirar.

Al llegar a la mitad de las escaleras, entre el segundo y primer piso, se detuvo con el corazón en la garganta. El fuego se había extendido por gran parte del salón de la entrada, y le estaban cortando el paso hasta su ruta de escape. La angustia se comenzó a apoderar de ella, quien miraba en todas direcciones frenéticamente en busca de una manera para escapar. Estaba demasiado alto para saltar, y la única manera de bajar sería a través de las llamas.

Respiró profundo, ignorando el humo, mientras se llenaba de valor para saltar a través del fuego, y justo cuando tomó un paso atrás para impulsarse, la escalera cedió bajo sus pies y cayó hasta el primer piso, donde quedó inconsciente.

* * * *

Sus ojos se abrieron de golpe y se le escapó un grito cuando sintió el dolor recorrer su brazo izquierdo. El fuego consumía la manga de su bata con rapidez, lo golpeó hasta que se apagó. Se tocó el cuerpo y la cara rápidamente, buscando señales de heridas graves.

No sabía por cuanto tiempo se había desmayado, no por mucho, así que se levantó y cogió de nuevo los documentos que había recuperado, afortunadamente intactos. Arrastrando una pierna por el gran salón se dirigía hacia la gran puerta que se encontraba abierta.

Podía sentir la brisa helada del invierno ingresar a través del portal, así como sentía el calor avasallante que provenía desde su espalda. Estaba a pocos metros de llegar a su escape, casi podía saborear la nieve en su boca cuando se arrojase hacia afuera, pero estando a punto de tomar el impulso, escuchó parte del techo ceder, el piso superior, y éste cayó frente a ella y le cortó el paso.

Aún podía ver el exterior más allá de las nuevas llamas, pero su paso estaba completamente bloqueado. Desesperada, buscó en ambas direcciones. Hacia el oeste no había salida alguna, tan solo tenía la puerta de servicio que se encontraba al final de la cocina y que era su única esperanza.

Rogó para que aquel camino estuviese despejado mientras esquivaba los obstáculos con mucha dificultad. El crepitar de las llamas se hacía cada vez más poderoso, devorando los cimientos de aquel lugar en cuestión de minutos.

Pasó de largo por la isla y junto a la caldera de la esquina, cruzando a la derecha hacia el pequeño y corto pasillo que llevaba hacia la puerta trasera de aquel lugar. ¡Estaría salvada si lograba cruzar aquella puerta! Sin embargo, sintió que las esperanzas se le desplomaban cuando vio que se encontraba

cerrada, con un candado enorme, desde dentro.

- ¡Maldita sea!

En aquel instante, una sensación de desesperanza comenzó a abrumarla. Se le hicieron agua los ojos ante la frustración de su destino. Moriría en aquel lugar sin haber llevado a cabo aquella vendetta personal que se había prometido. Su padre nunca la perdonaría, y todo era...

Paró de golpe el tren de sus pensamientos pesimistas y rebuscó entre los pliegues y bolsillos de su bata, sintió el corazón latirle a mil mientras tanteaba, y lo sintió detenerse cuando sus dedos dieron con aquel aro de metal y el montón de llaves que éste sostenía. ¡Aún tenía esperanzas de salir de aquel lugar!

Probó todas las que pudo, con manos tan temblorosas como una gelatina, incluso se le cayó el manajo varias veces cuando comenzaron a explotar algunas botellas en la cocina. Gritó y se cubrió la cara a pesar de encontrarse lo suficientemente lejos del sitio de las explosiones.

- Vamos, vamos. Ábrete, ¡ábrete, por favor!

Las llaves tintineaban en sus manos mientras sentía el calor reptar lentamente tras ella. Sintió que las esperanzas le volvían cuando una de las llaves entró sin problemas en la cerradura del candado, cuando ésta giró sin presentar resistencia y soltó la cerradura la puerta.

La pateó tras quitarle el pasador y se lanzó a las afueras, corriendo a toda prisa para alejarse lo más posible del Château antes de que sucediera lo peor. La nieve le llegaba a las pantorrillas y le dificultaba avanzar, sumado al dolor que aún tenía por la caída, su escapatoria a toda carrera se había vuelto un arrastre por sobrevivir.

Sintió una onda proveniente de su espalda, seguida por un ruido sumamente fuerte, un estruendo y un temblor que fue acompañado por una oleada de calor intenso. Saltó y fue impulsada hacia el frente, donde cayó de rostro en la nieve suave que apenas había terminado de caer durante la tarde.

El ala oeste del castillo se desmoronó tras de ella, pedazos de roca y madera salieron despedidas por los aires mientras las explosiones continuaban suscitándose.

Un minuto después, aquel revuelo había pasado. Se giró sobre su espalda,

respirando acelerada aún, apretando los papeles con una mano tan temblorosa que sentía que era el suelo a su alrededor lo que se estaba agitando.

Recuperó la compostura tras un par de minutos, se levantó y se arrastró hasta el tocón de un árbol en el centro de aquella especie de patio, donde se sentó para ver el resto de la destrucción del lugar. Era claro que Francis había partido antes de que el incendio tomara poder, pues no era ningún tonto para arriesgarse. Quiso reprenderse a sí misma pero, en lugar de eso, se sintió agradecida. Estaba viva y podía continuar donde lo había dejado.

La noche había empezado a cubrir el cielo, y las llamas salían de las ventanas que aún quedaban en pie en la parte más alta del Château, seguidas por un humo oscuro que revoloteaba hasta formar largas columnas en el cielo sin brisa, iluminando el contorno de la propiedad bajo un cielo que se tornaba azul y púrpura. ¿Había acabado todo aquello? Era libre, sin Francis y sin una vida falsa en la que aparentar.

La carpeta seguía temblando un poco bajo su brazo, al igual que los dos libros que logró recuperar.

Se enfocó en ellos, aferrándose con fuerza, y sin tiempo o espacio para detenerse a leerlos, se marchó de aquel lugar mientras las explosiones continuaban llenando el cielo de trozos de aquella horrible mansión en la que había permanecido cautiva durante tanto. La pesadilla había terminado, finalmente.

Capítulo VIII

Habían transcurrido ya dos semanas desde el incidente. Se había refugiado en el único lugar que conocía, con la única persona en la que, sentía, podía confiar. Le había acompañado en su soledad y locura y ésta, a su vez, habría acompañado a Beatrice en su triste descubrimiento y posterior aceptación de la verdad. No había sido capaz de entender lo que decía el libro azul, pero si había entendido cada una de las palabras que ponían en el pequeño libro de cuero negro.

Se trataba del diario de Francis, uno que estaba lleno de oscuras y perturbadoras memorias a lo largo de toda su vida, partiendo desde un par de años después de aquella foto que había encontrado en su primera excursión a la biblioteca del tercer piso.

Aquella mañana había sido particularmente helada, a pesar de que el invierno estaba cediendo el paso a la primavera, y lo habría sido aún más porque fue cuando Beatrice se despidió por última vez de Rosa, a quien encontró sumida en un pacífico sueño del cual nunca volvería a despertar.

No habían compartido demasiado, pero ella le había hecho sentir que no se encontraba tan sola en el mundo. Tras su partida, a Beatrice no le quedaba absolutamente nada por que luchar, ni nadie a quien buscar en el mundo. La tristeza la invadió durante los siguientes dos días, pero luego de releer partes del diario de Francis, su mentalidad dio un vuelco de trescientos sesenta grados.

Con unas tijeras carentes de filo y utilizando un trozo de vidrio que reflejaba un poco su rostro, se deshizo de aquella apariencia aniñada y que la hacía recordar los años que había perdido, presa en aquel lugar. Cortó sus colas de largo cabello plateado y las mantuvo sostenidas con cintas que había improvisado. Se había dejado un fleco que le cubría parte del rostro, y la longitud de su pelo había quedado atrás.

Se despidió de Rosa esa misma tarde, acostándola con los brazos juntos, y con el cabello de Beatrice abrazado sobre su pecho. Siempre le había dicho que adoraba su cabello, siendo ella un poco calva y desaliñada. Ella le había regalado los primeros indicios de la verdad, lo menos que podía darle

Beatrice era aquello que a la anciana tanto le había gustado.

Salió de aquel lugar y le echó un último vistazo. La fachada derruida por el caos de la primera guerra la observaba mientras se alejaba, con el rostro desfigurado y las ventanas rotas. Comenzó a salir humo desde el interior en ruinas, y Beatrice se mantuvo ahí, observando el fuego purificar aquel lugar, llevarse a su única amiga en ésta vida.

No lloró, ni se inmutó. Tan solo comenzó a sentir un fuerte resentimiento por aquel que le había robado tanto, quien le había hecho tanto daño, no solo a ella sino a su familia. Dejó que aquel sentimiento la llenara, le diera fuerzas, y guiara sus pasos.

Dentro de la carpeta había encontrado pistas que le permitirían dar con el paradero de aquel hombre, Michael Thomas de Rumania, el hombre que ella había conocido como el Conde Francis Yannic. Le encontraría, aunque tuviese que recorrer el mundo entero, y haría que él y todos los creyentes que se cruzaran en su camino pagaran por sus pecados.

Sin embargo, antes tenía algo que hacer.

Debía volver a Dinamarca, descubrir lo que había sucedido con su hermano, Anton. Su pasado requería que cerrara aquel ciclo, que supiera la verdad, por muy dolorosa que ésta pudiera ser. Lo haría, era lo único que podía hacer, y sentía que se lo debía a sí misma y a su padre.

- Tuviste razón, papá. Siempre la tuviste, y yo no te escuché. Pero ahora yo haré que las cosas estén bien. Corregiré mis errores, enmendaré mi deuda contigo.

Las llamas habían alcanzado escapar de los confines del sótano de aquella casa. El cuerpo de Rosa ya habría quedado reducida a cenizas, pero su recuerdo jamás lo haría, su esencia permanecería para siempre con Beatrice, tal como le había dicho aquel anciano en el cementerio.

Se dio la vuelta y se alejó del lugar, cubriéndose la cabeza con la capucha de un abrigo que había encontrado entre el montón de ropa que la anciana guardaba dentro de un baúl. Una pequeña maleta, que también había encontrado en aquel lugar, era lo único que le acompañaba. Dentro, un par de mudas de ropa, un poco de dinero y una identificación le ayudaría a empezar desde cero.

Se detuvo cuando ya estuvo lo suficientemente alejada para que la conmoción que se había armado por el incendio no la alcanzara. Mirando sobre su hombro, una sonrisa se dibujó en su rostro. Extrajo de su bolsillo la identificación, leyendo el nombre que en ella ponía.

- A ti también te prometo lo que tanto buscaste durante tu tiempo. Te regalaré lo que tanto deseaste. Adiós, Rosa Noella. Gracias por todo lo que me diste, amiga mía.

Se alejó de las calles que la habían recibido hacía ya cuarenta y dos años; de los sueños rotos y del pasado perdido. De ese presente, macabro y sádico, que la marcaría por lo que le quedara de vida.

Se dirigió, con la vista firme y decidida, hacia el futuro que ella habría de escribir, con su propio puño y letra, tal como lo habría deseado su madre, la madre de Beatrice Vita, la chica que murió aquella noche del ochenta y siete, y que había vuelto a la vida ese día como Rosa.

Si el mundo tenía algún lugar en el que Francis Yannic pudiera esconderse, ella rogaba porque él lo encontrara, porque le demostraría que con ella suelta en el mundo, ningún lugar sería seguro para él.

Nevermore...

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor deja una review del mismo (no tardas ni 15 segundos, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo pueda seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible).

Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

*[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)*

[Esclava Marcada – Alba Duro](#)

*[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)
[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)*

[Sumisión Total – Alba Duro](#)

*[10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo](#)
[\(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!\)](#)*

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para

que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y

todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.

